

LOS TRES



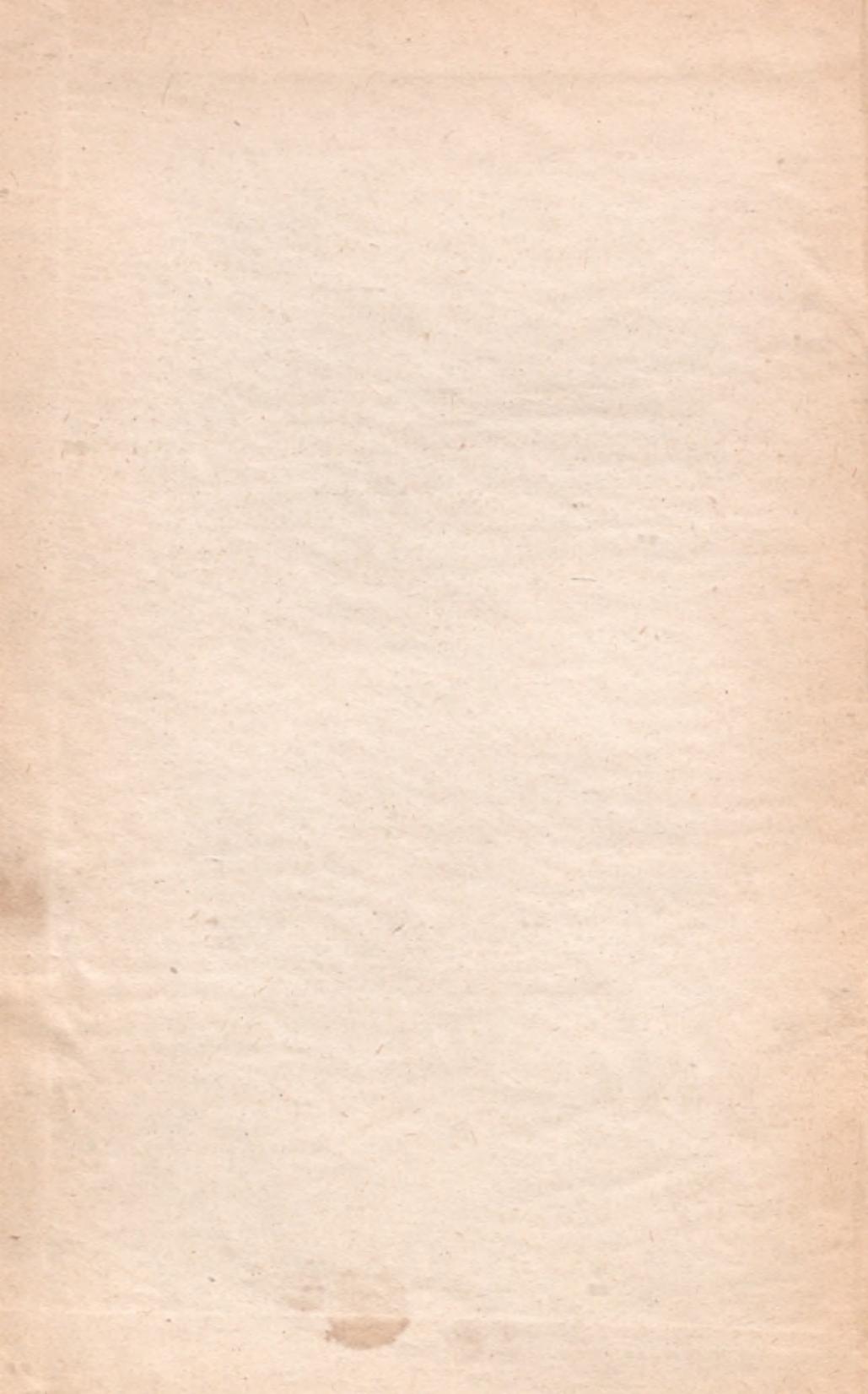
HOMBRES
ROJOS

S CALLEJA

MADRID

POR
PAUL FÉVAL

667103



BIBLIOTECA CALLEJA



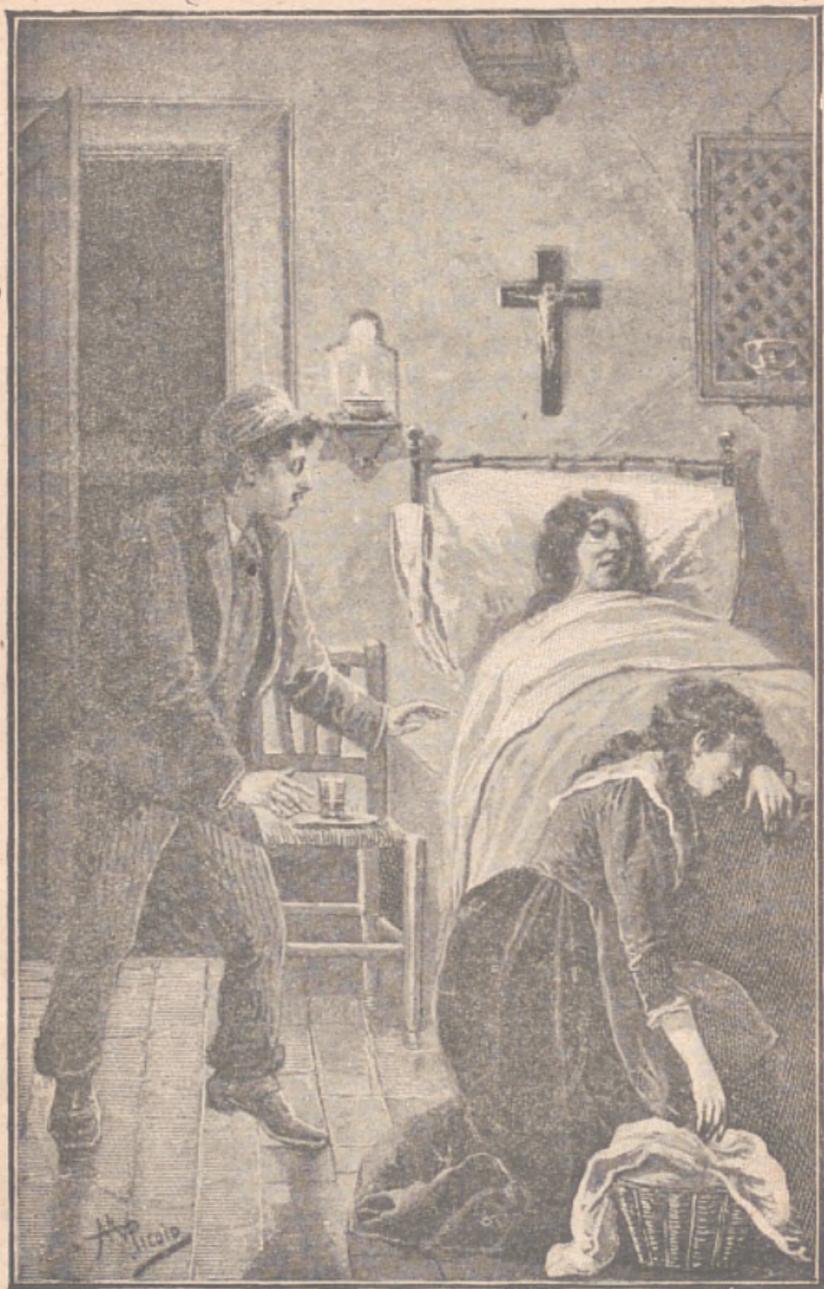
OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CÉLEBRES



LXVII



Aproximóse de puntillas.

PAUL FÉVAL

LOS TRES HOMBRES ROJOS

(QUINTA PARTE DE «EL CASTILLO MALDITO»)

VERSIÓN CASTELLANA



MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
Calle de Valencia, núm. 28.

CASA FUNDADA EL AÑO
1876



ES PROPIEDAD

MADRID.—Jaime Ratés, impresor, plaza de San Javier, 6.



CAPÍTULO PRIMERO

LARIFLA

Reinhold y su primer ministro Juan estaban ya perfectamente de acuerdo en el punto principal del hecho: restaba vencer solamente las dificultades de la ejecución.

Paseábanse ambos interlocutores del brazo por la acera, discutiendo en voz baja las particularidades y circunstancias de la empresa.

El tabernero, conduciendo á Reinhold hacia su taberna, decía:

—Muy difícil es hacerlo; aún se encuentran

en el barrio del Temple muchachos que conservan sus preocupaciones y su honra. Para un negocijo en el cual se tratase únicamente de la policía correccional, yo conozco veinte sujetos muy capaces: sólo en la elección consistiría el trabajo; mas para un gran negocio, no se encuentran en todo el barrio... El Temple carece de este artículo, y bien conocéis que para semejantes asuntos es imposible y peligrosísimo dar ningún paso en vago.

—¡Por supuesto!—replicó Reinhold.—Pero ya hallaremos si buscamos...

—¡Hallaremos si buscamos!... Cuando no hay, no hay que buscar. Por otra parte, me habéis impuesto esa endiablada condición de que sepan el alemán, con lo cual hacéis que tome la cosa peor aspecto.

—Sí; pero bien conocéis que eso es indispensable.

—No quiero decir que no.

—Es indispensable; no lo dudéis. Ellos deben aclimatarse en el país, y por fuerza tienen que representar el papel de paisanos de Wurzburg.

—Sí; pero...

—¡Busquemos, amigo mío; busquemos!

En esto llegaban á la puerta de la Jirafa. Juan condujo al caballero Reinhold al otro lado de la calle, y se puso á contar con la vista los bebedores reunidos en la taberna.

Á medida que su mirada pasaba de uno en otro, meneaba la cabeza en señal de impaciencia y de perverso humor.

—He aquí tres ó cuatro alemanes que harían el negocio á las mil maravillas—murmuró.—¡Pero vaya usted á hablarles alguna cosa!... Hans Dorn llegaría á saberlo esta misma noche, y mañana bien temprano tendría yo que recibir la visita del procurador del rey.

—¿Y no podríamos comprar á ese mismo Hans Dorn?—preguntó el socio capitalista.

Juan le miró asombrado.

—¡Comprar á Hans Dorn!—murmuró.—¡Diablo! Ése es el animal más obstinado y cerril que puede hallarse en todo el Temple. Muy rico sois, señor; pero os arruinaríais en vano: os arruinaríais cien veces antes de comprar la voluntad de Hans Dorn. Entre los alemanes, no veo á nadie en mi casa que pueda servirnos. El tío Batailleur es uno de esos viejos pícaros que han ejercido todos los oficios, y á quien no haría retroceder nuestro negocio; pero no podemos contar con él, porque es un parisiense de pura sangre que no ha perdido jamás de vista el cuartel de Inválidos, y que ignora todas las lenguas, á excepción de la jerigonza del Temple.

—¿Y aquel guapo mozo?—dijo Reinhold señalando al brillante Hipólito, que á la sazón salía de la taberna, después de haber arrojado con énfasis sus veinticinco sueldos sobre el mostrador.

Juan se encogió de hombros con aire muy significativo.

Después contestó:

—Ese muchacho es un pisaverde que empapa su pañuelo en agua de Colonia, y que se llena los cabellos de pomada; es uno de esos *lechuguinos pobres* que van á chupar un mondadientes al baluarte, para hacer creer que han comido en casa de Deffieux.

Deffieux es el café de París en el barrio del Temple.

Hipólito había tomado de todo cuanto hacía mención la lista de la Jirafa, y caminaba con fiera marcialidad hacia los teatros, estirando las piernas, lo mismo que su camisa, para imitar á esos maniqués de sastre que pueblan el baluarte de Gante, á quienes las gentes crédulas y de buena fe confunden con vástagos de los pares de Francia.

—¿Y aquel joven gordo que está charlando con vuestra esposa?—preguntó Reinhold indicando á Nicolás.

—¡Oh...; eso cambia de aspecto!—respondió Juan empinándose con orgullo.—Ése es mi propio sobrino; muchacho bien educado, y que conoce perfectamente el valor del metálico. Es indudable que hará fortuna mi sobrino; pero no seré yo quien pretenda secuestrarle para nuestra facción, señor.

Reinhold prorrumpió entonces:

—Pero, en ese caso, ¿qué diablos haremos?

Rascóse la frente el tabernero por encima del gorro con aire de confusión.

—¡Malo es esto!—murmuró.—Si á lo menos estuviéramos allá abajo, detrás de Nuestra Señora ó al lado de los Gobelinos, poco tendrían-

mos que hacer para realizar nuestro propósito.

—¡Pues vamos allá!—dijo Reinhold.

—¡Ir allá!... ¡Demonche! ¿Cómo?; ¿queréis que me arriesgue á dejar lo cierto por lo dudoso? Yo estoy bien cerca de mi establecimiento; soy muy conocido en el barrio, y en él tengo siempre salidas francas... ¡Diablo!... He oído decir que de la otra parte del Sena los hombres de vida airada están regimentados, y que no es bueno andar muy cerca de ellos sin llevar su contraseña.

—¡Todo eso es cuento!—murmuró Reinhold.

—Será cuento, señor; pero tiene cierto tinte histórico que...

M. de Reinhold dió por la acera algunos pasos golpeando las baldosas con impaciencia; luego se volvió bruscamente hacia Juan, y exclamó:

—Ya veo que no os acomoda el negocio; y me admiro, ¡pardiez!, porque es una ganga que no se os presentará otra vez en la vida. Pero, en fin, puesto que no es de vuestro gusto, hacedme el favor de guardar secreto. Voy á hacer mi avío por otra parte.

—¡Aguardad!—dijo Juan.

—La cosa es muy urgente.

—Señor, bien sabéis que la Jirafa es un establecimiento que produce y que está bien provisto: ya veis que no es el dinero lo que me mueve á interesarme por vos; mas no quisiera dejaros en el apuro. Demos un par de vueltas por la plaza de la Rotonda; yo iré

examinando las casas de mis cofrades, con lo cual me ocurrirá tal vez alguna idea.

Tomaron entonces uno y otro la calle de la Petite-Corderie, y después de dar algunos pasos por la Rotonda, fueron á salir delante de la casa de Hans Dorn.

Juan, hablando consigo mismo, decía:

—El *Elefante* y *Los dos Leones* son puntos de reunión de la aristocracia del mercado; en el *campo de la Loba* sólo se trata de amoríos... No nos queda más esperanza que los CUATRO HIJOS AYMÓN.

Reinhold interrumpió:

—He oído hablar de esa taberna.

—¡Ya lo creo! Es un establecimiento muy mono. Todos los ladrones se reúnen en él por las noches: entre ellos puede uno aviarse de pies á cabeza con extraordinaria economía. ¡Oh!...; si esta gente estuviese en orden, podríamos establecerla de lo lindo... Á muchos de ellos conozco que ganan diariamente treinta francos en vestidos: dónde los roban, ó cómo los adquieren, lo ignoro; pero lo cierto es que cuando vuelven por la noche á la taberna de los *Cuatro Hijos Aymón*, traen siempre dos ó tres pantalones, uno sobre otro, algún bonito chaleco en el bolsillo, y alguna corbata metida en el sombrero.

—¿Y está muy lejos de aquí ese establecimiento?—preguntó M. de Reinhold.

—Helo allí—contestó Juan señalando con el dedo una linterna amarillenta suspendida delante de un sombrío portal.

Hablando de este modo, continuaban andando, y se hallaron pronto al extremo opuesto de la Rotonda y del mercado del Temple. Esta parte de la plaza, que desemboca en las calles Fores y Beaufolau, presenta por la noche un aspecto más solitario y melancólico que lo restante del barrio.

No por eso es aquél un lugar peligroso para el transeunte, merced al cuerpo de guardia que se halla á algunos pasos de él, en el rincón de la calle de Percée. No obstante, raros son los que pasan por allí.

Los faroles de gas, colocados á largos intervalos, derraman sobre la calle una luz indecisa; las míseras y cerradas tiendas de la Rotonda se hallan iluminadas á medias por estos vacilantes rayos; entre las columnas del sombrío peristilo, vense algunos harapos mecidos tristemente por el viento; ninguna luz sale por las rendijas de las cerradas puertas, ni paso alguno resuena sobre el desigual pavimento.

La mole del edificio de la Rotonda alza por un lado su perfil pesado y sombrío; vense, en fin, al otro lado edificios de pobre aspecto, en cuyos pisos bajos se apiñan las familias de los pobres chalanes del mercado.

El portal obscuro, señalado por una linterna, ocupaba, poco más ó menos, el centro de estos edificios (1).

(1) Existe la taberna de los *Hijos Aymon* en las cercanías del mercado del Temple, con la misma es-

Reunida la luz de la linterna con las luces que despedían los reverberos circunvecinos, iluminaban débilmente un cuadro de regular tamaño, en cuyo ahumado fondo se percibían pintados cuatro hombres vestidos de dragones, montados sobre una bestia de tales formas y de naturaleza tal, que el conde de Buffon no ha conocido otra semejante, puesto que no le ha dado nombre, ni la ha señalado en su *Historia Natural*.

Los cuatro dragones representaban á los *Cuatro Hijos Aymon*.

Sobre el cuadro se leía en letras gordas el siguiente rótulo:

COMERCIO DE VINOS, CERVEZA Y AGUARDIENTE.

JUEGO DE BILLAR

JARDÍN Y JUEGO DE SIAM

EN EL FONDO DE LA CORTE

Juan y M. de Reinhold pasaron frente á la muestra, velados por la sombra del peristilo.

—Eso nos hace falta en el caso en que nos encontramos—dijo Juan;—¡pero que me lleve el Diablo si sé dónde buscarlo!

pecialidad con que lo referimos, aunque no está si-
a en la plaza de la Rotonda, y lleva otro nombre
conocido en el barrio. Ciertas razones nos impi-
señalarla con más precisión y claridad.

—¿Qué haremos para asegurarnos?—repuso Reinhold.—Desde aquí, es imposible percibir lo que pasa ahí dentro á través de los vidrios... ¡Están tan lejos...!

En el mismo instante en que el tabernero de la Jirafa abría la boca para responder, oyóse en el peristilo de la Rotonda, por la parte del cuerpo de guardia, un paso lento y pesado.

Al mismo tiempo se percibió por el otro extremo de la plaza el acento de una célebre canción, entonada á dúo por dos gargantas masculinas terriblemente roncas.

—¡Vámonos de aquí...!—murmuró con voz breve M. de Reinhold, cuyo primer movimiento era dominado siempre por la prudencia.

—¡Demonche...!—exclamó Juan sin responder:—¡creo que conozco esas dos voces! Éstas aullaban entonces:

La ri fla fla fla,
La ri fla fla fla,
La ri fla fla fla.

El hombre que avanzaba por el lado del cuerpo de guardia, volvía en aquel momento la esquina de la Rotonda, y aparecía ante las miradas de nuestros dos compañeros.

Era aquél un pobre diablo, vestido con un ruin paletó de color gris, que marchaba encorvado, apoyada la barba en el pecho.

En vez de seguir el peristilo, bajó á la pla-

za, y se dirigió hacia la muestra de los *Cuatro Hijos Aymon*.

Cuando pasó bajo el reverbero más cercano, pudieron percibirse sus grandes mechones de pelo, que salían de su raído sombrero, y las cerdas de su barba, que, á guisa de máscara de piel leonada, vélaban la mayor parte de su rostro.

M. de Reinhold se preguntó de repente:

—¿Dónde diablos he visto yo á ese hombre?

Miró Juan á M. de Reinhold con sardónica sonrisa.

—Ese hombre tiene el honor de ocuparnos más que otros, y más de una vez me habéis hablado de él.

—¿Cómo se llama?

—En verdad que podría servirnos como ayudante en la empresa...; y de buen grado seguramente, porque es hombre que se dejaría hacer pedazos por el hijo de los señores de Bluthaupt.

—¿Cómo se llama?—repitió Reinhold con curiosidad creciente.

Antes de contestar, Juan prosiguió:

—Le hablaremos del Diablo, en quien cree después de cierta aventura que conocéis á fondo, señor.

—Pero ¿no me diréis su nombre?

—Le hablaremos del *infierno de Bluthaupt*, que ve todas las noches en sus sueños, y de un cadáver tendido en la nieve, en el fondo de la sima de la Hølle, que se extiende sobre la travesía de Heidelberg.

—¿Será él?—dijo el capitalista con voz balbuciente y pavorosa.

—Le diremos que va á recibir el precio de la sangre—acabó Juan,—y haremos de él cuanto queramos. Ese hombre es Fritz, señor; es el antiguo correo de Bluthaupt.

Reinhold volvió la cabeza; palideció como un difunto: su respiración era penosa.

—Ya tenemos un hombre—continuó Juan;—á éste bien sé dónde puedo encontrarle. Mas ¿pordónde diablos han pasado los del Larifla?

En efecto; no se oían ya ni los pasos ni la voz de los cantores.

En el instante en que Fritz desaparecía por el portal de los *Cuatro Hijos Aymon*, salió Juan del peristilo para echar una ojeada en derredor.

Á lo lejos, arrimadas al decrepito muro que cierra la plaza, en la calle de du Petit Thouars, percibió dos sombras que se movían.

No pudo distinguir las en un principio; pero al cabo de algunos segundos, los movimientos silenciosos de una y otra sombra tomaron para él cierta significación.

Las sombras se ocupaban con la más edificante fraternidad en ayudarse recíprocamente á quitarse dos ó tres pares de pantalones que llevaban sobrepuestos.

Juan oyó sus carcajadas sofocadas y sus dicharachos en voz baja.

Después de haber dudado un momento, dijo el tabernero:

—¡Pardiez! No los hubiera creído en París; pero ¡con tal que sean ellos!... ¡Diablo!... ¡Es un negocio soberbio! ¡Bien puedo contar sonantes en mi bolsillo los mil escudos de renta!

Mientras tanto, proseguían aquellas dos sombras hablando en su extraña jerga: cada una de ellas, cuando le llegaba el turno, presentaba una pierna á su camarada, que tiraba, sacando una pernera de pantalón.

No por eso se quedaban despojados de calzones.

En verdad, aquello era muy semejante á aquella escena grotesca del Circo Olímpico en la cual se quitaba Clown dos docenas de chalecos, sin llegar á quedarse nunca en camisa.

Juan miraba con ojos ávidos: creía conocer á aquellos hombres; pero dudaba aún, porque aquellos hombres á quienes había aludido en las últimas palabras que había pronunciado, eran dos pícaros de relevante mérito, muy prudentes por lo común, aunque temerarios cuando llegaban ciertas ocasiones.

Con estos antecedentes, el buen tabernero no podía comprender la razón por la cual corrían (si eran los mismos que él pensaba) los innumerables riesgos de un *tocado* verificado al aire libre y á cien pasos de distancia de un cuerpo de guardia.

El tabernero murmuraba:

—Gorro-verde y Blaireau no son hombres

que se exponen de este modo; no es ése su carácter. Cuando pescan algunos pantalones, van á quitárselos á los Cuatro Hijos Aymon, y no á la mitad de la calle.

Pensando estaba de este modo, cuando uno de aquellos hombres alzó la pierna un poco más de lo que era preciso, y cayó dando una recia costalada.

Su compañero, impulsado por el vaivén, queriendo ayudarle á ponerse en pie, perdió también el equilibrio, y participó de la caída.

Armóse entonces una graciosa y grotesca lucha sobre las inmundicias de la calle amontonadas delante del muro. Los dos hombres se revolcaban en el fango, y reían como dos bienaventurados.

¿Quién será más experimentado y ducho en asuntos de borrachera que un tabernero alemán de las cercanías del Temple?

Juan comprendió perfectamente el sentido de aquellas risas.

De pronto desarrugó la frente.

—Están beodos—dijo alegremente;—y, en verdad, en lunes de Carnaval es muy justo que se beba después de haber aprovechado el día.

—¿Qué estáis diciendo?—dijo en voz baja el caballero M. de Reinhold.

El tabernero siguió el curso de sus inducciones:

—¡Es igual! Aunque mejor quisiera que ahora se hallaran en uno de los cuartos de los Cuatro Hijos Aymon, que verlos revolca-

dos en el fango. ¡Esto redondea el negocio! No hay más que hablar. ¡Pardiez; no se hallaría en el Temple con quién reemplazarlos! ¡Diablo!... Si me los atrapara una patrulla, ¡adiós mis diez mil francos!

Excitada así su codicia, dió algunos pasos para dirigirles algunos consejos de prudencia.

—¡Juan!...—exclamó M. de Reinhold, que nada veía, á excepción de lo inexplicable de las acciones de su primer ministro;—¿queréis que os acompañe?

Juan suspendió su marcha en aquel instante. Los dos hombres se habían puesto en pie, vacilando sobre sus desfallecidas piernas: cada uno de ellos se ocupaba en hacer un lío de su botín.

Después que hubieron concluído esta operación, se dieron el brazo fraternalmente, y describiendo curvas y dando traspiés, se encaminaron á la taberna de los Cuatro Hijos Aymon.

De cuando en cuando ensayaban en medio del arroyo una especie de baile, entonando coplas parecidas á ésta:

Ni chalecos, ni calzones,
Ni ropas, ni pantalones
Para los hijos Aymon,
Ni largos ni cortos son.
Larifla, etc.

Y después del estribillo «Larifla», prorrumpían á duo, como quien dice, á grito pelado,

imitando el acento melancólico de los ropavejeros alemanes.

—¡Los calzones vendo!...; ¡el sombrero vendido!...; ¡los chalecos vendo!...

De repente crujieron á la entrada de la calle de Percée los fusiles de una patrulla.

Tembló Juan, semejante al tierno padre que teme las imprudencias de un hijo querido.

—¡Desventurados!... — pensó; — ¡desventurados!...: ¡me los van á pescar!...

Los hombres á quien el tabernero de la Jirafa había designado bajo los seudónimos de Gorro-verde y Blaireau, prosiguieron cantando, riendo y bailando, con los líos bajo el brazo.

Comprendió al fin M. de Reinhold que Juan estaba al acecho de aquellos hombres, y permaneció quieto, apoyado contra una de las columnas.

Entretanto, la patrulla, avanzando siempre, llegaba al paso regular.

Gorro-verde y Blaireau, que nada veían, no tuvieron por conveniente inquietarse por tan poco.

Al tocar el umbral de la taberna de los Aymon, vieron al fin que la fuerza armada estaba á pocos pasos de distancia de ellos.

Juan hizo un gesto endemoniado.

Los rateros no pudieron menos de detenerse un instante á la vista de los soldados, y eumudecieron como desconcertados.

Empero tenían el vino terco; y en vez de

ponerse en salvo continuando su camino, se plantaron de pie en el centro del umbral, hicieron un saludo militar, y con el mayor entusiasmo entonaron esta conocida copla, cuyo autor, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, ha tenido por conveniente dedicarla al ejército francés:

Dígame, cabo de escuadra:
¿Por qué no aspira á ser más?
Sargento, soldado ó jefe,
La ordenanza cumplirá
Sólo con saber por táctica
Con perfección rebuznar.

El estribillo «Larifla» llenaba los espacios de silencio y transición de aquella extraña música.

Los dos hombres desaparecieron en seguida en el largo y tenebroso portal, lanzando en falsete el grito clásico propio del Carnaval.

Estremeciéronse todos los miembros de Juan; gotas de sudor helado corrieron por su frente.

El jefe de la patrulla, que justamente llevaba las insignias de cabo de escuadra, de cuyo grado se hacía mérito en el anterior romance, se paró un instante bajo la linterna que iluminaba el pórtico de la taberna.

Indudablemente, se agitaba en su mente la cuestión de si perseguiría ó no á aquellos insolentes hasta el interior de la taberna.

El tiempo del Carnaval tiene sus privilegios, y la fuerza armada, clemente y magnánima, prosiguió su camino.

Respiró el tabernero de la Jirafa: sentía cien libras menos de peso sobre el corazón.

—¡Ya hay tres!...—exclamó volviendo hacia M. de Reinhold.—Estos dos galgos que ahora he encontrado, es seguro que no podrán sustituirse, aun cuando se buscase por toda la ciudad.

—¿Son alemanes?—preguntó el socio capitalista, pensando siempre en el correo Fritz.

—¿Quién diablos sabe de qué país son?—respondió Juan.—Lo cierto es que hablan en alemán, puesto que yo he charlado mil veces con ellos en esa lengua. Creo que han recorrido en otro tiempo las fronteras de la Alsacia.

M. de Reinhold retrocedió instintivamente.

—¿Y qué?—exclamó Juan, sorprendido sinceramente.—¿Os causa esto algún temor? No os imaginéis que iba á tomar el precio que me habéis ofrecido, así sin más ni más.

—Eso es justo—dijo Reinhold balbuciente.

—¡Oh; ya lo creo!—repuso el tabernero.—Si yo hubiese sabido que se hallaban en París estos dos buenos muchachos, ¡pardiez!, no me hubiera hecho rogar tanto cuando me habéis propuesto el negocio. Yo los creía en los *baños* (1).

(1) En la cárcel.

Hizo M. de Reinhold un ligero movimiento.

—¡Pardiez; no os comprendo!—exclamó Juan.—Buscáis, y cuando habéis hallado, os mostráis descontento...

—De todo hay en la viña del Señor—balbuceó Reinhold, disimulando todo lo posible su repugnancia.—Estoy contentísimo; pero decidme: ¿quién diablos son esos hombres?

—Son Cástor y Pólux—respondió Juan, que había adquirido cierta noción de la ciencia mitológica.—Tienen hechas pruebas que los honran; y sobre todo, no son tan cobardes como las gentes del Temple. Con dinero, podremos tener de ellos cuanto nos dé la gana. El jefe de la compañía se llama Malou, alias Gorro-verde, un recuerdo de Brest; el otro lleva el nombre de Pitois, alias Blaireau, al cual es muy semejante. Una docena de veces han comparecido ya ante el jurado; y si yo los había creído en los baños, es porque la última condena que han sufrido fué á trabajos perpetuos.

—¿Por algún asesinato?—preguntó Reinhold.

—¡Lo habéis acertado!—respondió Juan.—Se habrán escapado; porque no creo que les haya hecho gracia el presidio. Ya supongo el objeto que aquí los conduce á estas horas. Tienen trazas de estar reducidos á robar pantalones, como los últimos de los últimos rate-ros. En el tiempo en que yo los conocía, frecuentaban los mercados del Palacio Real, y vendían sus productos al viejo Araby.

—¿Y no los ha acusado ante los tribunales?—preguntó Reinhold.

—¡Ca!... ¡Haberlos denunciado Araby!—dijo Juan.—El viejo es marrullero, y con una acusación semejante, tendría que perder su trabajo. Pues, señor; ahora tenemos á nuestros tres pájaros en un mismo nido. Es muy fácil que encontremos algún cuarto pájaro en la sociedad que se reúne en los Cuatro Hijos Aymon. Tal es, en resumen, lo que puede esperarse y desearse para el negocio de que se trata; os lo prevengo.

Reinhold respondió.

—En verdad que bien puede uno contentarse con esos cuatro. Pero aún nos falta saber cómo haréis para encontrarlo.

—Eso es muy sencillo, y vais á verlo. Yo pienso, señor, que no rehusaréis apoyarme con vuestra presencia en el paso que voy á dar con esas gentes.

Reinhold hizo un gesto enérgicamente negativo.

—¿Y para qué?—dijo.—Mi presencia no puede ser de utilidad alguna.

—Perdonad—respondió Juan:—yo había contado con ella para el buen resultado de nuestro negocio. Contaba con ella; y aun ahora...

—¿Por qué causa?

Juan no tuvo por conveniente decir la verdadera causa: ésta se reducía al deseo de comprometer á su patrono en el suceso de un modo firme é irrevocable. Con este pen-

samiento, respondió con persuasión fingida y sin vacilar:

—La razón salta á los ojos. Tenemos que ofrecer enormes sumas á Pitois y á Malou. No creáis que el uno ni el otro son novicios en semejantes negocios; nadie es mejor abogado de sus intereses que un ladrón. Bien saben que yo soy un pobre tabernero... Querrán garantías... Vos podréis dárselas..., y yo, no.

Reinhold hizo otro movimiento de disgusto: rehusaba acceder á los deseos de Juan. Después de reflexionar, al cabo de algunos minutos de duda alzó bruscamente la cabeza, y la volvió hacia Juan.

—Estoy conforme—dijo;—¡entremos!

—¡Bravo!...—exclamó riéndose el tabernero.—Pero el traje que traéis no es á propósito: debíais cambiarlo.

—¡Cómo!... ¡Volver ahora á casa!...

—Vendréis á la mía. Bien sé lo que os falta. ¡Venid!...

M. de Reinhold se dejó conducir sin replicar, y entró con Juan en su casa, no por la taberna, sino por la puerta de la calle.

Se pudo muy bien verlos salir después de algunos minutos. Juan llevaba el mismo traje. M. de Reinhold, en lugar de su brillante sombrero y de su riquísima capa, marchaba cubierto con un gorro y con una blusa.





CAPÍTULO II

LOS CUATRO HIJOS AYMON

El comercio de vinos de los Cuatro Hijos Aymon, regentado por una viuda llamada Taburot, ocupaba la parte interior de la casa que daba frente al punto central de la Ronda.

Los profanos entraban y salían por el negro y sucio portal, abierto sobre la misma plaza; empero las parroquianos privilegiados, honrados con la confianza de la viuda, sabían otra salida diversa, no ignorando que, en caso necesario, podrían plantarse en la calle Charlot por la casa vecina.

Entonces, como ahora, había poquísimos entre los parroquianos de los Cuatro Hijos que fuesen indiferentes á una comodidad de aquella especie. Mucho tiempo ha, en efecto, que aquel establecimiento es especial, no conociéndose en él más que industrias peligrosas. Entre los que le frecuentan, unos son vagos pura y simplemente; otros son

estafadores; otros, con el pretexto de vender contraseñas, explotan las calles que desembocan en los teatros; y otros, en fin, son esos *marinos desgraciados* salvados de un naufragio, que os ofrecen en venta navajas de afeitar legítimamente inglesas, bastante bien afiladas para que puedan cortar un cabello en el aire. Los más puros proponen en sus momentos mejores bastones con puño de plomo, ó cadenas falsas, á los paseantes de los bulevares. Los que son aficionados al campo, os presentan el olivo bendito en el Domingo de Ramos. El precio de esta verdura santa queda siempre en misterio; pero su despacho es excelente, y proporciona un pretexto para introducirse entre la compacta multitud que invade las puertas de los templos.

Esto nada importa, con tal que se tengan las manos limpias y una buena conciencia.

Por último, se encuentran allí mil variedades de juegos de manos, tolerados unos por la policía, y severamente prohibidos otros.

Hallaréis allí al hombre en traje blanco, que ya habréis visto en Sceaux, en Meudon y en las fondas, quien invita graciosamente á los amantes del juego á cubrir los ruedos de su mesa con trozos de hojalata; allí se citan estos banqueros falsos, que, con pretexto de vender almendras, resucitan la ruleta á la faz del cielo, devorando el dinero de los tontos.

Hállanse allí, finalmente, los terribles escamoteadores, azotes de las calles del barrio de San Antonio, que á mansalva despojan al cándido trabajador con ingeniosos juegos del *Tritibibi*.

Todos éstos son tanto más perseguidos por la policía, cuanto que su banca no admite cobre: allí sólo se juegan monedas de cinco francos, como en Frascati. El aumento de las puertas no está, ciertamente, destinado á compensar los gastos del establecimiento, porque los banqueros arman la partida en medio de la calle, aunque sea sobre la destruída copa del sombrero.

Tres cartas que saltan una por encima de otra con rapidez mágica, una calle obscura, en un día sin Sol, cuatro ó cinco camaradas que están de centinela en las avenidas, un tuno y un tonto: he aquí los ingredientes que constituyen el noble juego del *Tritibibi*.

Pero el trabajo más universalmente festejado en los Cuatro Hijos Aymon, es el robo de telas y vestidos. La vecindad del Temple da á este comercio una importancia muy satisfactoria. Un buen negociante de los Cuatro Hijos basta para surtir solo, con amplitud, dos tenduchos traaperiles; y con tal que sepa arreglarse, hallará una dama que honre con su confianza á todos los almacenes de *novedades* á un tiempo, y que bajo su mantelita lleve una multitud de géneros para el barrio de las *Frivolidades*.

Estas damas son muy distinguidas, y mar-

chan perfectamente adornadas; lo cual no les impide la satisfacción de emborracharse todas las noches con aguardiente. Los periódicos citan de cuando en cuando una ó dos de estas mujeres que se dejan arrestar; pero esto es una rareza singular, porque son listas como la pólvora, prudentes y ejercitadas: la habilidad de sus manos forma anualmente un buen artículo en el capítulo «ganancias y pérdidas» de las tiendas de novedades.

Sin embargo, es preciso reconocer que las verdaderas artistas de este género, que son las virtuosas, no frecuentan la obscura é in-noble taberna de la plaza de la Rotonda. La elección de esta bella profesión indica seguramente cierta distinción de gustos y de maneras. La mayor parte de las damas que la practican, desean ascender á condesas de cualquier cosa, y visitar y disfrutar del gran mundo.

Se ha visto á algunas de éstas dar bailes magníficos, y patrocinar obras de beneficencia. Por poca fortuna que hagan, pueden morir muy viejas, en buenos lechos, y rodeadas de una familia muy decente.

El comercio de vinos de los Cuatro Hijos Aymon no tenía, ni por pienso, la misma fisonomía que el resto de las tabernas del Templo. Para llegar al establecimiento de que se trata, era preciso, primeramente, atravesar el portal negro y, después, un comedor fangoso, en que se elevaban dos cenadores enrejados de madera carcomida.

Esto era el jardín.

Tenía por sombrero en toda estación un pequeño ciprés amarillo, muerto hacía muchos años, y un tiesto de albahaca, que servía para las preparaciones culinarias de la viuda Taburot.

Saliendo de aquel extraño jardín, había que bajar tres escalones, y se entraba en una gran sala en que se veía un billar con troneiras, cubierto con un tapiz ennegrecido y grasiento.

Esta sala tenía por adorno tres cuadros, que contenían inscripciones adornadas con muchas rúbricas.

La primera de estas inscripciones decía:

AQUÍ NO SE FUMA CUANDO HAY SEÑORAS.

La más notable entre todas estas inscripciones, era un código manuscrito de las reglas del billar.

Á la izquierda de esta primera pieza se veía una sala ancha, situada también al nivel del corredor.

Allí estaba la viuda Taburot, detrás de un mostrador rodeado de una barandilla de cobre, y cargado de multitud de frascos de licores.

Allí se vendía el vino por medidas, en jarrros de vidrio; por manera que todo aquello se asemejaba más bien á un fumadero obscuro que á una taberna ordinaria.

La viuda mad. Taburot era mujer de más

de cincuenta años, de digna y varonil fisonomía; los más antiguos parroquianos de los Cuatro Hijos recordaban haberla visto siempre detrás de aquel mostrador. Sin embargo, ella pretendía ser viuda de un capitán de la guardia imperial, en fe de lo cual tenía colgado en su alcoba un retrato del Emperador.

Cuando hablaba de Napoleón, decía: *aqué!*

Tenía, además de su opinión política, un gorro con anchas y largas cintas de un gusto infernal, y gran afición al aguardiente.

Por lo demás, era una mujer grave, convencida de la altura de su posición social. En las muchas ocasiones en que la policía había tenido que visitar su casa, supo reclamar tan hábilmente su fuero como viuda de un militar antiguo, demostrando una conducta tan firme y tan sumisa al mismo tiempo, que había salvado siempre su establecimiento de las garras de la policía.

Inspiraba á sus parroquianos un afecto mezclado de respeto; y si alguno de ellos le llevaba alguna cosa robada, cierto que hubiera hallado algún escondrijo en que ponerla á salvo.

En el instante en que penetramos en los Cuatro Hijos, la viuda Taburot leía un folleto publicado contra los jesuítas en un periódico que se alimentaba de los frailes: la viuda acentuaba incisivamente la lectura, y bebía á sorbitos un aguardiente muy fuerte, que por decoro había puesto en una taza.

La Taburot estaba tan fría, tan impasible

y tranquila, como alborotadores y bulliciosos los que la rodeaban.

Aquella noche estaba completo el personal de los Cuatro Hijos Aymon: había habido festín, y se trataba de dar un baile.

Las mesas de madera imitando á mármol habían sido arrimadas á las paredes, cerca de las cuales se habían puesto los bancos: el centro de la sala presentaba un espacio bastante ancho para contener los grupos.

Aquel hecho extraordinario, aquella revolución entre las mesas y los bancos, no había sido permitida por Mad. Taburot; pero tampoco se había presentado hostil á ella.

Bailábase en aquel espacio. El billar abandonado mostraba melancólicamente su pelado tapete á la humeante luz de las lámparas. Nadie había que á la sazón se extraviase en el jardín á la sombra del seco ciprés y de la albahaca solitaria. Estaba todo el mundo en la sala; todo el mundo se reía; todo el mundo cantaba: era imposible hallar en todo París un concurso de tan buen humor.

Sin embargo, en aquella silenciosa asamblea había un hombre separado completamente de la común alegría. Aquel hombre permanecía silencioso en un rincón.

Estaba sentado al extremo de la sala, en un lugar donde no importunaba á nadie.

Enfrente de sí tenía una botella de aguardiente, que apuraba sin intermisión, que agotaba sin descanso.

Aquel hombre era Fritz, el antiguo correo

del castillo de Bluthaupt. Iba allí todas las noches, y bebía; bebía hasta que la embriaguez le arrojaba por el suelo.

Nunca dirigía la palabra á persona humana: únicamente se notaba el leve movimiento y oscilación de sus labios, y se percibían algunas de sus frases entrecortadas y balbucientes cuando el aguardiente iluminaba su cerebro.

Si Fritz no fuera el más sincero borracho que pudiera existir bajo la capa del Sol, le hubieran mirado con malos ojos en la taberna de los Cuatro Hijos Aymon; porque allí ninguno le conocía á fondo, ni jamás le había ocurrido poner bajo la salvaguardia de mad. Taburot ninguna prenda escamoteada, ni efecto alguno robado.

El pobre correo de Bluthaupt era en semejante lugar una mancha, un borrón respecto á la asamblea que le rodeaba; pero podía dispensársele esta degeneración, en gracia de lo mucho que bebía.

Fritz había agotado ya casi la mitad del contenido de su botella. A su lado, y sobre la mesa, había colocado su sombrero raído y deforme: su cabeza se percibía desnuda, mostrando la parte superior del cráneo cubierta con algunos pelos cortados, mientras que alrededor de sus sienes se extendían grandes mechones de cabellos incultos; su lengua barba, salpicada de pelos blancos, se doblaba sobre su débil pecho.

Tenía inclinada la cabeza.

Cuando la alzaba para conducir el vaso hasta los labios, temblaba su mano, y el vaso le chocaba en los dientes.

En su mejillas pálidas y hundidas aparecía entonces un rosetón de fuego, producido por una enfermedad lenta y por una embriaguez crónica.

Veíanse sus aletargados y hundidos ojos, los cuales carecían de brillantez y de expresión.

El desventurado contemplaba en una absorción completa el tropel que se agitaba delante de sí; después volvía á reclinar la cabeza, al paso que un murmullo confuso se deslizaba por entre sus descoloridos labios.

Hubiérase dicho que nada veía de lo que pasaba á su rededor; podría asegurarse también que nada oía de los alegres clamores que resonaban en la estancia.

Pagábanle en la misma moneda los parroquianos de los Cuatro Hijos Aymon no tomándose el menor cuidado en observar su humor excéntrico: allí sólo se pensaba en hacer lo más grata posible la velada del lunes de Carnaval.

Veíanse los circunstantes adornados con diversidad de trajes. La observación que el tabernero de la Jirafa había hecho á M. de Reinhold para que cambiase el suyo, podría parecer poco justa y exacta, puesto que no hubiera llamado la atención en la taberna de los Cuatro Hijos que uno de sus parroquianos concurriese allí en traje de caballero.

Toda clase de vestidos, toda categoría de trajes estaban admitidos en la sociedad de que se trata. Entre los muchos hombres envueltos en su blusa que en aquélla figuraban, pululaba más de un vestido negro y más de un gabán elegante.

A pesar de esto, Juan había tenido razón: un desconocido vestido con esmero, introducido de pronto en la taberna de los Cuatro Hijos, hubiera chocado, hubiera llamado sobre sí toda la atención y todas las miradas, excitado, en fin, la desconfianza de la asamblea.

Además, M. de Reinhold era hombre demasiado conocido en el Temple para dejar de encontrar allí algún traperero que le señalase, y Juan no había creído prudente que su principal fuese reconocido por todo el mundo.

Si mediaba esta diferencia de trajes entre los hombres, más notable era todavía la que dominaba en los de las mujeres. En igual término figuraba allí la obesa matrona con su mantón á cuadros y un pañuelo de percal en la cabeza, que la rozagante costurera, y alguna que otra gran señora, que parecía haber sido trasplantada allí desde el barrio de Saint-Honoré.

Pero todas estas partes diversas vivían en perfecta armonía y en la más edificante igualdad: la dama de gran tono tuteaba á la comadre, y ésta correspondía con todo su corazón á aquella rara confianza.

Creemos innecesario decir que el baile estaba bastante desordenado. Sin embargo, no rebasaba mucho los límites impuestos á los aficionados á bailes públicos por la inteligente autoridad de los individuos de la municipalidad: moderábanse los gestos por respeto á la majestad de carácter de la viuda Taburot, quien interrumpía su lectura de cuando en cuando para beber un trago de tisana con ron, y repetir con acento de reina:

—¡No hagáis bestialidades!

Dicho esto, volvía á ocuparse de su periódico contra los jesuítas.

Portábanse muy bien las costureras, aunque á la sordina, y los caballeros añadían algo nuevo y agradable á lo *erótico*; pero, en resumen, las figuras y cabriolas de las parejas eran menos exageradas que las que se ejecutan en esos interesantes bailes del Prado y de la Chaumière, donde los padres de provincia envían á sus herederos durante los diez meses del año escolar.

Formaban la orquesta Malou, alias Gorroverde, y su Pílares, Pitois, llamado Blaireau.

Pitois tocaba el violín, y Malou soplabá en una bombardá (1); recuerdo de la Bretaña que había traído de los baños de Brest.

Estando medio borrachos los dos, y no queriendo privarse del placer de bailar, to-

(1) Especie de óboe pequeño con siete agujeros, que sirve para acompañar la gaita en las fiestas de la Nueva Bretaña.

caban y bailaban como unos bienaventurados, sacando inauditos sonidos de las cavidades de sus instrumentos.

Era aquél un concierto de ladridos y rechinnamientos, muy capaz de hacer saltar el tímpano de un sordomudo.

El acompañamiento de las roncas cuerdas, y la voz aguda de las damas, formaba un extraño conjunto con aquellos tiples diabólicos.

Los honores del concierto se rendían unánimemente al instrumento bretón, cuyos gangosos gemidos dominaban á todos los demás.

Malou sacaba de él un partido excelente. Soplaba con todas sus fuerzas, y, como queda dicho, bailaba al propio tiempo: sus sienes destilaban gruesas gotas, y cuando le faltaba el aliento, metía en su ancha boca, para refrescarse, el gollete de una botella de ron.

Era el tal Malou mozo bastante notable. Tendría unos treinta y cinco años; su ancha frente estaba profusamente rodeada de cabellos cortos y erizados; era morena su tez; su ojos, negros y brillantes, y su boca, dibujada con firmeza. El conjunto de su rostro, cuya expresión se dulcificaba en aquel momento con la sonrisita de la embriaguez, anunciaba cierta franqueza y un atrevimiento vivísimo.

Bailaba con una linda muchacha de quince años, cuya carita era desvergonzada, y á la cual él llamaba *Botón de Oro*.

Su camarada Pitois ó Blaireau no se le asemejaba en nada. Tan listo como era Malou,

tan torpe se mostraba éste en todos sus movimientos. Era negro como un topo, y le caían hasta las cejas mechones de aplastados cabellos. Sin embargo, había cierta alegría en sus pequeños y movibles ojos; pero, en conjunto, tenía una fisonomía repugnante, cuyo solo aspecto inspiraba desconfianza.

Tendría Pitois unos cuarenta años.

Era entonces caballero de una hermosa gran señora, que llevaba una manteleta de terciopelo y un sombrero de pluma, y que bailaba el *can can* con singular entusiasmo.

Aquella hermosa mujer era conocida con el nombre de *la Duquesa*. Con las mercancías que había podido robar durante su vida, ocultándolas algunas veces bajo su manteleta de terciopelo, y otras bajo su chal de la India, hubiera podido montar un soberbio almacén de *Novedades*.

Malou y Pitois no se habían separado nunca. Habíanse enganchado juntos en otro tiempo como soldados, y desertado de la compañía; habían trabajado juntos en los caminos y en las calles; juntos habían vivido en la cárcel, juntos en presidio, y juntos, finalmente, pudieron escaparse. Habiéndose, pues, conocido en la felicidad como en el infortunio, no podían menos de amarse. ¡Cosa rara!: la amistad, este sentimiento que los poetas han hecho fastidioso y pesado á fuerza de cantarlo, se halla muchas más veces entre los bandidos que entre las gentes honradas.

Malou había puesto más de una vez su pe-

cho entre Pitois y el puñal; Pitois había cedido á Malou una mujer á quien ambos amaban, y había fingido al efecto una enfermedad, ni más ni menos que un héroe de novela.

Hallábanse tan mal el uno sin el otro, que Pitois se había dejado prender adrede cuando Malou estaba en presidio.

Creemos superfluo añadir que su peculio era común. Con todo, la igualdad no era completa, y Malou era el jefe de la asociación. Notable es que entre los malhechores se adquiriera la consideración en razón directa de la culpabilidad: un simple ladrón no vale la cuarta parte que un asesino. Malou y Pitois habían recorrido juntos todos los grados del crimen. Los pobres rateros del Temple estaban prosternados ante ellos. Figuraos el efecto que harían dos académicos ilustres en medio de un burdel de poetas ramplones, y tendréis una semejanza del que producían ambos pícaros en aquella reunión.

Los admiraban todos, cuchicheaban los grupos, se entusiasmaban, y lanzaban heroicas cabriolas al impulso de los estrepitosos sonidos del violín y de la bombardita.

Queríanlos las mujeres, y los respetaban los hombres hasta envidiarlos. Ellos eran los héroes, los incomparables; Gorro-verde, singularmente, parecía un dios.

El baile estaba en su apogeo, en su gran período de alegría, cuando Juan y Reinhold atravesaban de nuevo la plaza de la Rotonda y entraban en el obscuro portal.



CAPÍTULO III

EL AMOR

Muy disgustado estaba el pobre caballero M. de Reinhold metido en su nuevo traje. Estaba tan descontento como un pavo á quien hubiesen cortado la cola. Habíanse trocado los papeles: entonces parecía el criado de su factótum, á quien seguía paso á paso con oído atento y sumiso ademán.

Entró Juan el primero en el billar, que atravesó como hombre que conoce el terreno; Reinhold estuvo á punto de romperse la cabeza bajando los tres escalones estrechos y resbaladizos.

—¡Oh!...—dijo el tabernero dirigiéndose á la segunda sala;—¿qué diablo de conciliábulo es éste?

Desde la puerta de la calle habían percibido los estridentes sonidos del violín y de la bombardita.

A pesar de la tarjeta colgada en una de las paredes del billar, por la cual se prohibía fu-

mar delante de las damas, tenían la pipa en la boca todos los danzarines. Cuando Juan y Reinhold llegaron al umbral de la sala, sólo vieron una masa de humo gris, entre la cual se agitaba un movimiento confuso.

De aquella bruma opaca salían gritos extraños; las suelas de los bastos zapatos herían el suelo; risotadas, canciones, falsos acordes que chirriaba el violín, y las enronquecidas notas de la bombardita, completaban el sonsonete excéntrico de aquel burdel.

M. de Reinhold miraba con la boca abierta por encima de los hombros de Juan: creía que soñaba, causándole aquel conjunto el efecto de una pesadilla fantástica. Tenía miedo.

Pero ya no era tiempo de arrepentirse de haber aceptado la proposición de Juan. Habíanle arrastrado á él muchos motivos en el primer momento: uno era el poderoso interés que tenía en reparar todo lo posible el chasco del desafío; después, un sentimiento pueril, inherente á su naturaleza de viejo niño.

Él se había presentado ante el barón de Rodach como hombre de recursos, intentando hacerle concebir una alta idea de su destreza. La superioridad del barón le humillaba, experimentando con anticipación un placer singular con la idea de pavonearse ante aquel extranjero, que con tanto orgullo se proclamaba indispensable.

Este pensamiento le había arrastrado más

que su propio interés: no podía resistir á la esperanza de sorprender á su turno al barón diciéndole:—¡He aquí lo que he hecho!

Por un instante se vió trocada en temeridad su cobardía: había cerrado los ojos, y había avanzado sin reflexionar.

Pero á la sazón cavilaba, y Dios sabe los terrores que castigaban su pasajera jactancia.

Hallábase detrás de Juan, y sentía circular el frío por sus venas. El tabernero, para completar su disfraz, le había puesto sobre el ojo izquierdo una venda negra, que estaba ya húmeda de sudor.

Para tomar más precauciones, había pretendido Juan que Reinhold se quitase su peluca rubia, y se presentase en los Cuatro Hijos con la cabeza al natural; pero M. de Reinhold había defendido con el mayor ahinco su tupé.

Juan no insistió más en ello.

—¡Hay baile!—murmuró el tabernero con aire destemplado.—¿Cómo haremos para hablarles con esta algarabía?

—¡Vámonos!—opinó el buen Reinhold.

—¡No! ¡Quién sabe si los encontraríamos mañana!

—Gracias, señora duquesa—decía una voz á través del humo del tabaco.

—¡Blaireau! ¡Un golpe de polka para dar fin!

—Ahí va Gorro-verde, que lleva á Botón de Oro balsando con un brazo, y tocando con la otra mano ¡*Viva Enrique IV!*

—¡Oh! ¡Es el mismo diablo ese Gorro-verde!

Oíanse también voces de mujer.

—¿Por qué me lleváis así, Lousseau?

—¡Llévame así, Luisito!

—¡Como gustes! ¡Aunque sea por ambas manos!

Pero no eran tan vigorosos como Gorro-verde Lousseau y Luisito: sus damas pesaban doble que Botón de Oro.

En lo más fuerte del tumulto, se agitó la campana del mostrador, y la voz áspera de la viuda de Taburot pronunció estas palabras sacramentales:

—¡No hagáis bestialidades!

Dió fin la contradanza. Hubo intención de obedecer á la viuda del guardia imperial, y calló la orquesta.

Entonces se abrieron las ventanas para refrescar la sala, y se disipó la nube de humo. El caballero M. de Reinhold pudo abarcar con una ojeada toda la escena.

Pero al mismo tiempo su cabeza, que sobresalía por encima de los hombros de Juan, fué vista desde el interior.

—¿Quién es ése?—exclamaron desde muchas partes á un tiempo.

—¡Calla!...—dijo la linda Botón de Oro.—
¡Esa cara!... ¡Tiene una venda sobre un ojo!...
¡Cáspita!... ¡Muy bien puede ser el Amor!

Esta palabra fué saludada con los aplausos del concurso. En un abrir y cerrar de ojos, el pobre Reinhold se vió arrastrado, á pesar

de los esfuerzos de Juan, y clavado entre la apretada masa de curiosos.

Mirábanle todos con descaro. Cruzábanse las pullas. Reinhold había perdido la serenidad.

—¡Oh: qué cabeza!...; ¡qué cabeza!...—dijo Malou examinándole con admiración.—¡Tiene lo menos veinticinco céntimos de blanquete y de bermellón en las mejillas!

—Será bien que le pongamos sobre una mesa—añadió Botón de Oro,—y que se pague un sueldo por mirarlo de cerca.

Dicho y hecho. Hubo un movimiento en el corro, y Reinhold, sin saber cómo, se halló levantado dos ó tres pies sobre la multitud. En el tránsito, una mano pérfida ó mal dirigida le había arrancado á un tiempo su peluca y su casquete: la venda negra, colocada diagonalmente, separaba entonces su afeitado rostro, y su cráneo, limpio como una calavera.

La asamblea aullaba y pateaba de alegría.

—¡He aquí el Amor!... ¡El Amor!...

Jamás se habían divertido tanto en los Cuatro Hijos Aymon. La farsa intermediaba el descanso de dos contradanzas; la casualidad había escogido un objeto altamente original para formar un intermedio inimitable y encantador.

El bullicioso tumulto se aumentaba incessantemente; cada uno decía su cosa alegre ó grotesca: las damas, que no podían ya consi-

go de tanto reír, se apoyaban desfallecidas sobre los caballeros.

La Taburot, á pesar de sus respetables cualidades y de la deferencia que por punto general inspiraba á sus parroquianos, no era ya dueña de la situación; entonces agitaba en vano la campanilla de su mostrador, ni más ni menos que un presidente de una asamblea deliberante. En vano inflaba su seca y ronca voz para arrojar en medio del estrépito su famoso estribillo:

—¡No hagáis bestialidades!

Nadie la escuchaba; cruzábanse las risas y las pullas; hombres y mujeres, danzarines ó no danzarines, se habían reunido todos en un solo grupo, que apenas ocupaba la cuarta parte de la sala, y que se comprimía y estrujaba en derredor del desgraciado Reinhold.

Descansaba éste siempre sobre la mesa, que le servía de pedestal; encogía su obesa y corta figura, y su ojo libre permanecía tímidamente inclinado. No se atrevía á chistar, ni á mirar á aquella multitud, cuyos clamores burlones llegaban hasta su oído aumentados por su propio terror, é impregnados de terribles amenazas.

Desde que había sido agarrado de improviso en la puerta del billar para ser llevado cautivo en medio del grupo, no había osado pronunciar palabra; no se daba cuenta de lo que pasaba en su derredor; sofocábale el ruido; no tenía en sus venas una gota de sangre, y las dos filas de sus dientes pos-

tizos chocaban la una con la otra con inminente peligro de romperse. Asemejábase á la infortunada y angustiada víctima que los indios contemplan antes de devorarla.

Su angustia causaba precisamente la alegría de aquellas damas, quienes no podían menos de admirar la cabeza de aquel hombrecillo, calva como el cascarón de un huevo, y aplastada desde la frente hasta la barba; la venda negra, inclinada con coquetería, comunicaba el último rasgo cómico á su fisonomía.

—¡Sería necesario ponerle alas de mariposa!—decía Botón de Oro acercándose á él todo lo posible.

—¡Mozo!...—gritaba la Duquesa.—¡Trae un carcax para el Amor!

Y las risas estallaban de nuevo con más fuerza.

Separado Juan violentamente de su patrón, pretendía unirse á él, y dirigía de uno á otro extremo súplicas que se perdían entre el atroz rumor. No vaya á creerse por esto, sin embargo, que fuesen tales sus voces que le pusiesen ronco: á juzgar por cierta risita que de cuando en cuando aparecía en su ceñudo rostro, risita malvada y soez, no dejaba de aplaudir interiormente las desgracias de su principal, hallando aquella farsa muy de su gusto.

Sin contar la viuda Taburot, que se indignaba de no ser obedecida, y cuya cólera se encendía por grados detrás del mostrador,

sólo había en aquella sala una persona que permaneciese indiferente á la común alegría: era Fritz, que seguía inmóvil, siempre en su rincón, apagados los ojos, inclinada la cabeza, y puesta la mano sobre su botella de aguardiente.

Nada había visto de cuanto pasaba cerca de él: aquello sólo formaba un zumbido sordo, resonante en sus orejas.

Pero instantáneamente sobrevino un pataleo y un aplauso universal entre aquella multitud: los clamores y las risotadas eran tan agudas, que Fritz se conmovió como hombre que despierta de un letargo.

Alzó la cabeza lentamente, y paseó en su derredor miradas de asombro.

Cuando desde lejos se fijaron sus ojos en el rostro del caballero M. de Reinhold, alzado por encima de las cabezas de todos, discurrió por sus miembros un frío glacial, y un estremecimiento estertoroso y reconcentrado.

—¡Es él!...; ¡es él!... ¡Siempre él!...—murmuró tapándose el rostro con ambas manos. —¡Me sigue á todas partes!... ¡Oh; pensaba que con beber se me olvidaría! Pero..., ¡ay..., es imposible!

Era Botón de Oro quien había hecho estallar aquella terrible explosión de alegría. La atrevida y desvergonzada niña había conseguido romper el grupo, y de un salto se colocó sobre la mesa, cerca del desgraciado Reinhold.

Botón de Oro tomó allí entonces una posición de bailarina, y permaneció inmóvil, acariciando con una mano la barba de Reinhold, y teniendo suspendida con la otra, á la altura de dos pulgadas sobre su cráneo pelado, la desgarrada peluca que hacía un momento le habían arrebatado.

Malou, que permanecía en el suelo para ayudar y facilitar las operaciones de Botón de Oro, mostraba á los circunstantes aquel grupo, señalándolo con un taco del billar, y exclamaba con aquel énfasis inherente á las personas que *explican* los fenómenos en los gabinetes de bellas artes:

—¡He aquí un cuadro mitológico! Representa á Psiquis cuando se halló, sin más ni más, la peluca de Cupido.

Alentada Botón de Oro por el brillante éxito que había obtenido, el cual se traducía por la convulsiva hilaridad de la asamblea, iba á pasar á otros ejercicios.

Brillaban ya con malignidad sus grandes ojos; y al parecer, aquella comedia no debía tener un fin tan próximo como podía desearlo M. de Reinhold.

Afortunadamente para éste, duraba poco tiempo la alegría de Juan, aun cuando fuese de perverso origen. Gozóse en la burlesca angustia de su principal por espacio de algunos minutos; pero pronto se dió por satisfecho.

Ocurriósele la idea de los diez mil francos, lo cual era más de lo necesario para volverle la seriedad.

Atravesó la multitud dando codazos enérgicamente, y se dirigió hacia Malou.

En aquel mismo momento, transportada de una indignación legítima, la viuda de Taburot dejó su trono, y atravesó la sala para restablecer el orden y pronunciar el *quos ego* en medio de sus revolucionados parroquianos.

Socorrido así por dos lados, Reinhold no podía menos de recobrar su libertad. Pero la ayuda más eficaz no le venía de la dueña del establecimiento. La multitud estaba despacio, y la viuda Taburot, no obstante la majestad de su gorro con cintas y el venerable diario que tenía en la mano, probablemente hubiera perdido su elocuencia.

Juan, por el contrario, sólo tuvo necesidad de pronunciar dos palabras, una al oído de Pitois, otra al de Malou.

Pitois soltó el brazo de la Duquesa; Malou recogió una burleta comenzada, y tiró el taco de billar.

—¡Eso es diferente!—murmuró;—¡haberlo dicho desde luego!

Y añadió dirigiéndose hacia Botón de Oro:

—¡Oye, chiquilla; se acabó la farsa!

Botón de Oro perdió al instante su atrevida sonrisa, y bajó de la mesa con una docilidad de esclava.

Levantáronse algunas voces en la asamblea para protestar contra aquella brusca conclusión.

—¡Silencio!...—dijo Blaireau.

Todo el mundo calló.

—Ya sabía yo—exclamó la viuda Taburot—que en dejando mi mostrador, todo se pondría en orden al instante. Pero ¿quién es éste que viene á turbar así un establecimiento tan pacífico?

Esto lo decía por el caballero de Reinhold, á quien Botón de Oro acababa de restituir su peluca. Por establecimiento pacífico, quería designar la propia taberna de los *Cuatro Hijos Aymon*.

—Ya le habéis visto bien—replicó Malou.—Ahora van al salón reservado; y en cuanto á este hombre, yo respondo.

Á pasos lentos volvió la viuda Taburot á su trono.

Su diario le había metido en la cabeza tantos jesuítas, que estuvo tentada de tomar al caballero por un terrible *socius*, y á su blusa, por una sotana. Esta opinión la hizo circunspecta, pues sabía muy bien que es peligroso irritar á esos hombres poderosos y socarrones que llevan el cólera en las mangas.

Únicamente dijo, á manera de desquite:

—¡No hagáis bestialidades!

Gorro-verde y Blaireau habían tomado al caballero en brazos, sentándolo en un taburete. El caballero abrió un ojo tímidamente, y paseó á la redonda una mirada furtiva. Juan, que estaba detrás, le dijo al oído:

—Esta es una broma: no mostréis estar enfadado. Ya tenemos á dos de nuestros muchachos, y esto vale la pena que habéis sufrido.

Trató de obedecer Reinhold, é hizo todos los esfuerzos posibles para sonreir; lo que pudo conseguir apenas. El desgraciado tenía tanto miedo, que quedó visible en su rostro, y bajó de nuevo el ojo, para no ver á sus perseguidores.

Malou y Pitois estaban sentados á su lado. Juan llegó á hacer el cuarto interlocutor.

—¡Patrona...!—gritó Malou;—¡vino de Jamaica de primera clase., y lacrado! ¡Ligero...

Lleváronle una botella de ron. Malou echó un vaso, y puso sin cumplimiento la mano sobre la rodilla del caballero.

—Y bien, querido—dijo;—¿conque no os han gustado esas atreviduelas? No hay, sin embargo, por qué amoscarse.

—No es menester apenarse por eso—añadió Blaireau poniendo su ennegrecida mano sobre la otra rodilla del caballero.

Éste los miró sucesivamente.

—Hablemos en razón—repuso Malou.

—Eso es—interrumpió Blaireau.

—Si tú hablas algo—dijo Malou,—echarás á perder la cosa.

Pitois hizo un signo de dócil asentimiento, y guardó un silencio modesto.

—Como iba diciendo—prosiguió Malou,—el amigo Juan dice que tenéis necesidad de dos *matones* para arreglar cierto asunto allá en Alemania. Si se paga bien, nos acomoda. ¿No es verdad, Blaireau?

Blaireau meneaba la cabeza con gravedad.

—Eso quiere decir que sí—siguió Gorro-

verde, traduciendo á Reinold el movimiento de su hermano de armas.—Así es como habla Blaireau cuando se le suplica que calle. Esto está bien entendido, y, en nuestra posición, no hay ningún inconveniente en hacer un viajecito de recreo al extranjero. Sólo que es necesario convenir en el precio: ¿estáis dispuesto á pagarlo bien?

Todavía tenía que hacer algún esfuerzo Reinhold para reponerse de la conmoción que había experimentado.

Juan fué quien respondió:

—El *amo* es hombre de muchos negocios, y no tendréis de qué quejaros, muchachos. Decid el precio.

—Antes, tío Juan, sería bueno saber...

—Nada puede decirse de cierto, hasta ver... Eso será según la tardanza. Tal vez estéis ocupados tres semanas; quizá veinticuatro horas. Se trata de un jovencillo que estorba.

—¿Y se le quiere suprimir? —preguntó Malou.

—Justamente.

—¡Diantre! ¿Y para cuándo es menester estar listo?

—La cosa no se hará inmediatamente; pero se querría que fueseis al país, para acostumar á aquellas gentes á vuestra presencia.

—¡Para que nos reconozcan luego!—dijo Pitois haciendo una mueca.

Los dos amigos se miraron como para consultarse.

Durante este discurso, habían vuelto á sus

ocupaciones los parroquianos de los *Cuatro Hijos*, bebiendo, tocando, bailando y cantando en medio de la sala.

La viuda Taburot había llegado á un pasaje muy interesante, y lloraba á mares sobre su periódico.





CAPÍTULO IV

GORRO-VERDE Y BLAIREAU

— ¿Qué te parece, Blaireau? — preguntó Malou después de un prolongado silencio. — ¿Sabes que me parecen excelentes las proposiciones de Juan?

— No lo penséis mucho, porque no tenemos tiempo que perder.

— Habla.

— ¡Dime lo que piensas tú! — exclamó el prudente Blaireau.

— ¡Demonche...!

— Lo cierto es que...

— Á mí me parece que si nos dan mil escudos á cada uno...

Juan hizo un movimiento brusco.

M. de Reinhold, que comenzaba á volver en sí, advirtió aquel movimiento, y lo tomó como una protesta enérgica contra las exigencias de ambos compañeros.

Si hubiese alzado los párpados, hubiera podido ver los guiños que hacía Juan mirando sucesivamente á Pitois y á Malou.

—¡Tres mil francos...!—exclamó Pitois.—
¡Creo, tío Jirafa, que nos tomáis por daneses! ¿Tres mil francos por un viaje tan largo entre salvajes? Eso no es ponerse en razón. Lo menos necesitamos cuatro mil.

Tornó Juan á guiñar un ojo.

Gorro-verde añadió entonces:

—Estipulemos cinco mil, y será cuenta redonda.

—¡Diablo! ¡Eso es mucho!—exclamó Juan, que no quería abandonar su papel.

—No tenéis que hablar, tío Juan—replicaron los dos bandidos.

Pero Juan no podía ceder tan pronto, y discutió todavía, por mera fórmula, por espacio de algunos instantes. Pero al fin calló, como hombre fatigado de combatir.

—En resumidas cuentas, camaradas—concluyó:—yo no soy el que mando; y si el *amo* quiere daros cinco mil francos por cabeza, puede verificarlo, puesto que por sí hace.

El *amo*, que no deseaba otra cosa que marcharse, hubiera dado aquella cantidad por verse llevado lejos de allí, como por magia ó de cualquier otra manera, sobre los cojines de su coche.

Hizo, pues, un gesto afirmativo.

Malou y Pitois, cada uno por su lado, tomaron las manos de Reinhold, y exclamaron:

—¡Negocio concluído!

—¡Ah, maldito vejete!—añadió Gorro-verde.—El *amo* no es ni la mitad tan duro como vos. No está bien que hagáis el roñoso con

tan buenos camaradas como somos vuestros.

—Es que yo estaba encargado de los intereses de este caballero—contestó con modestia el tabernero de la Jirafa;—y no ignoráis que soy hombre amigo de cumplir siempre con mis deberes.

—Es verdad—exclamaron al mismo tiempo ambos ladrones.

Reinhold continuaba haciendo la más triste figura del mundo: su desventura, digámoslo así, le tenía ensimismado. Parecióle aquel sitio atestado de fantásticos peligros: hallábase en la posición de un hombre que se contemplara en equilibrio sobre un precipicio, y que no se atreviese á mirar ni á decir siquiera una palabra.

Aquella discusión tranquila que á su lado acababa de tener lugar, no había disminuído su turbación; oía siempre detrás de sí el atronador y amenazante murmullo que había atondrado sus oídos cuando hacía el papel del Amor.

Durante el corto silencio que siguió á la consumación del contrato, atrevióse á dirigir tímidamente una mirada hacia el sitio en que se hallaba Juan.

—Me parece que el *amo* no está contento—dijo Malou.

—Creo que no le faltan ganas de tomar las de Villadiego—añadió Pitois.

Juan bebió una copa de ron, y se puso en pie.

—Esto puede terminar ahora mismo—dijo:—entre gentes honradas, basta la palabra. ¿Estamos ya conformes?

—Conformes... ¡Casi, casi!—replicó Malou. —Es necesario trincar antes como verdaderos amigos.

Tomó una ancha copa llena, y presentándola á Reinhold,

—Mi *amo*—dijo poniéndose la mano del revés delante de una oreja,—me atrevo á ofreceros esta gárgara.

Reinhold mojó sus labios en el vaso de ron.

—Después de esto—añadió Pitois,—nos daréis las *arras*.

—¿Cuánto queréis?—preguntó Juan.

—Poco; una friolera: sobre quinientos francos.

M. de Reinhold metió la mano bajo la blusa, y sacó del bolso de su paletó una rica cartera con un brochecito de oro.

Al abrirla, temblaban sus dedos.

Los dos desertores de presidio no tenían ojos bastantes para mirar el interior de la cartera.

Reinhold sacó de ella un billete de quinientos francos, y lo entregó á ambos ladrones.

Pitois y Malou pudieron observar que no estaba solo aquel billete.

Cuando lo recibieron, se deshicieron en cortesías y expresiones de gratitud.

—¡Qué amo tan bueno!—exclamó Malou

metiendo en un bolsillo los quinientos francos.—No hay más que decir. ¡Por un amo semejante, podría uno hacerse picar para albondiguillas! ¿Qué dices tú, Blaireau?

—Digo que hablas muy bien—contestó Blaireau con emoción.

M. de Reinhold acababa de cerrar su cartera, y se disponía á marchar.

De repente oyó un chillido detrás de sí.

Á aquel chillido sucedió un profundo silencio.

Reinhold volvió maquinalmente la cabeza.

La festiva multitud se había dividido en dos mitades formando dos largas filas: en el centro quedaba trazada una calle.

Por aquella calle avanzaba lentamente un hombre vacilante.

Su rostro barbudo tenía la palidez de la tierra, desapareciendo casi entre los mechones de sus cabellos.

Á través de aquel velo veíanse brillar sus ojos, fijos como dos centellas sangrientas.

Estaba completamente beodo: no podía sostenerse en pie. Todo el mundo se inclinaba irónicamente ante su paso; las mujeres se ocupaban en tirarle de los pelos de su barba gris.

Aquel hombre no advertía nada: proseguía su trabajosa marcha, oscilaba, y amenazaba desplomarse.

—¡Aquí tenemos á Fritz!—dijo Juan dirigiéndose á los dos ladrones: —coloquémosle en un rincón para que duerma la mona de

aguardiente que le embarga. No me acomoda que se marche, pues tengo que hablarle esta misma noche.

—Bien podréis hablarle—respondió Malou;—pero ¡que me lleve el Diablo si os contesta! Cuando ha bebido una botella de aguardiente, no sabe decir más que una cosa, á saber: «¡Le he visto!; ¡le he visto!»

—¿Y qué importa?—respondió Blaireau;—por dar gusto á nuestro buen amigo Juan, le pondremos debajo de la mesa del billar.

M. de Reinhold, que había tomado alientos con la esperanza de que al fin le dejaran marchar, palideció nuevamente al ver acercarse al antiguo correo de Bluthaupt.

Comenzaba á temblar.

En aquel instante se hallaba Fritz á tres pasos de distancia de Reinhold: llevaba inclinada la cabeza, y proseguía embarazosamente su interminable marcha.

Reinhold había intentado separarse para dejarle paso; pero sus piernas no se movieron: parecían de plomo.

Fritz, el antiguo correo de Bluthaupt, dió un paso más; luego, otro, y después, otro.

Entonces se halló frente á frente con M. de Reinhold.

—¡Amor..., poneos en fila!—gritó desde lejos Botón de Oro.

En aquel instante Fritz enderezó la cabeza para reconocer el obstáculo que le impedía el paso.

Vió á Reinhold.

Retrocedió bruscamente; pero sus brazos se extendieron hacia delante como para rechazar una visión espantosa.

—¡Van á batirse!—dijo una voz entre el grupo.

—¡Van á darse de *trompis*!

—¡He aquí un combate soberbio!

—¡Baco contra el Amor!—gritó Botón de Oro aplaudiendo con pies y manos.

—¡No hagáis bes...!—comenzó á decir la viuda de Taburot.

Empero su voz fué sofocada por el naciente tumulto.

Músicos, bebedores y danzantes habían dejado de nuevo sus puestos para ver de cerca aquella lucha anunciada, que verdaderamente ofrecía un interesante espectáculo.

Hízose un círculo, formando las damas en primera fila.

Fritz y M. de Reinhold, colocados uno enfrente del otro, tenían, en efecto, todas las trazas de dos campeones que van á venir á las manos; pero considerándolos de cerca, veíase en sus rostros un terror igual, llevado por ambas partes hasta la angustia.

Los párpados de M. de Reinhold se bajaban con pesadez, y fijaba la mirada en el suelo; Fritz, por el contrario, había abierto extremadamente los ojos: sus dilatados ojos parecían querer saltarse de las órbitas.

Miraba á Reinhold, arrugábase su frente, temblaban convulsivamente sus labios, y se erizaban sus cabellos sobre el cráneo.

—¿Es necesario llevarle de aquí?—preguntó Malou á Juan.

—Sí; al instante—contestó con frialdad el tabernero.

Volvióse Malou hacia Pitois.

—¡Ojo á la cartera!—murmuró.

—¡Qué bueno va á estar esto!—decían entre los grupos.

—¡Mucho nos vamos á reir!

—¡Apuesto diez sueldos á que vence el Amor!—exclamó Botón de Oro.

—¡Pongo otro tanto por Baco!—respondió la Duquesa.

Fritz paseó en su derredor una despavorida mirada, y profirió con honda voz:

—¡Debe de ser éste el Infierno, puesto que le encuentro aquí!

—¡Ea!...—prorrumpió Botón de Oro:—¡sacudíos como bravos campeones!

—¡Vamos, Amor!

—¡Vamos, Baco!

Fritz separó lentamente sus cabellos á ambos lados de la frente, y se frotó los ojos como un hombre que despierta.

Agitábase un confuso pensamiento en su tenebroso cerebro.

—¡El Infierno!—repetía.—¡Todas estas gentes son condenados ó demonios! Y él... ¡Oh...; el asesino maldito! ¡Cómo debe de abrasarse su corazón!

La multitud estallaba de impaciencia.

Fritz avanzó un paso, y puso ambas manos sobre los hombros de Reinhold.

El socio capitalista lanzó un grito estertoroso y terrible, y se tiró al suelo como si hubiera sido herido por el rayo.

Cuando le vieron caer, los circunstantes prorrumpieron en una larga aclamación.

—¡El Amor ha sido vencido!—gritó la Duquesa:—¡me debes diez sueldos, Botón de oro!

—¡Poco á poco!—replicó la niña;—¡he ahí á Baco, que cae también!

En efecto, habiéndose apoyado Fritz con todo su peso sobre los hombros de Reinhold, le faltó apoyo, y se balanceó, perdido el equilibrio, por espacio de un segundo, hasta que cayó de bruces contra el suelo.

Acometióle un sueño pesado, y no volvió á chistar.

—¡Ya está roncando!—dijo Juan á Malou. —¡Guardádmele en un rincón! Ahora, hagamos desaparecer el *amo*. ¡Basta ya con lo hecho!

Ambos amigos se lanzaron á un tiempo sobre M. de Reinhold, y se lo llevaron en brazos. La multitud se había interpuesto entre ellos y la puerta del billar. Hendiéronla de tres codazos, y se encontraron al instante en el húmedo patio condecorado con el título de jardín.

Hubieran podido dejar allí á Reinhold; pero, por lo visto, querían hacer su negocio á conciencia. Arrastráronle á lo largo del obscuro portal, y no le abandonaron sino en la misma plaza de la Rotonda.

—Buenas noches, querido Juan—dijo Malou;—ya nos daréis otra vez la propina.

—¡Sois unos ladrones!—murmuró Juan á los oídos de Pitois.

Después de un momento continuó:

—Creo que habéis hecho un viaje soberbio.

—¡Ca; todo él se reduce á la cartera!—respondió Pitois.

—¿Me daréis parte?

—¡Veremos!

Juan se volvió al caballero Reinhold, y le ofreció el brazo, del cual el pobre tenía grandísima necesidad.

—¡No perdáis de vista á Fritz!—gritó desde lejos el tabernero á los dos excelentes amigos, que estaban ya en el patio de los Cuatro Hijos.

Uno y otro se introdujeron en la taberna, y colocaron al correo sobre el billar, donde continuó pacíficamente su sueño.

En seguida se arrellanaron delante de su botella de ron, y trataron de inventariar la cartera.

—¡Buena noche!—dijo Blaireau acariciando tres ó cuatro billetes del Banco de Francia.

—¡Buen trabajo!—añadió Malou.—Por mi parte, estoy muy contento con ir á operar á Alemania.

—¡Y el *amo* no tiene traza de hombre que hará bancarrota!

Juan había dicho á ambos bandidos el nom-

bre del socio capitalista, con objeto de comunicarles desde luego la confianza posible, y de abreviar preliminares fastidiosos.

En seguida trincaron tres ó cuatro veces sin intermisión.

—Blaireau—dijo Malou,—¿te has formado ya idea de quién y cómo sea el muchacho con quien tenemos que habérmolas allá?

—¡Bah!; será algún boquirrubio que andará muy de cerca alrededor de la mujer del *amo*—respondió Blaireau.

—No es casado.

—Entonces, será su querida.

—Eso es muy posible; pero más bien estoy tentado á creer que el negocio es de dinero. La broma va á costarle muy cara; pues, sin contar lo que nos da á nosotros, que es un soberbio pellizco, no creo que Juan trabaje de balde.

—No vas muy descaminado en tu idea, Malou; porque un hombre como el *amo* no tira así por la ventana sus napoleones, por el placer de tener él solo una mujer.

Blaireau reflexionó un instante, y luego se echó de un trago un vaso de ron.

—¡Pero es igual!—dijo en seguida.—Si nos andamos siempre con repulgos de empanada, no acabaremos nunca. Se nos encarga un asunto; lo hacemos, y estamos en camino... ¡Venga; venga el violín!

—¡Que me traigan la bombardita!—replicó Gorro-verde.

Levantáronse alegres de corazón y desaho-

gados de conciencia: como que eran unos honrados muchachos.

La sala se llenó inmediatamente de cacofónicos sonidos. Blaireau tomó el brazo de la Duquesa; Malou, el de Botón de Oro, y tornó á comenzar el baile con más alegría que nunca.

El caballero Reinhold llegaba entretanto á la taberna de la Jirafa apoyado en el brazo de Juan.

—¡Qué costumbres!—decía con tono lastimero.—¿Quién podría creer que pasan en París cosas semejantes?

—Mucho me ha sorprendido y desazonado esto—respondió el flemático tabernero.

—¡Creí que querían matarme!... ¡Uf!... ¡Qué criaturas tan peligrosas!; ¡qué rostros de verdugos!

—Yo no os había dicho que iba á conducirlos al Faubourg de Saint-Germain.

—¡Y aquel espectáculo!...—repuso Reinhold estremeciéndose.

—¿El pobre Fritz?—comenzó Juan.

Paróse Reinhold.

—¿Os parece que me habrá conocido?

—¡Bah!; no os apuréis por semejante cosa!

—respondió Juan encogiéndose de hombros.

—Está borracho como un tonel; y cuando no, está medio loco. ¿Sabéis que esta noche hemos hecho un buen negocio? Ya hemos encontrado á tres de los hombres que necesitamos, y espero hallar el cuarto.

—¿Habéis cometido la imprudencia de pronunciar mi nombre?

—¡No!...; ¿para qué?

—¿De veras?

—A fe de hombre honrado.

Respiró con libertad M. de Reinhold, por primera vez después de dos horas.

Sin necesidad de la ayuda de Juan, subió entonces la tortuosa escalera que conducía á las habitaciones de éste.

Cuando se quitó la blusa y el gorro para vestir su elegante traje, casi no le quedaba resto de su pasada emoción.

Todo resbalaba en su naturaleza versátil.

M. de Reinhold era semejante á un niño que llora á lágrima viva, y ríe de todo corazón antes que lleguen á secarse sus ojos.

—¡El Amor! —murmuró comenzando á sonreirse.—¡No era mala la idea! ¡Pardiez; esos tunos no carecen de talento!

* Quitóse la venda, y se arregló la peluca delante de un espejo.

—Á pesar de todo—replicó,—creo haberme conducido con bastante firmeza. Hay muchas personas que se hubieran espantado con lo que acaba de sucederme. Por mi parte, os aseguro, Juan, que no he tenido pizca de miedo.

—Bien lo sé yo, señor.

Rehizo Reinhold el nudo de su corbata, y dió la última mano á su tocado.

—¡Bravo!—repuso.—¡No estoy descontento de la noche! Todo marcha, y el Diablo ha de ser el mozalbete si por esta vez se nos escapa. ¡Buenas noches, Juan! Voy á hacer un

poco la corte á la mamá de mi prometida esposa. Continúad ocupándoos del negocio; y si hay algo de nuevo, id á mi casa mañana temprano.

M. de Reinhold se volvió á su carruaje, que había continuado esperándole delante de la iglesia de Santa Isabel.

Viendo al cochero y al lacayo transidos de frío, murmuró para sí:

—¡Tal vez habrán creído estos pícaros que yo he estado muy á gusto desde que me he separado de ellos!

Juan, después de haber dado una vuelta por su establecimiento de la Jirafa, volvió al de los Cuatro Hijos Aymon, con ánimo de continuar la obra, y sobre todo, para saber lo que le correspondía en el negocio de la cartera.





CAPÍTULO V

HIPÓLITO

Hipólito el brillante, al salir de la taberna de la Jirafa para ir á hacer la digestión á los baluartes, pasó por delante de Juan y de M. de Reinhold sin que lo hubiese advertido. No era en los lechuguinos del Temple en los que podía pensar en aquellos momentos. Había comido casi dos veces, hacía dar vueltas en la mano á su bastón de puño dorado, llevaba inclinado malignamente el sombrero sobre la oreja, y chupaba un mondadientes con ese aire de vencedor que desde cien leguas anuncia las criadillas de tierra y el champagne.

Sólo había comido mucha vaca.

Empero la vaca le gustaba extremadamente.

Hipólito marchaba, como si dijéramos, á velas desplegadas, sin tocar apenas al suelo.

Poco antes de llegar á la calle de Vendôme, se detuvo de repente. Acababa de trope-

zar con un individuo que suspendió su marcha, cediéndole la acera con ademán humilde.

Ni siquiera levantó la cabeza, que llevaba inclinada tristemente. Marchaba con los brazos caídos, y nada se veía de su semblante, oculto bajo un deteriorado gorro, propio de los tocadores de organillo.

Hipólito alzó como por instinto su terrible bastón.

Mucho valor y muchas ideas se encierran en un vaso de vino de doce sueldos; pero el bastón de Hipólito volvió á caer sin haber herido.

Aquel pobre diablo, que proseguía su camino lentamente y con paso asaz trabajoso, tenía todas las trazas de ir transido de dolor. Siempre reina el dolor físico en aquellos barrios: en aquellas tortuosas calles no es raro encontrar desgraciados vacilando sobre su flemática agonía.

Paróse Hipólito.

Un romancero famoso, tal vez el más hábil de nuestros artistas, observador inagotable que derrama más filosofía en una plumada y más genio en una sola línea que el que se necesitaría para escribir un grueso volumen, ha inspirado á Gavarni las siguientes palabras:

«El placer hace buena al alma.»

Hablando de un modo absoluto, tal vez es discutible este pensamiento; mas, aplicándose á los placeres del estómago, llega á convertirse en axioma.

Todos los Hipólitos del mundo, bien sean esposos de reinas ó queridos de alguna tendera, están obligados á tener un estómago excelente: he aquí una de las cualidades más esenciales de su empleo.

Hipólito había comido razonablemente con la Batailleur, y gastado veinticinco sueldos en la Jirafa.

La Jirafa sirve muchas cosas por veinticinco sueldos.

En aquel momento, pues, tenía Hipólito un alma excelente, y se dignó volver la cabeza para mirar á aquel pobre transeunte.

Reconoció en él á uno de los antiguos camaradas de su niñez; un condiscípulo de la Escuela Mutua.

—¡Calla—dijo para sí;—éste es Juan Regnault! ¡Qué traspiés va dando! ¡Cómo se para á los hombres la diversidad de clase! ¡Heme aquí hecho un caballero! Tengo una posición social; estoy bien vestido, y es evidente que haré fortuna tarde ó temprano. Por el contrario, este chico ha conservado su blusa y su gorro: ¡todavía pertenece al pueblo! Pero todo va en genios. ¡Aunque es indispensable que haya plebe!

Como se ve, Hipólito era moralista.

—¡Pero no importa!—añadió.—Antes era muy buen muchacho: su facha está singularmente estropeada; pero puede ser que yo tenga gusto de tornar á ver á un antiguo amigo.

Volviendo á bajar la calle de los Pozos, dió algunos pasos.

—¡Eh!; ¡Juan!—gritó.—¡Juanito! ¡Qué serio pasas al lado de los amigos!

No oyó una palabra Juan Regnault, que prosiguió su camino con la cabeza baja.

Hipólito corrió hacia él, y le agarró por el brazo.

—¿Oyes?... ¡Demonio!; ¿te has vuelto sordo, Juanito?

Paróse éste al fin, y levantó los ojos admirado. No reconoció al pronto á su compañero de escuela; y la duda que expresaba, hacía sonreír á Hipólito, que le compadeció evidentemente.

—¿No me conoces, chiquillo?—dijo con tono protector arreglando su descompuesta corbata.—Pero concibo tus dudas: ¡he crecido tanto! Por otra parte, preciso es convenir en que he cambiado un poco de modales. No creas que por eso me he hecho orgulloso, amigo mío; ¡venga esa mano al momento!

Animóse por un instante la fisonomía de Juan, llena de tristeza; casi quiso sonreír.

En otro tiempo, Hipólito y él habían sido grandes amigos.

El pobre organillero murmuró:

—¡Te veo tan en grande! No es extraño que haya pasado á tu lado sin reconocerte.

El favorito de Mad. Batailleur acarició sus estrechos guantes, y dijo:

—¡Bien lo concibo!

Examinóle Juan con una mirada de pies á cabeza.

Después añadió lanzando un profundo suspiro:

—En el tiempo en que nos conocimos, Hipólito, éramos muy felices.

—¿Te encuentras mal, querido amigo? Pues yo no.

—¡Tienes razón!—repuso Juan.—Lo que sienten unos como una felicidad, tratan los otros de olvidarlo. Cualquiera diría que te has hecho rico.

—¡Oh!—exclamó Hipólito.—Rico, precisamente, no; pero casi casi estoy á mi gusto.

—¿Estás empleado?

—¡Y en grande! Pero ¿de dónde sales ahora, que ignoras lo que todos saben?

—¿Y qué ignoro?

—¡Cáscaras! ¡Vivo con Mad. Batailleur!

—¡Ah!...—prorrumpió Juan.

Semejante exclamación no expresaba asombro ni desprecio. Juan Regnault era lo que se llama un buen muchacho; no tenía sino buenos sentimientos. El honor, que él comprendía perfectamente, á pesar de que lo ignoraba, le hubiera preservado fácilmente contra todo hecho vergonzoso; pero si hallaba el vicio en otra persona, no le causaba sorpresa.

Había vivido desde la infancia en una atmósfera en que, desconocida y falseada la moral, se adquieren y aceptan extrañas ideas viendo en derredor admitida la infamia, aun en lo interior de las familias.

En París, las costumbres populares tienen

esta organización: acomódase el vicio tranquilamente, y ocupa un buen lugar. Cambian las ideas y las palabras. Así como el honor mercantil tiene poca semejanza con el honor caballeresco, del mismo modo se modifica la virtud, y se transforma hasta llegar á ser en ciertas clases de nuestra sociedad una monstruosidad repugnante y absurda.

Lo que se entiende aquí por virtud, no es más que vicio organizado y tranquilo, que paga su alquiler, y da su servicio.

El vicio *legal* se manifiesta descaradamente, y llega al monstruoso extremo de hacer que se tranquilice la conciencia.

Gentes de estos principios profesan un evangelio de negación: todo aquello que el Código no castiga expresamente, es para ellos el *non plus ultra* de la moralidad. Con todo esto, discuten las amenazas del Código, que creen encontrar ciegas y severas.

El matrimonio es para ellas una excepción, un lujo; se unen momentáneamente, y arrojan sin ningún remordimiento en las calles de París esa multitud de niños miserables, que algo más tarde pueblan los presidios, figurando como los actores más principales en los dramas representados ante los tribunales.

Esta clase no es pueblo (¡librenos Dios de creerlo así!); pero forma una minoría inmensa en la capital de las luces. No vive en un barrio particular: hállase en todos ellos, y, en nombre, pertenecen á todas las religiones.

Algunos hay también que, colocados en elevados puestos de la sociedad, profesan por sistema estas ideas, y se llaman filósofos. Creemos que el mayor número de que dejamos hablado es menos odioso que el menor de que tratamos; porque, á lo menos, aquél tiene por disculpa la ignorancia y la miseria.

¿Quién se atrevería á negarlo? Hay familias ricas que tal vez llevan la pureza de la infamia hasta el extremo de llorar como perdida á una joven que se hubiera casado con un pobre, mientras citan con orgullo aquella otra que se pasea en carruaje, porque supo aprovechar ventajosamente su juventud y su hermosura.

Hasta en el corazón maternal existen estas obscuridades y tinieblas.

Entre todos los barrios de París, el del Temple, á que pertenece casi exclusivamente todo comercio de amores de contrabando y toda clase de ganancias ilícitas, es ciertamente el que menos prevenido está contra la infamia y la inmoralidad. Es pobre; su vecindario es tan disoluto como la concurrencia de los teatros de baja esfera; su industria es la usura hereditaria; la recompensa de sus trabajos es la orgía de la Courtille.

Con todo, existe sin duda en el Temple un número considerable de personas honradas; pero su honradez no puede tener esos *odios vigorosos*, como Molière los llama: forma una costumbre que se admite y que se tolera.

No está en ellas el vicio; mas se rozan con él sin repugnancia y por necesidad.

Juan Regnault pertenecía á una de estas familias en que de padres á hijos se transmite por herencia la honradez.

Sólo se había cometido una falta en casa de aquellas buenas gentes; la falta de uno solo había sido expiada por la familia entera.

Pero los Regnault tenían vecinos.

Juan estaba acostumbrado desde su infancia á escuchar las historias del Temple; sabía perfectamente las mañas de aquellos traficantes, y no debía extrañar ver á un joven encalabrinado con la ya madura Mad. Batailleur, así como contemplar á una joven en relaciones con un hombre de cincuenta años.

Ambas cosas se comprenden en la acepción de esta palabra, que tanto contento produce á los *fabricantes de vaudevilles*, y que es el más impudente de los eufemismos: *un compromiso*.

Todo lo más que puede decirse, es que Juan hubiera muerto antes que degradarse hasta tal punto.

—He aquí mi empleo—prorrumpió Hipólito acelerando el movimiento giratorio de su bastón:—beber bien, comer bien, dormir bien y tener buen vestido. De vez en cuando, un espectáculo, el baile á discreción, y nada que hacer.

Diciendo esto, miró á Juan para conocer si había conseguido fascinarle.

Juan, distraído un instante con el encuen-

tro de su antiguo camarada, había caído de nuevo en su sombría tristeza.

—¿Qué dices tú de esto?—le preguntó bruscamente Hipólito.—Te admirará; ¿no es así, chiquillo?

Juan no respondió.

Hipólito le sacudió el brazo, y le arrastró hasta debajo del reverbero.

—¡Qué cambiado estás, amigo mío!—prorrumpió Hipólito con acento de verdadero interés.—Estás pálido como un muerto, y tienes los ojos hundidos. ¿Estás malo?

Juan sacudió la cabeza.

—¡Vamos; estás enamorado!—añadió el *león* del Temple.—Vosotros, ¡jovencillos cándidos!, que no conocéis el mundo: os enamoráis formalmente á la mitad del siglo XIX. ¿Habrás visto tontería semejante...? Veamos: ¿no es verdad que lo he adivinado, querido?

Juan sacudió de nuevo la cabeza.

—Lo que aquí hay de cierto—continuó Hipólito,—es que no eres demasiado hablador. ¡Vamos, querido; desahógate un poco con un amigo! ¡Quién sabe! Tal vez podré sacarte de penas. Cosas más difíciles se han visto.

En vez de responder, Juan dejó caer la frente entre sus manos.

—¡Es muy duro!—murmuró el *dandy* con sobresalto.

El pecho de Juan exhaló un sollozo, sus dos manos cayeron, y entonces Hipólito vió su rostro inundado en lágrimas.

Aquel dolor mudo le conmovió más vivamente de lo que hubiera podido esperarse, y permaneció callado, sin encontrar palabras que dirigirle.

Juan fué el primero que rompió el silencio.

Deslizáronse con trabajo de entre sus labios algunas palabras entrecortadas. Hipólito escuchaba. Poco á poco se le acercó Juan; apoderábase de él insensiblemente ese placer melancólico que siente al referir sus dolores un alma lastimada. Contó su triste historia, la escasez de recursos de la casa, el peligro que amenazaba á la anciana Regnault, y la imposibilidad en que se hallaba de pagar á su inflexible acreedor.

Á medida que hablaba, las facciones insulas y toscas del *dandy* de baja esfera adquirirían una expresión de creciente interés; su fisonomía, en que estaba retratada de continuo la más total indiferencia, llegó á reflejar vivas emociones.

—¡Es posible...!—murmuraba de cuando en cuando.—¡Hacer tanto daño á una pobre familia honrada!

Cuando Juan concluyó, Hipólito cerró con ira los puños, y golpeó con furor con la extremidad de su bastón el empedrado.

—¿Y es ese pícaro de tabernero el que tiene la culpa de todo?—exclamó.—¡Si lo hubiera sabido, un diablo en mi nombre le habría llevado mis veinticinco sueldos! En cuanto al caballero de que habláis, me parece que es un insigne desalmado; porque ella es an-

ciana! ¿No es cierto que es anciana la tía Regnault, Juanito?

—¡Oh, sí; es muy anciana! La prisión la matará.

—En cuanto á eso, amigo mío, te equivocas: la prisión no mata á nadie. ¿No sabes tú que en Clichy se pasan muy buenos ratos?

—¡Oh! No lo cree ella así. ¡Dios mío! ¡Pobre abuela mía!

—En efecto, ella no sabrá ya divertirse—replicó Hipólito desdeñosamente;—pero, ¡vive Dios!—exclamó en seguida,—es posible que sea más pobre que las ratas. Yo, tal como me ves, no tengo más que los objetos de mi uso. ¡Ah; si hubiera hecho economías!

Diciendo esto, registró los dos bolsillos de su chaleco, y sacó dos monedas de treinta sueldos.

—También está aquí mi cadena de oro—continuó, señalando esta joya, que en la apariencia era magnífica;—pero es de cobre.

Juan le alargó la mano.

—¡Gracias, mi pobre Hipólito!—dijo.—Conozco que tienes siempre buen corazón; pero nada puedes hacer por mí.

—¡Poco á poco!—replicó el *dandy*.—Se puede aún gastar un franco en el fumadero. Durante este tiempo, nos vendrán las ideas.

—¡No tengo yo el corazón dispuesto para eso!—murmuró Juan.

—Eso va en genios. En cuanto á mí, un vaso de cualquier cosa me hace más bien

que mal. Pues meditemos aquí, puesto que lo quieres. Veamos: ¿cuánto necesitarías?

—Con todos los gastos, subirá lo que necesito á más de ochocientos francos.

—¡Ochocientos francos!—repitió Hipólito. —Si yo pidiese á Josefina esa cantidad, me pondría ochocientas veces en la calle.

Examinó sucesivamente su pantalón, su chaleco y su levita.

—Todo esto vale treinta francos—murmuró:—eso en justo precio; pero ahora nos faltan setecientos setenta.

Juan se hallaba enternecido extraordinariamente, y apretaba con efusión la mano del generoso Hipólito.

—Y no está aquí toda la dificultad. Yo quisiera discurrir una cosa que nos sacara de apuros, ¡y me es de todo punto imposible! ¡Voto va!...

Durante algunos minutos permaneció inmóvil, jugueteando con los grasosos bucles de sus cabellos, y mordiendo el puño del bastón.

Quitóse el sombrero de repente, y dió un terrible salto sobre el empedrado.

—¿No acabas de decirme que tienes una centena de francos?—gritó Hipólito con la misma alegría que si hubiese hallado una mina de oro.

—¡Ciento veinte francos!—replicó Juan Renault.

—¡Caracoles!—exclamó Hipólito abrazando á su amigo, lleno de alegría.—¡Eres más

rico que Creso! ¡Diablo!... ¡Ya estamos como queremos! Con esos ciento veinte francos tenemos lo suficiente para reirnos del tabernero Juan, y para burlarnos de ese caballero de que me has hablado. ¿Qué nos importa la cárcel? ¡Todas las deudas quedarán pagadas; pagadas completamente! ¡Todavía nos quedarán algunas monedas con que almorzar mañana en los Vendargés!

Diciendo esto, el entusiasmado Hipólito tomó por la cintura al infortunado organillero, y le hizo comenzar con él los primeros pasos de una polka.





CAPÍTULO VI

CIENTO VEINTE FRANCOS

Asemejábanse mucho estas promesas á los cuentos de hadas, y el pobre Juan Regnault, á pesar de su sencillez, vacilaba en creerlas. ¡Mas el buen Hipólito hablaba con tanto calor, y su entusiasmo estaba impregnado de tanta verdad! ¡Parecía tan profundamente convencido!

Juan se había quedado delante de él, con la boca abierta y sin atreverse á hablar, temiendo retrasar las explicaciones que esperaba.

—¡Cáscaras!...—prorrumpió Hipólito sin poder contener su buen humor.—Trabajo nos ha costado; pero, al fin, hemos dado en el quid de la dificultad. Oye: ve pronto, y tráeme esos ciento veinte francos que tienes: yo te aseguro que antes de media noche tendremos un billete de mil.

—¿Y cómo harás para conseguirlo?—preguntó por último el pobre Juan.

—¡Diablo!... ¡No seré yo quien haga el milagro!

—¡Dios mío! Entonces, ¿quién lo hará?

—Tú.

—¡Yo!...

—Sí; tú. Yo sólo te daré los polvos de la madre Celestina, con la receta para usarlos.

—Creo que te chanceas—dijo Juan con melancólica y lánguida desesperación.

—¡No, no!—contestó Hipólito.—¡No; palabra de honor! He encontrado un medio, y te juro que es muy bueno.

—¿Y qué es?; ¿qué es?...

Plantóse el *león* del Temple delante del mísero organillero, y colocó ambas manos sobre el puño de su bastón.

—Bien seguro estoy, mi querido amigo, de que no llegarías nunca á dar con él—dijo después con aire triunfal.—Sin embargo, el medio es tan claro como la luz del día; el treinta y cuarenta no se ha inventado para los tontos.

—¡El treinta y cuarenta!—repitió Juan, para quien nada expresaban aquellas dos cantidades reunidas.

—Pronto has tomado en la memoria el nombre, querido amigo—repuso Hipólito:—ésta es muy buena señal. El treinta y cuarenta es un juego de naipes, llamado así porque... ¡Qué diablo!... No nos importan las razones por que así se llama. Lo cierto es que este juego no se usa entre el vulgo. Es muy fácil, muy ligero, muy sencillo; en media

hora tendrás hecho tu negocio, mediante los cien francos que ya posees.

Había escuchado Juan sin chistar todo lo que Hipólito dijo. Hizo más: esperó dos ó tres segundos antes de responder, por si su amigo tenía alguna observación que añadir, ó alguna rectificación que hacer.

Después bajó la cabeza, y murmuró con desaliento:

—¿Y eso es todo? ¿Ahí se encierra tu soberbia é irresistible idea?

—¡Poco á poco, chiquillo; poco á poco!

—¿Pero no me das otra esperanza mejor que ésa?

—¡Eres un necio! ¡Cuánto es no tener mundo! ¡Estás hablando sin saber lo que dices! Pero, hombre, puesto que yo te lo propongo como bueno, este negocio es segurísimo.

—¡Seguro, seguro!—murmuró Juan;—¡podemos perder!

—¿Perder?... ¡Jamás!

Deseaba el pobre Juan con tanto ahinco la suma que se le prometía, que no era difícil persuadirle de una falsedad. Con todo, su recta razón y su excelente juicio se rebelaban contra aquel aserto, desnudo completamente de verosimilitud.

Á pesar de que no era jugador, no por eso ignoraba que todo juego lleva consigo la posibilidad de perder.

Indignábase Hipólito al ver la poca alegría que su condiscípulo expresaba.

—¡Esto es asombroso! ¡Se halla metido en el cieno hasta el cuello, y todavía hace melindres para salir de él! ¡Ea!; ¿tienes ahí los ciento veinte francos?

—No—respondió Juan;—los tengo en casa.

—Pues si yo me hallara en tu lugar, correría á buscarlos en este mismo momento.

Juan no se meneó.

Empujóle Hipólito, y le hizo dar algunos pasos hacia el mercado: el organillero se dejó llevar por de pronto; mas después opuso resistencia, y suspendió la marcha.

—¡No quiero ir á buscar los ciento veinte francos!—murmuró con rubor.

—¿Y por qué?

—Porque si llevan á la cárcel á mi desgraciada abuela, necesitará ese dinero para tener algunas comodidades en medio de su terrible desgracia.

—¡Oh necio! ¡Necio!; ¡más que necio!—exclamó enfáticamente el león del Temple.—¡No tienes más que *querer*, para que tu abuela no vaya á la cárcel, que tanto temes, y, sin embargo, la sacrificas!

Juan descubrió su abrasada frente, y empezó á dar vueltas á la gorra entre sus manos.

—¡Juan!—prorrumpió Hipólito colérico;—¡llévete el Diablo..., y á mí también, canario! Pero es preciso tener alguna paciencia con los amigos. ¡Vamos! Escúchame una cosa que sabe todo el mundo; escúchame lo que dicen más de quinientas personas, de buen tono, por supuesto, acerca del juego.

—¿Qué dicen?

—Que la primera vez que se juega, se gana irremisiblemente.

Hablaba el *dandy* con un tono tal de persuasión, que Juan, á su pesar, se sentía indeciso.

Sin embargo, pudo hacer esta observación:

—¿Y por qué se ha de ganar la vez primera que se juega, y no las otras veces?

Encogióse de hombros Hipólito, y miró á su amigo con la más absoluta expresión de lástima.

—¿Y qué quieres que te conteste á semejante vaciedad? Bien debes conocer que me será imposible explicártelo, porque...; porque son cosas que no están á la altura de tus alcances. ¡Estoy seguro de que no me comprenderás, aun cuando esté explicándotelo hasta mañana!... ¡Friolera!... Para entender estas cosas, es indispensable haber frecuentado la sociedad de buen tono. Acabemos de una vez: ¿tienes, ó no tienes confianza en tu antiguo amigo Hipólito?

—Me parece, en efecto, que quieres sacarme del apuro; pero...

—¡Fuera los peros! ¡No me gustan! Si tienes confianza en mí, debes quedar satisfecho sólo con mi palabra: yo te aseguro que lo que te digo es una verdad tan grande como que aquello que ves allí es un reverbero.

—¡Si yo te creyera!...—comenzó á decir casi convencido el pobre Juan Regnault.

—¡Diablo!...—interrumpió Hipólito.—¡Eres

terco si los hay! ¡Voto al Demonio! Te lo digo y te lo afirmo, porque yo lo he experimentado. La primera vez que tomé las cartas, me llené los bolsillos de napoleones, con sólo dos francos y cincuenta céntimos, único capital que poseía. Por ahí podrás deducir lo que puede hacerse con cien francos.

—¿Y si eso es verdad?—pensó Juan.

—Por lo que respecta á perder—prosiguió el infatigable Hipólito, cuya elocuencia iba en aumento,—sería una cosa nunca vista...; ¡nunca!... Reflexiona, pues, un poco, querido amigo, qué contenta se hallará tu abuela cuando al despertarse mañana vea el oro á su cabecera, y no dudo que cesarás de oponerte á la felicidad que te presento.

—¡Dios mío, Dios mío!; ¡si fuera cierto!; Qué contenta se pondrá la pobre vieja!; ¡cómo bendecirá al Señor!

Era entrecortada la respiración de Juan; ¡hasta tal punto le conmovía la idea de aquella alegría!

Hipólito prosiguió:

—Tú te colocarás junto á su lecho, te ocultarás en cualquier rincón, y entonces la verás llorar y reir de gozo; ¡de puro gozo; de alegría inefable!

Dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas de Juan.

—Después—continuó Hipólito,—te aproximarás poco á poco, insensiblemente, de puntillas, á la cabecera. Entonces te abrazará. ¡Qué felices seréis!

Juan oprimió su pecho con ambas manos, porque palpitaba fuertemente.

—¡Madre mía!—murmuró.—¡Pobre madre mía! ¡Oh; no me engañes, Hipólito! Yo te creo, y quiero seguir tus consejos, porque van encaminados á mi bien; al bien de toda mi familia.

Frotóse las manos el *león* del Temple, ni más ni menos que si entonces hubiese acabado de ganar una gran victoria.

Tomó del brazo á Juan, y le condujo hacia la plaza de la Rotonda.

—Vamos á buscar pronto el dinero—dijo Hipólito cambiando de aspecto:—¡concluemos de una vez!

Bastó á ambos jóvenes un solo minuto para bajar la calle de la Petite-Coderie, y llegar al pasadizo que conducía á la mísera habitación de Juan Regnault.

—¡Sube—dijo Hipólito,—y despacha pronto! Yo te espero aquí.

El organillero entró precipitadamente en el pasillo. Hipólito comenzó á pasearse delante de la puerta.

Al atravesar el patio, el pobre Juan no miró siquiera hacia las ventanas de Hans Dorn: hasta tal punto le tenía absorto la esperanza que en su alma acababa de renacer.

Había luz en casa de Hans Dorn; las cortinas de tosca muselina que cubrían los vidrios de las ventanas, sólo dejaban percibir la claridad.

Sobre aquel fondo medio transparente se

dibujaban de cuando en cuando algunas sombras: hubiérase podido distinguir fácilmente el lindo perfil de Gertrudis y el talle, más desenvuelto, de otra mujer.

Acompañábalas un hombre.

Para persuadirse de que aquel hombre no era el ropavejero Hans Dorn, bastaba mirar la sombra proyectada en la cortina.

Aquella sombra era la de un caballero de esbelto y elegante talle.

Juan nada de esto vió: subió las escaleras de cuatro en cuatro, y se halló frente á la habitación de su madre.

La puerta sólo estaba cerrada por un picaporte; pero Juan se detuvo vacilante.

Cuando se había separado de Hipólito, estaba muy animado, sentía dentro de sí mismo un no sé qué que le hacía avanzar; tenía confianza; sentía entusiasmo.

Empero en los pocos segundos que empleó en atravesar el pasadizo y el patio, había perdido aliento.

En vez de empujar la puerta, se quedó inmóvil durante largo tiempo sobre la angosta meseta; impedíale avanzar una poderosa é invisible mano.

Dudaba.

Aquella era la vez primera de su vida en que le espantaba la idea de ver á su madre y á su abuela.

Cuando levantó el picaporte, lo hizo con aquella precipitación propia de un hombre que se arroja entre los peligros, y que pro-

cura ahogar su conciencia, ó cubrirla con un denso velo.

Entró.

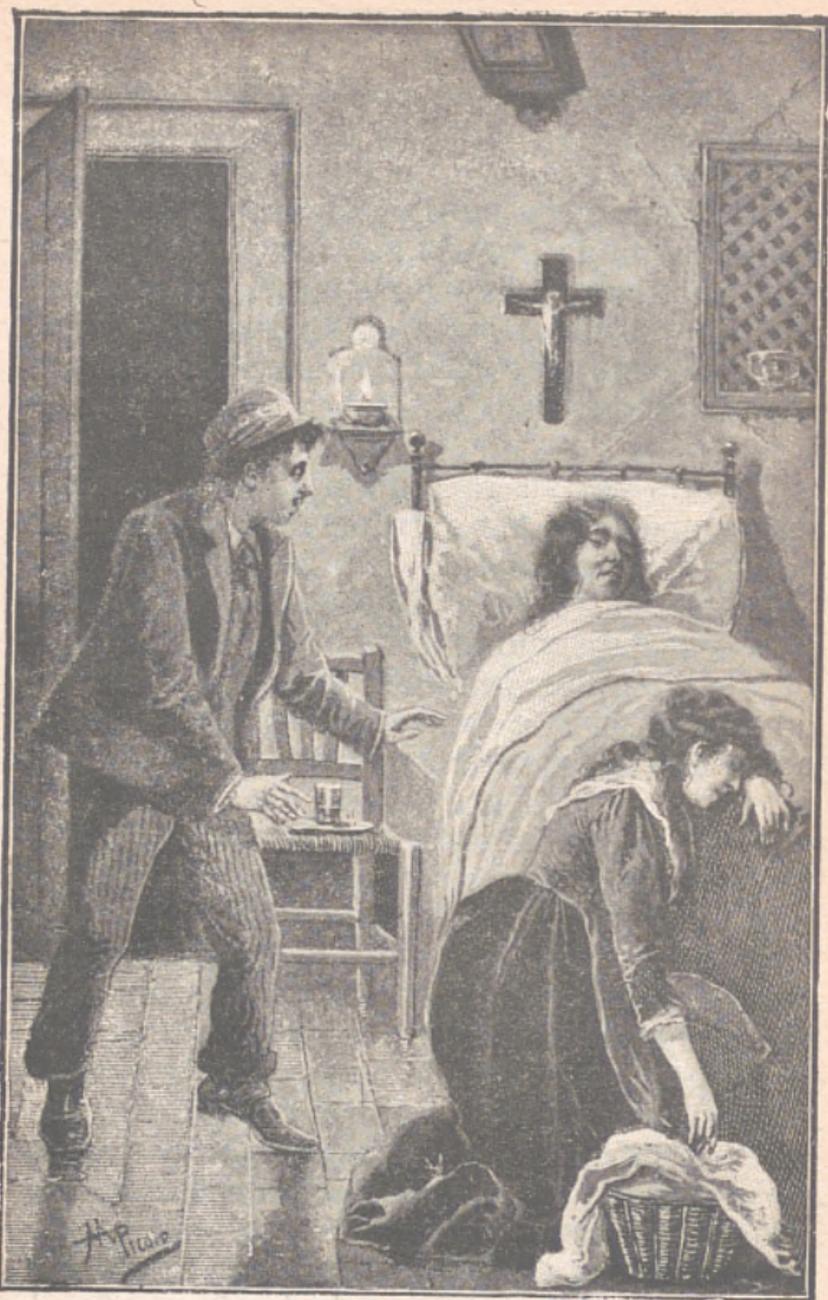
Aquella mísera habitación sin muebles estaba iluminada apenas por los restos de una vela próxima á dar fin con su largo é inclinado pábilo. Dominaba la sombra en las tres cuartas partes de la estancia; las negras paredes absorbían la débil y agonizante claridad.

Sólo de vez en cuando se dejaba percibir vagamente un objeto informe entre aquella noche casi profunda.

Al caer por su propio peso la ceniza adherida á la extremidad del pábilo, se reanimaba por instantes la moribunda luz, exhalando algunos vivos destellos: entonces la vista pretendía descubrir algo; pero nada descubría.

Aquello era la nada, la miseria en su último período. Prenda por prenda, mueble por mueble, había sido vendido todo; única y exclusivamente quedaba allí la tosca cortinilla que tapaba la ventana, y la estropeada manta del miserable lecho.

Ningún ruido percibió al entrar en aquella estancia el pobre organillero. Por un momento pudo creer desierta la habitación; empero sus ojos, que directamente había dirigido á la cama, distinguieron á los pálidos reflejos de la agonizante luz una masa sombría y confusa que se destacaba entre la blancura de la manta.



Aproximóse de puntillas.

Aproximóse de puntillas.

Á medida que iba acercándose, percibía el rumor de dos respiraciones oprimidas y trabajosas.

—¡Ambas duermen!—dijo para sí;—podré...

Y redoblando las precauciones, llegó hasta el lecho sin hacer ruido.

Aquella masa confusa que desde lejos había columbrado, era un grupo compuesto de su abuela y de su madre Victoria, inmóviles y dormidas ambas.

La anciana estaba medio echada sobre la manta, con los pies pendientes fuera de la cama; su cabeza se hallaba apoyada apenas sobre la almohada. Dormitaba con la boca y los ojos entreabiertos.

Aquello no era descanso: era una especie de insensibilidad pesada, interrumpida por dolorosos estremecimientos.

La tía Regnault permanecía aún con el vestido de los días de fiesta. Había vuelto del palacio de Geldberg tan desfallecida y anonadada, que se había sentado en el lecho, y allí había permanecido inmóvil.

Á las cariñosas y tiernas preguntas de Victoria, había contestado con su melancólico silencio. Sólo una vez entreabrió los labios para dirigir á Dios una súplica en que mezclaba el nombre de su hijo.

Ni había referido lo que le había pasado en el palacio, ni la bárbara dureza de Santiago: había preferido ocultar su martirio.

Durante aquella noche eterna, sus ojos agotados no habían derramado una lágrima siquiera.

Desde que el cansancio la había vencido, asemejábase su sueño á la muerte.

Sus ajadas y contraídas facciones expresaban el miedo y la más dolorosa angustia. Su palidez era intensa; sus párpados, perdidos en la profundidad de aquellas huecas órbitas, parecían haber sido tocados por la mano cristiana que cierra los ojos de los cadáveres.

Apenas se oía su débil respiración, y saliéndose sus cabellos blancos de su gorro, se esparcían sus mechones alrededor de su enflaquecido rostro.

Arrodillada Victoria á su lado, apoyaba la cabeza en la manta, mojada con sus lágrimas.

Sorprendida evidentemente por el sueño en su piadoso deber, había debido de interrumpir algún consuelo comenzado, al ver que la anciana Regnault cedió al fin al peso de su dolor; después no se habría atrevido á continuar, por no turbar aquel sueño, que era una tregua en las penas de la pobre abuela.

Nada se veía de su rostro, que tenía apoyado en la cama; sus manos, unidas aún y colgantes, conservaban la actitud del que ora.

Era aquél un cuadro triste, lleno de desolación. La fisonomía de Victoria hablaba por sí sola; su postura indicaba toda la inmensidad de su aflicción.

En cuanto á la anciana, iluminada como estaba su arrugada cara, mostraba bien á las claras toda su angustia.

Habíase detenido Juan á dos pasos del lecho; contemplaba el triste grupo, y desgarrábasele el corazón.

En aquel momento había olvidado el motivo que allí le había conducido, y también á Hipólito, que le esperaba en la calle.

No sabía nada; nada pensaba: aquella muda é inmensa desesperación obraba en él como un contagio.

Cayó de rodillas al lado de su madre. Maquinalmente quiso apoyar su frente enardecida en la manta que cubría la cama; pero la retiró bruscamente y tiritando: había tocado la fría humedad de las lágrimas...

Levantóse, y coordinó lentamente sus ideas. Recordó lo que iba á hacer allí, y tanteó el vestido de su abuela.

Agitóse débilmente Victoria sin despertar, y su encorvado pecho exhaló un suspiro.

Juan retrocedió atemorizado.

—¡Dios mío!... — murmuró oprimiéndose con las dos manos el corazón;—¡cómo tiemblo!... ¡Es, pues, un crimen el que voy á cometer!...

Inclinó la cabeza, y quedóse inmóvil por un momento.

Después repuso como para decidirse:

—¡Es necesario!... ¡Padecen tanto!... ¡Soy solo en el mundo para socorrerlas!...

Avanzó un paso; pero pensó repentina-

mente de otro modo, y volvió la cabeza hacia el rincón más obscuro del cuarto.

—¡Geignolet!—balbuceó.

En vez de acercarse al lecho, dirigióse al rincón en que dormía comúnmente el idiota.

Nadie había en el miserable jergón que le servía de cama.

—¡No está Geignolet!—pensó Juan;—¡duermen las dos!... ¡Dios mío!; ¿sois quien me abre este camino para salvarlas?

Hay momentos de emoción tan intensa, que el alma más cándida encuentra en todo presagios. Creyó el pobre Juan que el Cielo le allanaba todos los obstáculos, y se decidió.

Volvió al miserable lecho, y buscó otra vez entre los pliegues del vestido de su abuela el bolsillo en que debía hallarse la bolsita de Gertrudis.

Aunque su intención era buena, no dejaba de temblarle la mano. Hubiéranle tomado seguramente por un malhechor los que le hubiesen visto en aquel momento.

Hacíale torpe su misma emoción. Por largo tiempo buscó. Mientras registraba, el menor movimiento de su madre ó de su abuela le turbaba hasta obligarle á huir.

A pesar de sus muchas precauciones, la anciana sentía algo su presencia, pues empezaba á agitarse, y movía los labios.

El organillero espiaba estas señales, que eran prueba de que de un momento á otro iba á despertar, y se apresuraba; mas, apre-

surándose, sus crispadas manos se ocultaban entre los pliegues de la ropa.

Había en el sentimiento que experimentaba vagos temores y como una especie de remordimiento mezclado de impaciente cólera. Gruesas gotas de sudor mojaban sus sienes.

Cuando ya principiaba á desesperar, encontró una abertura en la tela del vestido, y tocó el codiciado oro al través de las mallas del bolso de seda.

Tenía ya su presa; pero no podía aún apoderarse de ella: una de las extremidades del bolsillo estaba cogida bajo el cuerpo de la anciana, y era menester sacarla.

Era aquél un trabajo de paciencia. Juan principió á tirar poco á poco; mas el bolsillo no cedía, y la vieja iba á despertarse.

Su cabeza daba vueltas sobre la almohada, y algunas palabras ininteligibles brotaban de sus labios.

Sus brazos se agitaban vagamente: se hubiera dicho que buscaban un ser querido que abrazar.

—¡Hijo mío!; ¡hijo mío!...—murmuró al fin con voz ahogada.—¡No me mates...: soy tu madre!

Juan no sabía de cierto si estas palabras se dirigían á él: su cabeza se desvanecía; conocía que sólo le quedaba un instante, y tiró más fuerte.

—¡Hijo mío!; ¡hijo mío!—decía la pobre vieja agitándose y llorando amargamente.—¡Te pido que me dejes mi última esperanza!

Juan no tenía ya ningún valor, porque aplicaba estas palabras á los ciento veinte francos de la bolsa.

Una mirada que echó sobre el rostro de la abuela le demostró suficientemente que no estaba despierta: hizo un último esfuerzo, y sacó la bolsa; pero hizo un poco de ruido. La vieja se incorporó sobresaltada.

—¡Santiago!...—exclamó.

Emprendió la fuga el tocador de órgano, que se encontraba entonces á cinco ó seis pasos de distancia del lecho.

—¡Yo no he soñado!—prosiguió Mad. Regnault sacudiendo el brazo á su nuera.—Ya no son nada mis ojos; pero he oído los pasos de un hombre... ¡Victoria!... ¡Victoria!...

Victoria levantó la cabeza.

Pero en aquel momento pasaba Juan cerca de la luz, y le dió un soplo: las tinieblas reinaron en la habitación.

—¿Quién anda ahí?—gritó Victoria.—¿Eres tú, Juan?

El tocador de órgano no respondió: atravesó la puerta, y bajó la escalera corriendo.

Hipólito le esperaba silbando una canción. Juan se unió á él, y se apoyó contra el muro, porque no podía sufrir su emoción.

—¡He aquí los ciento veinte francos de mi abuela Regnault!—pronunció lentamente y con voz apagada;—¡todo lo que le resta en el mundo ¡Esto es mi vida! ¡Porque yo se los he robado, Hipólito; y si los pierdo, me mataré!



CAPÍTULO VII

LA CASA DE HANS DORN

Comenzaba Hipólito á sentirse fastidiado: tenía fríos los pies, y la emoción que le había producido la angustia de su antiguo camarada se había cambiado en el peor humor mientras le esperaba con las botas metidas en el lodo.

El *león* del Temple hizo girar su bastón, y se encogió de hombros con aire desdeñoso.

—Todo eso depende de los genios—respondió;—pero si te arrepientes de haber tmado esas ciento veinte monedas, bien p ueo d e volverlas, y recobrar tu perdido sosiego.

Miróle Juan lleno de admiración.

—Lo que te digo, mi querido amigo—repu-so Hipólito con frialdad creciente:—he reflexionado..., y esto no marcha. Supongamos que no nos hemos hablado, puesto que ya no hay nada de lo dicho.

—¡No te comprendo!—murmuró Juan.

—Lo creo; pero basta que yo me compren-

da. Cuando te vi allá abajo con los ojos llo-
rosos y pálido como un difunto, no niego que
experimenté vivo sentimiento. ¡Bajo palabra
de honor; creí que iba á romper á llorar!

—¿Y ahora es distinto?

—Completamente.

—¿Conque ya no tienes piedad de mí?

—En eso te equivocas, á fe mía—contestó
Hipólito reanimándose algún tanto.—Daría
cuanto tengo por sacarte de apuros, y pedi-
ría prestado si tuviera crédito.

El *dandy* apoyó ambas manos sobre el
puño de su bastón.

Luego añadió bruscamente:

—Pero no teniendo crédito, ¿qué diablos
quieres que haga por ti?

—Me has hablado de una casa de juego...

—Verdad es; pero ¿quién está libre en este
mundo de decir una barbaridad?

—¡Cómo!...; ¿será barbaridad lo que me has
dicho respecto á eso?

—Ni más ni menos, querido.

—¿Conque ya no quieres volver á jugar?

—Chico, yo me he entregado á mis medi-
taciones mientras he estado consumiéndome
esperándote: ya conoces que es preciso bus-
car algún arbitrio para matar el tiempo. Pues
bien, después de haber reflexionado, me he
dicho: ¡eres un imbécil, Hipólito!

Juan comprendía cada vez menos las pala-
bras de su amigo.

El *león* del Temple prosiguió:

—No vayas á creer que tuve necesidad de

romperme los cascos para poder llegar á la más lógica conclusión que puede imaginarse. ¿Sabes cuál ha sido ésta?

—Dímela.

—No te queda ningún remedio.

Cuando Hipólito había propuesto al organillero un medio para salir de su apuro, medio semejante á un crimen, no había éste podido menos de resistirse concienzudamente á su realización: hubiera retrocedido tal vez, remitiéndose á su propia conciencia; mas ahora que, favoreciendo sus ideas honradas, le presentaban obstáculos para avanzar en aquel camino odioso, sintió empeño en pasar adelante: quería jugar á todo trance, y no tenía miedo alguno de perder.

Parecíale que le arrancaban de entre las manos una fortuna de que ya era poseedor.

—¿Y por qué no me queda ningún remedio? —dijo irguiéndose con energía.

—¡Diablo! —murmuró Hipólito:— ¡este chico muerde como una víbora! ¿Vas á comerme? ¡Mira que yo no tengo la culpa de que tal desgracia te suceda!

—¡Pero contesta! —dijo colérico y despechado el pobre Juan:— ¿por qué no me queda remedio?

—Es muy extraño que un hombre de buen tono como yo —replicó Hipólito con fatuidad —no haya pensado en la dificultad desde luego. Pero lo cierto es que tenemos muchísimas contras, pobre Juan. Yo bien conozco que, aunque eres barbilampíño, podrías en

trar con cierto desenfado en una casa de juego, pues en semejantes lugares no hay ningún municipal encargado de pedir á los concurrentes la fe de bautismo; pero toda aquella gente es muy mirada y muy pulcra, y en verdad que tu gorra vieja y tu vestido de pana no serían allí de recibo.

Juan inclinó la cabeza: parecióle concluyente aquella objeción.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró;—¿es posible que pueda detenernos semejante cosa?

—Es muy duro sufrirlo—replicó el *dandy*;—pero ¿qué quieres que te diga? No se puede ir á ninguna parte sin estar bien vestido.

Juan atormentaba su ardorosa frente con ambas manos: estaba á punto de llorar de rabia.

—Ea, pues, querido amigo—repuso el terrible Hipólito:—te deseo felicidades, y me voy.

—¡Espera un momento!—exclamó Juan con tono suplicante.

—Corriente: esperaré todo lo que quieras; pero eso no conduce á nada, y, por otra parte, me sirve de fastidio. Yo en tu lugar, aceptaría el vaso de aguardiente con que te brindo, y no me desesperaría en vano como tú. ¡Qué diablo!; cuando una cosa es imposible, amigo, es imposible!

Alzóse de súbito la inclinada cabeza de Juan.

—¡Caramba!—exclamó.

—¿Qué te da, querido amigo?

—¡Ya lo he encontrado!

—¡Lo has encontrado! ¿Y qué es lo que has encontrado?

—El medio de obtener un traje completo.

—¡Ah!...

—¡Ya verás; ya verás! Óyeme, y...

Juan no cabía dentro de sí: tal era el gozo que sentía. Había olvidado la desgracia de su familia, mostrábasele risueño el porvenir, veía delante de sus ojos montones de oro puro, y una venturosa vejez para su abuela. El afortunado muchacho contaba además con bastante fortuna para casarse con Gertrudis, que era su pensamiento constante y su dorado ensueño.

¡Oh; cuántas felicidades!

Tomó la mano del *león*, y la apretó entre las suyas con la mayor efusión.

—¡Mi querido Hipólito—dijo,—ten á bien escucharme, siquiera por espacio de un cuarto de hora!

—¡Un cuarto de hora!

—Sí; escaso.

Hizo el *dandy* un gesto de marcada impaciencia.

—¡Yo te lo ruego!—insistió Juan, temiendo una repulsa de su amigo.

Hipólito replicó:

—Chico, yo te escucharé, no los quince minutos que deseas; sino quince días si es necesario, aunque no en este sitio. ¡Yo me entiendo! Podría pasar alguien que fuese luego

á decir á Josefina que estaba *haciendo el oso* por aquí, lo cual me causaría algún disgusto. Por tanto, haz tu negocio, despacha pronto, y ven á reunirse conmigo en el fumadero de l'Episcié, al lado del Circo Olímpico.

—Corriente—dijo Juan, que hubiera sido capaz de ir á reunirse con él en los antípodas. —¡Hasta más ver!

—¡Abur; hasta luego!

El *dandy* se estiró los picos del chaleco, se desarrugó la corbata, y aseguró el sombrero sobre sus espesos cabellos; hecho esto, tomó la dirección del bulevar, arreglándose la camisa, columpiando los brazos, y haciendo mil monadas.

Juan entró precipitadamente en el portal, y atravesó el patio nuevamente; pero, en vez de tomar la escalera que conducía á la habitación de su madre, volvió á la derecha, y se dirigió al aposento de Hans Dorn.

—¡Si su padre no estuviera en casa!—murmuró Juan subiendo con lentitud.—Pero yo creo que habrá salido. ¡Me parece que estoy afortunado esta noche!

Llegó el organillero delante de la puerta del ropavejero, y dió tres golpecitos: aquélla era la señal ordinaria entre él y Gertrudis.

Nadie contestó.

Con todo, había distinguido luz por las ventanas al pasar el patio: alguien había dentro.

Cuando un hombre tímido se arriesga á

acometer un lance atrevido, no hay nada que pueda enfriar su valor tanto como estos vulgares retardos: ellos detienen á un hombre honrado con la mano puesta en el cordón de una campanilla.

En esos cortos momentos hay pretendiente que olvida su discurso de introducción; otros pierden de antemano su sonrisa: dados tres campanillazos, el hombre más impávido busca inútilmente su perdido arrojo.

Había tocado Juan con confianza á aquella puerta; pero á medida que esperaba en vano la respuesta, se destruía su confianza, humedecíase su frente, y volvía á caer bajo el imperio de su natural timidez.

Tal vez estuviera en casa Hans Dorn; quizá Gertrudis estaría acostada ya. Juan se sintió desfallecer, pensando que sería posible que el mismo ropavejero fuera á abrirle la puerta por sí mismo.

No se atrevía á llamar de nuevo.

Mientras vacilaba en llamar otra vez, aguzó el oído para percibir lo que pasaba dentro de la casa.

Oía dentro algún ruido que se asemejaba al rumor dudoso de una reservada é íntima conversación; mas, á través de aquel ruido, distinguía otro que le impedía asegurarse y hacer ninguna conjetura.

Aquel otro ruido ignoraba de dónde provenía: era un rumor débil y sordo.

Juan vivía desde niño en aquella casa; pero, á pesar de eso, no había conocido jamás

un oficio que allí pudiese producir ruido tan continuo.

Si se hubiese hallado próximo á alguna cárcel, hubiera creído escuchar á algún preso horadar las paredes, ó intentar derribarlas.

Su vista no podía ayudar á sus oídos: la estrecha meseta que había antes de la habitación de Hans Dorn estaba en la más completa obscuridad.

El ruido continuaba.

Momentos había en que creía que con sólo alargar la mano podría asir al trabajador nocturno que minaba la pared.

Otras veces se desorientaba acerca de dónde venía aquel sonido, y de qué provenía.

Por lo regular, de noche se perciben estos misteriosos murmullos, que ni se pueden explicar ni definir. Sin embargo, de veinte veces, las diecinueve tienen la causa más natural del mundo; el que los escucha intentando descifrarlos, apela casi siempre á las luces que le presta su imaginación. Todo se cambia entonces en una visión concebida instantáneamente.

Á la mañana siguiente desaparece la visión, y da fin el drama.

Tal vez se reducía todo á una veleta que se movía, á una puerta mal cerrada batida por el viento, á un perro que gruñía, ó á un confitero aficionado á trabajar, que había escogido la hora incómoda de las doce para dividir en trocitos un pedazo de turrón.

Juan no se encontraba en ese estado tran-

quilo que permite á la imaginación dar cabida á diversas hipótesis; mas le inquietaba bastante aquel rumor.

Paróse en la meseta, y palpó las paredes; mas nada encontró.

Allí no había nadie. Si aquel ruido provenía de alguna causa terrestre, debía de ser sin duda de la misma casa de Hans Dorn, ó de cierta leñera que pertenecía también al traficante en vestidos.

Á la verdad, sabiéndose que Hans Dorn tenía en su casa mucho dinero para un hombre de su clase, no tendría mucho de extraño que estuviese haciendo alguna cueva para guardar su tesoro.

Juan volvió á extender la mano en medio de la obscuridad para tocar la puerta de la leñera.

Crejó que estaba sólidamente cerrada por dentro.

Cualquiera que fuese el género á que aquel ruido pertenecía, había comenzado mucho antes de la llegada de Juan Regnault; mas entonces no había nadie que pudiese escucharle.

Hans Dorn había salido al anocheecer, y su hija, la linda Gertrudis, tenía más que hacer que escuchar á las ratas royendo las viejas paredes. Habíala mandado su padre amar y servir á Franz, y ella observaba en conciencia estas recomendaciones.

Á Franz era á quien la *favorita* había visto dos horas antes atravesando la plaza de la

Rotonda, y deslizarse en el portal sombrío del mercader de ropas viejas.

Franz quería ver á Gertrudis, pues tenía que decirle muchas cosas; tenía que añadir un capítulo á su fantástica relación de aquella mañana. Desbordábase la alegría en su corazón; marchaba la novela de su destino. estaba casi loco á fuerza de esperanzas, y tenía necesidad de un confidente.

Además, habían abierto á nuestro joven un nuevo horizonte algunas palabras cambiadas con Gertrudis aquella mañana, en tanto que buscaba su padre el famoso paquete de las ropas de su uso.

Gertrudis conocía á Dionisia, á quien amaba. ¡Cuánto había ganado Gertrudis en el espíritu de Franz desde que había sabido aquello! ¡Cuánto más hermosa, cuánto mejor la encontraba! ¡Cuán sincero era el amor que la profesaba; amor de hermano!

Dionisia y él estaban separados desde que su expulsión de la casa de Geldberg le había alejado de aquellos ricos y suntuosos salones, cuyas puertas se abrían para él en otro tiempo, y no tenía medio alguno de acercarse á la huérfana de Audemer.

La víspera, en aquel momento solemne en que se había creído seguro de morir, se había visto obligado, para dirigirle un adiós postrero, á buscar uno de esos medios romancescos que á nada conducen de ordinario más que á comprometer á la mujer amada.

Si no hubiesen mediado las circunstancias

del duelo, no hubiera Franz tomado nunca aquel camino temerario, en el cual era para Dionisia todo el peligro. Franz era emprendedor; mas, á pesar del aturdimiento propio de su edad y de su carácter, poseía la delicadeza de las almas bellas, y hubiera retrocedido siempre ante la ejecución de una tentativa que fuera peligrosa para la mujer que adoraba.

Á la sazón, Dionisia le había dado derechos: el adolescente guardaba en el fondo de su corazón la apetecida declaración de la joven.

Pero no se desvanecían los obstáculos que mediaban entre uno y otra.

La puerta de la vizcondesa de Audemer estaba cerrada para Franz, así como lo había estado el día anterior.

No había medio alguno para ver á la joven: aquella entrevista tan encantadora delante de la puerta, y aquel cálido beso, cuyo recuerdo le hacía estremecerse aún, todo parecía presagiar la pena de una larga separación, quizás sin término.

Si Franz no hubiese hallado en su casa á la linda Gertrudis, cuya sonrisa había sido de tan buen agüero para él, hubiera dudado de lo porvenir.

Había cambiado completamente su situación desde la víspera: así lo creía él, por lo menos.

Su corazón estaba henchido de esperanzas fogosas, casi insensatas: pobre, huérfano, ig-

norante hasta del nombre de su padre, desheredado de la fortuna y de la nobleza, se creía á punto de penetrar el obscuro secreto que rodeaba su vida.

Mas todo eran esperanzas vanas.

Lo que había de real en todo lo que sentía, era su amor á Dionisia. Horrorizábale la idea de no volver á verla. Á pesar de que su amada le había mostrado su corazón hasta lo más profundo, no podía acostumbrarse á la idea de vivir separado de ella.

Solamente Gertrudis podía sacarle del apuro en que se veía. Habíala visto dos veces solamente; pero las circunstancias que Franz llamaba casuales, se habían ido estrechando de una manera prodigiosa. Sin intentar sondear sus sentimientos, contaba Franz con Gertrudis como con una antigua amiga. No podía explicarse á sí mismo la confianza que tenía en ella; mas sentía fe: creía en el sacrificio de la joven, hasta colocar en ella todas sus esperanzas para lo futuro.

Llegaba á ella para entregarle su corazón; y era feliz de antemano pensando en lo que iba á confesarle, y en lo que iba á saber.

Sin embargo, nada había habido entre él y la linda hija de Hans Dorn. Algunas rápidas palabras dichas muy quedo, en consecuencia de las cuales había contestado: «Volveré.» Á eso estaba reducido todo.

Pero ¿era esto bastante para que Gertrudis pudiese comprender todo lo que el adolescente quería saber de ella?

Franz no dudaba de nada; jamás se había sentido con tanta alegría.

Cuando subió los peldaños de la escalera de Hans Dorn, ya hacía bastante tiempo que el ropavejero había salido, sin decir á su hija adónde iba.

Gertrudis estaba sola en la habitación de entrada.

Entonces no había comenzado aún el misterioso ruido escuchado en la escalera por Juan Regnault.

Bordaba Gertrudis, según tenía de costumbre; hallábase sentada junto á una mesita redonda, donde se veían todos los utensilios necesarios para la obra que tenía entre manos. Mil risueños pensamientos ó mil ideas melancólicas cruzaban por su imaginación, reflejándose en su lindo y gracioso rostro.

No había vuelto á ver á Juan desde aquella mañana; pero frecuentemente pensaba en él, y entonces sus facciones adquirían una tierna expresión.

Amaba á Juan con un amor serio, sincero y profundo. ¡Juan era tan desgraciado!

Pero Gertrudis tenía dieciséis años, y la tristeza no puede albergarse en el alma en semejante edad: huye al primersoplo de alegría.

Por otra parte, creía que los ciento veinte francos, fruto de sus economías, habrían bastado á la abuela de los Regnault para calmar á los que la perseguían.

De cuando en cuando una sonrisa iluminaba sus ojos.

Entonces ya no era la traviesa niña á quien hemos conocido en los primeros capítulos de esta historia; no era, no, la buena y alegre joven de corazón abierto y de alma franca: era la muchacha maliciosa, ganosa de reir y de hallar alegría en todo.

En los momentos en que se iluminaba su frente, ó cuando brillaba en sus ojos una chispa de contento, su mirada se dirigía siempre hacia la puerta de éntrada. Esperaba á alguien: aquel alguien tardaba hasta el punto de despertar su impaciencia.

Al fin oyó un paso en el patio, y otro después, que resonaba en la escalera.

—¡Ya lo sabía yo!—murmuró sonriendo triunfante.

No le había ocurrido cantar hasta entonces; pero en aquel momento activó su bordado, y comenzó á la aventura una copla.

Llamaron.

Ella prosiguió cantando.

Llamaron más fuerte.

Al mismo tiempo dijo por fuera de la puerta una voz:

—Querida Gertrudis, cuando me hayáis abierto, os escucharé con más gusto.

Interrumpióse la joven en un acceso de risa.

—¿Quién sois?—preguntó levantándose.

La voz exterior tomó un acento lastimero y burlón al propio tiempo.

—Señorita Gertrudis—contestó,—yo soy el pobre Juan, vuestro vecino, y vengo á...

—¡Silencio!...— prorrumpió la joven poniéndose en pie ruborizada.

—Me callaré—tornó á decir la voz;—pero si no abris, os tocaré el himno de la *parisienne* en mi organillo de Berbería.

Gertrudis cesó de reirse de todo punto; habíase encendido su frente, y aparecía en sus ojos una sonrisa de cólera.

Á pesar de todo, abrió la puerta. Franz entró, como de costumbre, y riendo la besó en ambos carrillos.

Retrocedió Gertrudis muy seria.

—No está en casa mi padre—le dijo.

—¡Mejor!— contestó Franz cerrando la puerta:—mi buen amigo Hans estaría aquí de más esta noche, querida Gertrudis. Tenemos que decirnos muchos secretos.

—Por mi parte, ninguno tengo que contaros—replicó la joven bajando los ojos, y mostrando en su rostro cierta expresión de rencor.

—¿De veras?—dijo Franz.

—Muy de veras.

Franz cesó de sonreirse, y quedó plantado enfrente de la joven.

Habíase sentado Gertrudis, que volvió á tomar su labor, en la cual parecía estar completamente embebida.

Franz permanecía mudo.

Hubo largo silencio.

Al cabo de un buen rato levantó la joven imperceptiblemente sus hermosas cejas, y dirigió á su compañero una mirada oblicua.

El pobre Franz tenía un ademán bien triste: aquel ademán contrastaba notablemente con su reciente alegría.

La mirada de Gertrudis, que en un principio había sido serena y hostil, se dulcificó por insensibles grados.

Empero no dijo una palabra.

—¿Conque no la habéis visto?—murmuró Franz.

—No—respondió Gertrudis inclinando los ojos sobre su bordado, y tomando la resolución de ser inexorable.

Franz suspiró profundamente.

Hubo un nuevo silencio.

Al cabo de un rato, Gertrudis alzó por segunda vez los párpados.

Franz tenía inclinada la cabeza. Sus repetidas y vivas impresiones, semejantes á las de un niño, se lo exageraban todo: estaba desesperado.

La joven tuvo piedad de él: su voz se dulcificó.

—¿Por qué os burláis de Juan Regnault?—murmuró con un débil resto de rencor.

El rostro de Franz se aclaró.

—¡La habéis visto!—exclamó:—¡sólo por venganza me habéis contestado negativamente á lo que os he preguntado!

—No, caballero. ¡Bueno sería, á la verdad, tomarse tanta pena por semejante persona!

—¡Gertrudis, mi querida Gertrudis!—contestó Franz suplicante;—¿es verdad que la habéis visto?

—Bien necia sería una, caballero, si se ocupara en semejantes negocios.

—¡Dios mío!—exclamó el adolescente, que hubiera pasado por el ojo de una aguja por disipar el mal humor de la hija de Hans Dorn.—Á ese pobre Juan, Gertrudis, yo le amo, bien lo sabéis; mas, ¡por favor, decidme si la habéis visto!

—No os burléis más de él.

—¡Os juro por mi honor que no! ¡Ah!... ¡Si me amase Dionisia la mitad siquiera que esta joven ama á ese infeliz organillero!

Pronunció Franz estas palabras juntando las manos, y fijando los ojos en el espacio.

Había vuelto completamente la sonrisa al semblante de Gertrudis.

—Ignoro si os ama—dijo:—mas estaba sumamente triste la vez última que la vi. Sus ojos habían enrojecido á fuerza de llorar; cuando le hablé de vos, palideció; cuando le dije que os habíais salvado, me abrazó con la mayor efusión, y juntó sus manos bellísimas, alzándolas al cielo para dar gracias al Creador inundada de lágrimas.





CAPÍTULO VIII

MAGIA

El adolescente reía y lloraba á un mismo tiempo, cubriendo de besos la mano de la linda Gertrudis.

Después, con un acento casi gozoso, pero melancólico en el fondo, exclamó:

—¡Y me lo ocultabais!... ¡Oh picaruela, picaruela!

—Es que os habíais burlado del pobre Juan—murmuró Gertrudis.

—¡Habladme más de ella!—dijo Franz insaciable;—ahora que hemos hecho las paces, ¡decídmelo todo!

El joven fué á buscar una silla, y se sentó junto á la linda bordadora.

—¡Oh!—contestó Gertrudis.—Os ama; os ama mucho la desdichada señorita, y si delante de ella se burlaran de vos, creo que os defendería mejor que yo he defendido al pobre Juan Regnault. Cuando entró en la habitación en que yo la esperaba, temblé: ¡la en-

contré tan demudada! Tenía un no sé qué de extraño en los ojos, y, en vez de acercarse á mí como de ordinario, porque es siempre amable y buena, se dejó caer en un sillón cubriéndose el rostro con las manos.

»Yo estaba llorosa al escuchar los sollozos que ella quería sofocar.

»Cuando entró, le dije:

»—Señorita, vengo á buscar el bordado.

»Pero no me oyó.

»Acerquéme á su lado dulcemente, y me senté en la esquina del sillón más próximo.

»Después añadí en voz muy baja:

»—¿No queréis escucharme, señorita...? ¡Yo quisiera veros alegre...!; ¡desearía consoláros...!

»—¡Consolarme...; alegrarme...!—contestó Dionisia.—¡Oh; si supierais...!

»Diciendo esto, me miró; cesaron sus manos de cubrir su rostro: podría decirse que pesaban dos años de sufrimiento sobre su frente.

»Yo, que la había visto tan alegre y tan bella el día anterior, no pude reconocerla al pronto. ¡Oh; será preciso que la améis mucho...; que la améis siempre...!»

Franz tomó la mano de Gertrudis, y la puso sobre su corazón, que le saltaba en el pecho.

La joven se sonrió.

«—Yo no sabía qué hacer—prosiguió ésta,—porque había allí una criada vieja que iba y venía á la habitación inmediata; pero me era imposible dejarla padecer.

»Tomé su mano, que estaba tan fría como el mármol, y la estreché entre las mías.

»—Bien sé por qué lloráis—le dije;—él debía batirse esta mañana...

»Los ojos amortiguados de la señorita se animaron, expresando sorpresa y ansiedad.

»—¿De quién habláis, Gertrudis?—murmuró.

»Yo me incliné sobre su mano, y se la besé durante mucho tiempo, á fin de que no la turbasen mis miradas, puesto que comprendí que iba á ruborizarse.

»Tomé valor, y contesté:

»—Hablo del caballero Franz.

»Tembló ligeramente su mano entre las mías; yo me guardé bien de levantar los ojos.

»Sentí que se inclinaba hacia mí; su brazo libre rodeó mi cuello. Entonces llegó mi cabeza hasta tocar su seno, que latía como ahora late vuestro corazón.

»—¡Gertrudis...! ¡Gertrudis...!—murmuró;—bien sabéis que somos amigas tiernas desde la infancia, y que os he guardado todo mi afecto.

»Detúvose; yo creía haberla ofendido.

»En el momento en que iba á levantar la cabeza, dejó caer sobre mi frente una tibia lágrima.

»—¡Decídmelo todo!—añadió.—No sé cómo habéis adivinado lo que pasa en mi corazón; pero es cierto: ¡yo le amo..., Dios mío...; yo le amo...! ¡Jamás amaré á otro que á él!|

»—¡Gracias á Dios, señorita!—exclamé, al-

zando esta vez la voz al escuchar lo que acababa de decirme;—estoy muy segura de que el caballero Franz podría batirse nuevamente mañana temprano con todo su valor.»

—¡Sois un ángel, Gertrudis!—interrumpió Franz, que temblaba en su asiento.—¿Y qué dijo Dionisia?

—No se atrevió de pronto á comprender toda la verdad—prosiguió la joven:—¡tal era el miedo que tenía de equivocarse...! Poco á poco, mientras que su vista me interrogaba tímidamente, tornaba á sus mejillas una nube sonrosada. Esto alentó mi corazón.

»La miré sonriendo, y adiviné la pregunta que vagaba por sus labios.

»—Señorita—le dije,—mis ojos han visto al caballero Franz después de haber terminado su duelo.

»Jamás he dado con tanto gozo una noticia, que causaba la felicidad de tan hermosa criatura.

»—¡Vive...!—exclamó.

»Después añadió precipitadamente:

»—¿No está herido?

»Cuando hubo oído mi respuesta, quedó silenciosa y recogida durante un buen espacio; tenía las manos cruzadas, y oraba dirigiendo al Cielo su plegaria de gratitud inefable.

»¡Si supieseis, caballero, qué hermosa estaba...!

»Díjele entonces todo lo que sabía de vuestro duelo; díjele que ella formaba vuestro

único pensamiento, y que si había ido á verla, era porque vos me lo habíais suplicado.

»Ella se sentía feliz á medida que escuchaba mis palabras; veía yo tornar á sus mejillas los frescos colores; desvaneciéronse las señales de sus lágrimas, que habían surcado los párpados de sus hermosos ojos.

»Su alegría era semejante á la de un niño; me abrazó como si yo hubiera sido su hermana. Admiraba mi bordado; hallaba dulce el ambiente, y brillante el firmamento.

»Servíale todo de motivo para mostrarse contenta.

»De pronto se nubló su frente.

»—¡Pobre hermano mío...!—murmuró.—
¡Ha llegado esta mañana, y no le he abrazado todavía...! ¡Dios mío...; este temor me había vuelto loca...!

»La señorita me dejó entonces para reparar el tiempo perdido respecto á su hermano, pagándole su deuda de caricias.»

Franz preguntó:

—Cuando se iba, ¿no os dijo nada para mí?

Contuvo Gertrudis la risa, é hizo un gesto como si aquella pregunta la hubiera escandalizado.

—¿No tenéis bastante con lo que os he dicho, caballero?—dijo.

—¡Oh...; sí..., sí...!—repuso Franz.—¡Cuántas gracias tengo que daros, Gertrudis..., mi querida Gertrudis!

En tanto que tuvo lugar la relación de la

joven, Franz había guardado silencio; una emoción seria y profunda había reemplazado la expresión ligera y versátil de su rostro; por espacio de algunos segundos permaneció todavía ensimismado, saboreando toda la plenitud de su dicha.

Mas aquello no podía durar; su naturaleza petulante se esforzaba por manifestarse exteriormente.

—¡Gracias, querida hermana!—dijo acercándose más á Gertrudis, y comunicando á sus facciones una expresión de viva alegría. —Os amo diez veces más de lo necesario para tener derecho á llamarme hermano vuestro; ¡qué hermosa! ¡Qué buena sois! ¡Dejad que bese esas manos que han dado calor á las de la mujer que adoro!

Nada veía Gertrudis de malo en la expansión del joven.

Empero Franz, después de haberle besado las dos manos, una en pos de otra, puso sus labios sobre la frente de la joven.

Gertrudis se ruborizó entonces, y se mostró esquiva.

—¡No temáis nada, hermana!—dijo Franz, que momentáneamente se había vuelto sentimental;—os beso en el lugar en que ha caído aquella lágrima que sabéis.

Prorrumpió Gertrudis en una gran risotada, y tornó á sentarse.

Después dijo:

—Y vos, ¿qué tenéis que decirme de interesante?

—¿Yo?—respondió Franz, cuya movible fisonomía se transformó otra vez:—yo tengo que tratar con vos de la continuación de mi fantástica historia. Os juro por mi palabra de honor, que creo estar destinado á representar un gran papel. Me parece, á fe de caballero, que voy á ser un gran personaje. ¿Recordáis bien, Gertrudis, mis aventuras de la noche anterior?

—¡Oh, sí!...—respondió la joven, cuya fresca fisonomía adquirió de pronto una expresión de ávido interés.

—Pues bien—continuó Franz;—la cosa marcha...; camino de uno en otro misterio...; ¡creo que soy hijo de algún príncipe!

—¡De un príncipe!... —repitió Gertrudis con sencillo asombro.

—¡Nada menos!—repuso Franz medio riendo;—de lo contrario, no hay duda que alguna hada poderosa se toma el trabajo de protegerme.

No respondió Gertrudis: escuchaba religiosamente.

—De todos modos—continuó Franz,—yo me pierdo completamente en conjeturas, y declaro que carezco de capacidad suficiente para resolver tan difícil problema. He aquí el hecho, Gertrudis: veremos á ver si acertáis mejor que yo con el *quid* de la dificultad.

»Bien os acordaréis de aquello de la bolsa que una misteriosa mano deslizó dentro de mi faltriquera en el baile Favart.

—¿La bolsa llena de oro?—dijo la joven.

—Sí; la bolsa llena de oro. Pues bien; aunque no soy muy viejo, y no presumo de muy experimentado, me había dado muchísimo en qué pensar aquella bolsa. Yo atribuía este negocio á mi familia desconocida, y me parecía imposible que el milagro de la bolsa no fuera seguido por otro milagro del mismo género. Este convencimiento me impuso la obligación de cometer durante el día locura sobre locura.

—En esa parte, os creo sin que me cueste violencia alguna.

—Razón tenéis, hermanita; me he portado de una manera admirable.

—¿Habéis agotado hasta el último luis de la bolsa?

—¡Toma, toma! He disipado el cuádruplo, y aún no he comprado todo lo que deseo. ¡Me hacen falta tantas cosas!...

—¡Pero estáis loco! Si gastáis así, ¿qué es lo que va á sucederos?—exclamó Gertrudis.

—¡Bah!...—respondió Franz;—¿no os acordáis de la hechicera? ¡Ya veréis!; ¡ya veréis! Pues señor, he pedido muebles magníficos en el establecimiento de Mombro. Por más que yo sea el peor caballero de todo el reino, he dado señal á Cremieux por un tálburi que no tiene rival en los Campos Elíseos; item, he desperdiciado en unos y otros gastos algún otro dinerillo. Finalmente, estaba un poco indeciso entre el placer de la fantasía satisfecha, y cierta especie de remordimiento. ¡Hace tan poco tiempo que soy rico!... Entré en mi

casa de la calle Dauphine, y pedí la llave de mi vivienda á la portera. Dando vuelta con ella en la cerradura, me reprochaba haber padecido una notable omisión. ¡Pardiez; me había olvidado de tomar otro alojamiento!

Franz se encogió de hombros con tanta fatuidad y con ademán tan bueno, alegre y sencillo, que nadie hubiera podido llevarlo á mal. Lo mismo exactamente había aparecido ante los ojos de Gertrudis con su lío bajo el brazo.

El adolescente hablaba de lujo, de muebles costosos, de caballos brillantes y de mil objetos de disipación; casi se acusaba de no haber amueblado con lujo un palacio para alojar su naciente opulencia.

¡Decía esto con tanta alegría y tan de buena fe; era tan franca la risa con que acompañaba tales fanfarronadas; era tan rosada y encantadora su boca de querubín!

Acontece con las palabras lo que con ciertos adornos, que aumentan la fealdad, y hacen radiante la hermosura.

Gertrudis se hallaba á la distancia de mil leguas de estas reflexiones. Franz hubiera podido centuplicar la exageración de sus extravagancias, sin chocar por eso la menor cosa á la linda joven. Si en ella había otro sentimiento que la curiosidad, era ciertamente mucho interés por el narrador, y un poco de impaciencia, excitada de un modo extraordinario.

Hallábase cual esos lectores inexorables



que echan pestes y reniegos contra el novelista cuando el drama se debilita y pierde aliento la acción.

Esperaba.

—Sin tener habitación, ¿dónde diablos había de colocar mis soberbios muebles del establecimiento de Mombro?—dijo Franz.

—¡Es claro! — contestó Gertrudis para abreviar.

Franz continuó:

—Mas estaba cansado. Cada día tiene su trabajo. Creí á propósito dejar la operación de buscar casa para mañana.

»Entré. Mi portera, en vez de dejarme tomar la llave como diariamente acostumbraba; mi portera, digo, que es una mujer de importancia, y que hasta entonces no me había mostrado más que un interés ligeramente desdeñoso, en que se traslucía el convencimiento de su inmensa superioridad sobre mí, se levantó de su sillón de vaqueta, y se quitó atentamente sus redondas antiparras: tal es su modo de saludar.

Su marido interrumpió sus tareas, y aun se quitó el gorro con respeto. Este portero, que se ocupa en remendar zapatos viejos, posee el orgullo de su posición social en el más alto grado. Jamás me había hecho el honor de mostrarme su cráneo descubierto.

»Sus hijos, que jugaban en un rincón del chiribitil, pusieron término á su algarabía, y me miraron con ojos desencajados por el asombro y la admiración.

»Entonces eran, próximamente, las seis y media de la noche...; las siete, tal vez. ¿Á qué hora ha salido mi buen amigo Hans Dorn, Gertrudis?

—Serían las cinco y media—respondió la joven, que no sabía con qué objeto le dirigía semejante pregunta.

Reflexionó Franz un momento antes de volver á tomar el hilo de su historia.

—Rigurosamente hablando, podría ser él —murmuró entre dientes;—pero ¡cómo pensar...!

Después continuó en voz alta:

—Aquel recibimiento de mis porteros y de su bulliciosa familia era tan *extraordinariamente extraordinario*, que no pude menos de quedarme aturdido. Volviendo saludo por reverencia, é ignorando si se burlaban de mí, dije tartamudeando:

»—Vengo á tomar la llave de mi habitación.

»—¿Pensáis subir hasta el último piso?—preguntó la portera.

»—¡Yo creo, señora...!—exclamé.

»Sonrióse la portera, sonrióse el portero, y los chiquillos se sonrieron también.

»Yo estaba á punto de enfadarme.

»La portera, que ya columbraba la tempestad, se apresuró á conjurarla.

»Entonces, guardando sus antiparras, me dijo con la mayor dulzura:

»—Creía yo, caballero, que desde esta misma noche ocuparíais vuestra nueva habitación.

»—¡Mi habitación!—repetí.

»Creía soñar.

»—Un caballero ha amueblado para vos el piso principal, que tiene seis habitaciones recientemente adornadas, con una azotea espaciosa que da á la calle.

»—¡Vamos!—me dije:—he aquí el capítulo segundo del baile de máscaras. ¡La cosa marcha!... ¡Esto promete!...

»Entonces, á fin de no parecer agobiado por mi nueva posición, me encasqueté el sombrero, cual corresponde á un inquilino de un piso principal.

»—Está bien, mi apreciable señora—dije con hipócrita indiferencia;—creía que la habitación era más capaz, según las órdenes que yo había comunicado. Pero, en fin, tened la bondad de enseñarme el cuarto.

»Pasó la portera delante de mí, llevando sus antiparras en la mano, y empezó á subir la escalera, parándose en cada escalón para dirigirme agradables sonrisas.

»Seguía yo sus pasos fría y gravemente.

»Abrióse la puerta, y hallé que mi aposento era elegante, nuevecito, gentil, alegre, y, en fin, á propósito para habitarlo.

»Con todo, era un poco mezquino.

»—Esto me parece bastante pequeño—dije á la portera.

»—Vuestro anterior aposento...—comenzó á decirme.

»Yo comprendí inmediatamente: sin duda la aterró mi mirada, pues creí que la

buena portera trataba de meterse debajo de tierra.

»—Me atrevo á esperar — balbuceó—que no os habré disgustado, caballero.

»Hice un gesto, y callé para dar á mis ideas otra dirección.

»La vieja abrió un pequeño armario, y de él tomó una cartera, que puso en mis manos.

»—He aquí, señor, los billetes de Banco.

»Yo os juro, Gertrudis, que no entendía de aquello una palabra.

»Sin embargo, respondí fríamente:

»—Está bien; ¡muy bien! Ya lo sabía, estimada señora.

»Tuve la generosidad de guardar la cartera en el bolsillo, sin mirar siquiera los billetes.

»¿Qué decís de esto, Gertrudis?

—¡Es extraño!—replicó la joven, que no reparaba en el aplomo de Franz, sino en las aventuras que contaba.

Luego continuó el joven:

—Por último, el aposento, tal cual es, podrá contener, bien ó mal, mis muebles de Mombro. Por esto le he tomado.

»No está aquí lo principal. Teniendo mano á mano á la portera, quise ver el fondo de complicaciones tan misteriosas.

»Era esto tanto más difícil, cuanto que la posición en que me había colocado me impedía interpellarla directamente.

»Yo era sabedor de todo, ó debía fingirlo estando considerado como amo; todo, pues, se había hecho por orden mía.

»¿Cómo preguntar después de esto?

»Por fortuna, para hacer hablar á los porteros no hay necesidad de meterse en cuestiones. Un simple permiso tácito basta para que suelten la lengua; y una vez puesta en movimiento, sólo Dios sabe adónde irá á parar.

»De este modo supe sin grandes esfuerzos diplomáticos que mis pretendidos agentes salían de casa en el mismo instante de entrar yo.

»Eran dos, uno de los cuales había permanecido á la puerta y en su carruaje, mientras que el otro tomaba el cuarto en mi nombre, y pagaba dos plazos adelantados.

»Según notó la portera, parece que la cosa se había hecho con precipitación, y que el agente temía mi vuelta.

»Él había recorrido la habitación, echando sobre todo una rápida ojeada; había también puesto en el armario, bajo la expresa custodia de la portera, la cartera con los billetes de Banco; después se había retirado, dejándome sus cumplimientos anónimos».

Calló Franz.

—¿Y después?...—dijo Gertrudis, que todavía esperaba oír alguna cosa más extraordinaria.

—Eso es todo.

—¿No habéis averiguado ninguna circunstancia más respecto á esos dos hombres?

—¡Nada!

—¿Y no sospecháis quiénes puedan ser?

—Sí—respondió Franz.



CAPÍTULO IX

LA HERMANITA

Escuchaba la linda Gertrudis con más atención; esperaba con impaciencia las conjeturas que hiciese Franz respecto á aquellos desconocidos que se habían encargado de tomarle habitación en la calle Dauphine, y hacer descender sus penas desde una bohardilla hasta un piso principal.

Transcurrido algún tiempo antes de que Franz recobrase la palabra, repasaba en su mente reflexiones hechas ya, y buscaba otras nuevas.

—Sí—replicó al fin:—acerca de uno de los dos tengo más que sospechas; casi certeza.

—¿Quién es?—preguntó con impaciencia Gertrudis.

—Empero no me conducirá muy lejos esta certeza — repuso Franz, — pues ignoro el nombre de ese sujeto.

—No importa; bien podemos pasarnos sin él.

—Lo que hay de cierto es que, según las descripciones de mi portera, el hombre que se quedó en el carruaje, era mi visión del baile Favart.

—¡Ah!...—exclamó Gertrudis, quedándose con la boca abierta.

—¡No lo dudéis! El famoso caballero alemán en persona—añadió Franz;—el majo, el armenio, ese personaje *trino y uno*, que me persigue con su protección.

—¿Y el otro?—preguntó la joven.

Franz vaciló, y miró á Gertrudis frente á frente.

—El otro—replicó—es más difícil de acertar. Si he de creer al retrato que de él me ha hecho la portera, sabemos perfectamente su nombre; y vos le conocéis mejor que yo, hermanita.

Gertrudis estaba más alhelada cada vez.

—Traje y porte se acomodan perfectamente al hombre de que os hablo. Aquélla es su edad, y hasta tiene su ligero acento alemán. En cuanto á su fisonomía, se me ha dicho que era la fisonomía de la honradez personificada. Por eso, Gertrudis, he creído reconocer á vuestro padre.

—¡Á mi padre!...—exclamó la joven estupefacta.

Semejante palabra sacó á Gertrudis de los fantásticos espacios en que divagaba entonces su imaginación alemana.

La sorpresa fué el primer movimiento, pues la idea de su padre se hallaba á cien le-

guas de las cosas caprichosas y sobrenaturales evocadas por la relación de Franz. Experimentaba una sensación semejante á la de un niño que encontrara un amigo leal en medio de las maravillosas páginas de las *Mil y una noches*.

Pero, en el colmo de su sorpresa, recordó los sucesos de la mañana. Aquel extraño personaje que Franz apellidaba el caballero alemán, era conocido por su padre, que le amaba, y parecía respetarle como á su señor.

Su fisonomía, acostumbrada á no disimular nada, cambió de expresión, y este cambio no se escapó á la perspicacia de Franz, que la miraba atentamente.

—¡Os lo ruego: respondedme, Gertrudis!... ¿Creéis que pueda ser vuestro padre?

La joven abrió la boca para contestar afirmativamente; mas en el momento de hablar, sintió cierto escrúpulo.

Podría tener su padre interés en ocultarse; ó más bien, no podría menos de hacerlo así, puesto que se encubría entre tan gran misterio.

Sin querer, ó por casualidad, había Gertrudis sorprendido su secreto; pero la conducta que por la mañana había observado Hans Dorn frente á frente con Franz, parecía señalarle la conducta que debía observar.

No había hablado su padre, á pesar de las preguntas del adolescente; habíase encerrado en una completa reserva. Gertrudis creyó también que debía guardar silencio.

Era preciso fingir ignorancia: por esta razón, á medida que reflexionaba, le era imposible conservar la menor duda.

La rara historia referida por el joven tenía para ella un pasmoso carácter de verdad. El mismo agente de aquella hechicería podía ser muy bien su padre, que actuara según las órdenes del caballero alemán.

¿No habían hablado los dos de Franz por la mañana?

¡Hans Dorn había mostrado por el joven un cariño tan inexplicable!...

Después, en el momento de terminar su conversación con el caballero alemán, había preguntado las señas de la casa de Franz.

Gertrudis misma era quien había ido á averiguarlas á casa de la señorita de Audemer.

Entretanto, permanecía pendiente de sus labios la respuesta. No se atrevía á hablar: enrojeciése su frente, porque la pobre niña no sabía mentir.

Sus ojos inclinados evitaban la mirada de Franz.

Examinaba éste sin cesar, atentamente; tenía impresa en su fisonomía una expresión ambigua, difícil de definir.

Hubiérase dicho que disfrutaba de una alegría oculta bajo la apariencia del despecho.

—¿No queréis responderme?...—preguntó Franz con tristeza.—¿También vos me engañáis, Gertrudis?

Ruborizóse la joven todavía más; pero tam-

poco replicó. Padecía verdaderamente; hallábase colocada entre Franz y su padre: Franz, que la llamaba hermana, y á quien amaba cada vez más, y su padre querido, cuyo menor deseo era para ella una orden.

Era bueno y cariñoso el corazón de la joven; mas dejábase ver bien en ella el decidido carácter de las hijas criadas por un hombre. Una vez decidida interiormente, su voluntad se mantenía firme y fuerte.

Mas, teniendo el buen deseo de no ceder, no eran muy considerables sus alcances diplomáticos; parecíale que cortar las preguntas de Franz, rehusando responderlas de una manera clara y resuelta, era cumplir heroicamente con su deber, y conservar intacto el secreto de su padre.

Ignoraba que rehusar responder equivale á contestar afirmativamente en una porción de circunstancias; ignoraba que la primera regla de la discreción, considerada como arte, es saber mentir bien y á tiempo.

—Excusadme, caballero—dijo sin levantar la vista, aunque con un aire resuelto, que la hacía más linda;—si queréis que continuemos siendo amigos, os exijo que nada me preguntéis sobre ese asunto. Sabed de una vez para siempre que todo lo ignoro, que nada me figuro, y que nada tengo que responderos.

Asomó á los labios de Franz una ligera sonrisa.

—Está bien, hermanita—dijo con acento

sumiso:—no hablemos más de eso, puesto que lo deseáis; pero mucho hubiera dado por saberlo. Veo, con mucho sentimiento, que sois incorruptible respecto á discreción.

Lanzó Gertrudis un profundo suspiro, como quien desea descargarse de un enorme peso. Interiormente proclamaba su triunfo: nada había dicho.

Franz, sin embargo, estaba lejos de aparentar completamente la desolación del que se considera vencido; aquella precipitada excusa que se le había dirigido, no le causaba, al parecer, un desaliento demasiado cruel. Cualquiera que fuese mediano observador, hubiera adivinado por la expresión de su fisonomía que, poco más ó menos, sabía cuanto deseaba saber.

De este modo, ambos jóvenes estaban satisfechos el uno del otro: Gertrudis, de haber guardado su secreto, y Franz, de haberlo sorprendido. ¡Bienaventurada batalla, en la cual no había vencedor ni vencido, y ambos ejércitos, como acontece á veces en teatros de mayor escala, proclamaban á la par su triunfo entonando un *Te-Deum!*

—Os obedezco, hermanita—repuso Franz, mientras que la joven, tranquilizada, le miraba sonriendo:—dejemos á un lado toda pregunta que cause vuestro desagrado, ya que también, por otra parte, tenemos otras cosas de que hablar. Lo que yo siento es que ese hombre no ha dejado huella alguna en mi casa, y no sé si tendré el gusto de verle

algún día. Lo siento... Pero, mirándolo bien, ¿qué importa? Su modo de portarse conmigo significa mucho: es evidente que entra en todo esto mi padre; y seguramente no se comienza á tratar de un modo semejante á un joven para abandonarle después á la miseria.

—Estoy bien segura de que raciocináis con acierto—principió á decir Gertrudis con viveza.

Después se puso colorada de nuevo, y se detuvo aturdida.

El adolescente fingió que no había notado aquella turbación.

—¡Heme aquí rico!—prosiguió.—¡Éste es un hecho evidente y consumado... ¡Si supieseis, hermanita, qué bien me va desde que lo soy! Yo no amo demasiado el dinero: creo que no soy avaro; pero me parece que si tuviera llena de oro esta habitación, me consideraría el hombre más feliz del Universo.

—¿Y qué haríais con tanto dinero?—exclamó Gertrudis.

—Abriría las puertas y ventanas de mi casa—respondió Franz.

Calló un instante; después su mirada se tornó pensativa, y añadió con más gravedad:

—¿Sabéis, Gertrudis, que eso debe de ser cosa muy dulce? Yo he visto la miseria desde cerca: sé todo cuanto se padece en París. ¡Oh cuán hermosa vida sería poder tener abierta siempre la mano para los desgraciados! ¡Yo vería secarse todas las lágrimas en derredor

de mí; yo vería sonreír á la hija infortunada inclinándose sobre el mísero lecho de su anciano padre! ¡Oh; se sienten tan felices las flores que, inclinadas por la sequedad hacia el árido suelo, son rejuvenecidas por una gota de rocío! ¡Yo vería volver al precipicio la espalda, y tornar á subir valerosamente la escarpada pendiente de la vida á aquel hombre robusto á quien el hambre está próximo á precipitar en el desaliento y en el crimen! ¡Yo ahogaría los lamentos, acallaría los sollozos, y vería la sonrisa de la felicidad por doquiera que dirigiese mis ojos!... ¡Oh Gertrudis..., Gertrudis!... ¡El oro, no lo dudéis..., el oro es un dios poderoso! ¡Yo quisiera poseer montes de oro para ser un dios!

La joven miraba conmovida á aquel generoso adolescente.

Franz la atrajo hacia sí con un gesto de cariño, y comenzó á acariciar suavemente sus manos.

—¡Cuántos placeres se compran con un poco de oro!—volvió á decir en voz baja el hermoso muchacho, haciendo vibrar sus palabras como los acordes de una lira lejana y melancólica:—¡cuántas ignominias pueden ocultarse; cuántas faltas se pueden expiar! Sin ir á buscar muy lejos esas horribles desgracias que se ocultan en París, querida hermana, las cuales descubre, si quiere, el rico de tiempo en tiempo, con gran admiración suya, yo conozco á un joven bello, fuerte y

vigoroso, que sostiene á su desgraciada familia, y que ama á una linda joven vecina suya.

Gertrudis inclinó los ojos.

Franz prosiguió:

—La joven le corresponde: ella misma me lo ha dicho. Juntos jugaron cuando niños, y jamás han llegado á separarse uno de otro... ¡Si consiguieran unirse, no existiría en este inmenso París una felicidad semejante á la suya!... Os lo repito, Gertrudis: esos dos jóvenes se aman con el amor sincero propio de las almas privilegiadas. Ella posee un noble corazón...; es un ángel.

Sonreíase Franz; un color sonrosado cubría desde la frente hasta el nacimiento de la garganta de Gertrudis, castamente tapada con un pañuelo de lana.

El joven replicó:

—Ella es tan amable, tan linda y tan buena como vos.

Inclinóse Franz; sus labios tocaron la frente de la joven.

—¡No os sonrojéis, querida hermana!—le dijo al oído;—sois todo cuanto expreso, y mucho más todavía. Pues bien; creo que soy rico—añadió alzando la cabeza, dominado por un breve y brioso impulso.—Y si soy rico, ¿quién me impedirá hacer feliz á ese joven, como si fuera mi hermano...? Puesto que él os ama..., puesto que le amáis vos, ¿no es él también hermano mío?

El acento de Franz comunicaba á sus palabras un perfume de exquisita ternura.

Habíanse humillado los hermosos ojos de Gertrudis.

—¡Pobre Juan!...—murmuró:—¡él es orgulloso, Franz; y yo, también!...

Franz había vuelto á su estado normal.

—¡Allá lo veremos!...—replicó, cambiando de tono súbitamente.—Ahora, mi querida Gertrudis, no podéis figuraros cuán impaciente estoy pensando en el tiempo que me falta para adquirir mis muebles de Mombro. Á la verdad, ayer no estaba en el caso de tener estas inquietudes ni cuidados; bien veo que la fortuna tiene también sus inconvenientes. Pero ¿en qué pensáis, querida Gertrudis...? ¡Os veo tan triste!...

Gertrudis pensaba en Juan.

—¡Ea!... ¡Alegraos! ¡Alegraos!...—prorrumpió Franz redoblando sus caricias;—os doy mi palabra de honor de que todos seremos felices.

En tanto que así hablaba alegremente, teniendo la sonrisa en los labios, llegó á velar de nuevo su gracioso rostro una expresión de melancolía.

—¡Apenas han pasado dos horas desde que esto ha acontecido!—murmuró.— ¡Cuántos pensamientos se han aglomerado en mi mente en ese cortísimo espacio!... ¡Á la verdad, aún me parece sueño todo lo pasado!... ¿Será mi padre ese hombre...? Anoche he podido verle bien en el baile Favart; su mirada es intérprete de un corazón fiero y valeroso. Me parece que le amo!... ¿Y mi madre..., ¡oh!...,

á quien creo tan hermosa?... ¡Mi madre, á quien considero la mejor de las mujeres!...

Detúvose en una especie de éxtasis.

—¡Tal vez no sea otra cosa que un enviado de mi padre!—repuso bruscamente.— ¡Qué sé yo!... ¡La sangre que corre por mis venas arde algunas veces con tanto fuego!... ¡Me parece que mi padre debería ser príncipe!

Sonrióse Gertrudis. Franz hizo un movimiento como para despertar de su letargo.

Despertó, en efecto.

—¡Príncipe ó no—dijo,—no cambiaría mi suerte por la de ninguno!... ¡Soy joven y feliz!... ¿Qué puede traer para mí aparejado el porvenir, más que alegría?

—¡Dios oiga vuestras palabras, caballero!—murmuró Gertrudis.—Sois bueno, y pensáis en los que padecen: merecéis, pues, ser feliz.

—¿Y qué más puedo desear?—repuso Franz.—¿No me habéis hablado de ella...? ¡Me habéis dicho que me amaba!

—Yo os he dicho lo que he creído—respondió Gertrudis;—pero también nos amamos el pobre Juan y yo, y, sin embargo, no somos felices.

Estas palabras hicieron sobre el entusiasmado corazón del joven un efecto semejante al que produciría una lluvia que cayese sobre su cuerpo enardecido.

—¡Tenéis razón, hermanita!—dijo Franz con amargura.—Estaba demasiado alegre. ¡Bien habéis hecho en despertarme de mi sueño! ¡Oh...; bien lo sé!... Muchos obstáculos exis-

ten entre Dionisia y yo. Si la pierdo, ¿qué será de todo el resto de mis alegrías?

Inclinóse su cabeza; el joven pasaba de un extremo á otro con la celeridad del rayo. Permaneció un instante pensativo, mientras que Gertrudis, viéndole entristecerse tan de repente, se arrepintió de haber vertido semejantes palabras.

Pero antes de que hubiera abierto la boca para consolarle y darle valor, había pasado ya el acceso de melancolía del joven; Franz había recuperado su confianza habitual.

—¡Es necesario pelear!—dijo resueltamente:—¡tengo armas para ello! Ayer no desesperaba yo, Gertrudis. Pues bien; ¿cuánto no ha variado desde ayer mi posición?... En resumen: ¿sabéis si tengo algún rival digno de atención?

—Sí.

—¿Quién es?

—El caballero M. de Reinhold.

—¡Una momia viviente!... ¡Una vieja coqueta macho!...

—Es rico, pobre Franz...; es noble...

—Bien; yo...

Movió Gertrudis lentamente su preciosa cabeza.

—¡No se sabe nada todavía!—murmuró.

Franz dió una patada en el suelo con impaciencia infantil.

—¡Sois una picaruela!—dijo.

La franca sonrisa de Gertrudis desmentía este apóstrofe.

—¡Oh caballero Franz!—replicó:—os juro que amo infinitamente á vos y á la señorita de Audemer...; pero tengo miedo.

—¡Miedo!

—Miedo; sí.

—¿Pero de qué?—gritó Franz, hablando con tal fuego y entusiasmo, que parecía considerar árbitro de su causa á la linda muchacha.—¿Cuánto tiempo creéis que me falta para conocer á mi familia? Por fuerza ó de grado, os juro que antes de un día he de saber el nombre de mi padre. Estoy seguro de que ese nombre vale tanto como el del caballero Reinhold. Por lo que toca á fortuna, todo lo que está pasando por mí me anuncia que debe de ser grande. Además, no carezco absolutamente de apoyo cerca de la vizcondesa: su hijo es amigo mío.

—¿Contáis con su protección?—preguntó Gertrudis.

Franz dudó un instante antes de responder.

—Ahora, no—dijo al fin;—pero cuando pueda probar...

—Cuando podáis probar lo que deseáis—interrumpió la joven,—ya no tendréis necesidad de la protección del señor vizconde de Audemer. Pero hasta entonces, ¡quién sabe!

—¡Gertrudis, Gertrudis!—interrumpió Franz á su vez;—¡queréis desesperarme!

—Quiero preveniros.

—Pero ¿no sabéis que cuento con el apoyo de la misma Dionisia? Yo la veré.

—Caballero Franz—repuso Gertrudis, no pudiendo velar en su voz un breve acento burlón,—es muy peligroso lugar de citas la acera que hay enfrente de la casa de la señorita de Audemer.

Mordióse Franz los labios; sus cejas pareció que iban á fruncirse. En vez de esto, asíó jugando la cintura de Gertrudis.

—Pues bien, hermanita—exclamó:—puesto que absolutamente os empeñáis en que os lo diga, cuento con vos...; ¡nada más que con vos!

—¡Dios mío—dijo riendo la joven;—qué poderosa protección tenéis, caballero!

—Es la mejor que pudiera tener: bien lo sabéis, puesto que me habéis demostrado la inutilidad de las otras. ¡Es tan excelente vuestro corazón!

—¡Hola!...—interrumpió Gertrudis;—¿no soy ya picaruela? ¡Cómo contrastan con esa palabra las lisonjas que ahora me dirigís!

—¡Bien sabéis que os amo mucho—repuso Franz;—bien sabéis que tendría una alegría suma en prestaros el mismo servicio!

Gertrudis hacía cuanto estaba de su parte por conservar su airecillo burlón; pero Franz era un niño feliz, cuya voz sabía por instinto los tortuosos caminos que descenden al corazón de la mujer.

Cuando él quería, cesaba toda resistencia.

Además, defendía en aquel momento una causa ganada de antemano: Gertrudis sentía por Dionisia extremado afecto.

—Iréis á verla—añadió el joven;—yo estoy cierto, hermana querida, de que iréis. Le diréis cuánto sufro lejos de su persona, y cuán grande es la necesidad que tengo de verla.

La sonrisa de Gertrudis se hizo en aquel momento más maliciosa todavía. En el mismo instante, el cuco del reloj suspendido en la pared, hacía aquel ruido débil que anuncia la hora con uno ó dos minutos de anticipación.

La joven miró el cuadrante, cuya aguja iba á señalar las nueve.

Franz no pudo adivinar lo que significaban aquella mirada y aquella sonrisa.

El adolescente prosiguió:

—Le pediréis, le suplicaréis, os postraréis delante de ella en mi nombre...

—¡Vos iréis!

—¡Cómo, hermana mía!; ¿rehusáis?...

—¡Casi!...

—¡Gertrudis!...

—¡Caballero!...

—¡Hermanita mía!...

El reloj dió las nueve.

En el momento en que comenzaba á resonar, se oyó el ruido sordo y lejano de un coche en la plaza de la Rotonda.

—¡Escuchad!—dijo Gertrudis estrechando el brazo de Franz.

Ambos callaron.

En aquel instante de silencio oyeron también por vez primera el ruido sordo y conti-

nuo que hemos tenido ya ocasión de escuchar con Juan Regnault en la escalera.

Ni uno ni otro pusieron atención en ello.

Entretanto, el coche se acercaba rápidamente.

Cuando se paró, pudo conjeturarse perfectamente que era en el portal del ropavejero Hans Dorn.

Dió Gertrudis una palmada, y se dilató su rostro encantador.

—¡Esto es lo que se llama exactitud!—dijo.

—¿Esperáis á alguien?—preguntó Franz.

—Sí—respondió Gertrudis.

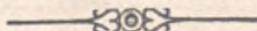
—¿Deberé retirarme?

—No...; no estaréis demás aquí: quizás tenga algo que ver esta visita con vuestra persona. Por de pronto, tened la bondad de pasar al cuarto de mi padre.

—¿Cuál es?—preguntó Franz poniéndose en pie para obedecer.

Al pronunciar estas palabras, sonó en el patio un leve rumor de pasos.

Quiso el adolescente repetir su pregunta; pero Gertrudis le introdujo en la habitación de Hans Dorn, cerrando la puerta tras él.





CAPÍTULO X

LA SEÑORITA DE AUDEMER

No bien había entrado Franz en la habitación del mercader de ropas Hans Dorn, cuando se percibieron en los peldaños de la escalera los ligeros pasos que se habían dejado escuchar en el patio.

Un momento después tocaron á la puerta; aquella vez Gertrudis no fué perezosa para abrir.

Colocadas una enfrente de otra ambas puertas, cuando la de la escalera giró sobre sus goznes, Franz, que había aplicado un ojo al de la cerradura, estuvo á pique de caer de espaldas. Gertrudis se había obstinado tanto en rehusarle sus buenos oficios con la mujer que amaba, que á cualquier cosa estaba preparado entonces menos á reconocer en la persona que se introducía en la casa á la señorita Dionisia de Audemer.

Sin embargo, ella fué la que entró: el carruaje cuyo lejano ruido había interrumpido

la conversación de Franz y Gertrudis, era el de la vizcondesa. El carruaje conducía á la señorita de Audemer y á la anciana Mariana, encargada de acompañarla constantemente.

Dionisia había ido á visitar á una de sus amigas, y á la vuelta había deseado pasar por casa de su bordadora, á fin de ver las diversas obras encargadas para la gran fiesta del castillo de Geldberg.

Desde por la mañana, la joven, tan indiferente hasta entonces á pensamientos de placer, había sentido un repentino entusiasmo por la anunciada fiesta, y de ella había hablado á su madre largamente diciéndole que le gustaba mucho aquel género de diversiones. Parecía interesarla todo: gustábanle igualmente los bailes prometidos, las fiestas de caza, las dilatadas excursiones á las áridas montañas que, según decían, circundaban el viejo castillo de Geldberg.

Su madre la desconocía completamente. Á veces estaba tentada á atribuir aquel humor encantador de Dionisia á la llegada de su hermano Julián; empero esta causa no parecía demasiado natural á una tan sutil observadora como se consideraba la vizcondesa de Audemer. Su experiencia no le permitía considerar las cosas desde un punto de vista tan vulgar. Más prefería explicar el hecho por alguna cosa extraordinaria: por ejemplo, el aire, los nervios, la fantasía...

La buena señora repetía con toda su alma su exclamación favorita:

—¡Oh; las niñas!..., ¡las niñas!...

La vizcondesa abusaba un poco de esta exclamación; pero creemos que era digna de que se la dispensase. Cuando una persona encuentra, como le sucedía á la vizcondesa, una palabra poderosa, profunda, concluyente, contestación universal que lo explica todo, y que se adapta á los casos de la discusión, siendo la piedra de toque de los más difíciles problemas, y cuyo solo valor equivale á dos ó tres sistemas filosóficos, bien puede uno aferrarse á ella sin cometer ningún crimen.

Una palabra de esta naturaleza evita reflexionar y temer; es como una almohada de pluma sobre la cual descansa la perezosa imaginación.

Tanto más deben estimarse estas preciosas fórmulas, cuanto que su número es muy limitado: casi podríamos contarlas.

Además de *¡las niñas!...*, *¡las niñas!...*, hay *¡las mujeres!...*, *¡las mujeres!...*, que usan los viejos solterones; hay la de *¡qué muchachos!...*, *¡qué muchachos!...*, repetida por los maestros de escuela; y entre otras infinitas, la exclamación *¡necios!...*, *¡necios!...*, patrimonio del cómico silbado, del autor caído, del candidato vencido y del escribiente que se titula *literato*, á quienes el público se obstina en no aplaudir.

Separándose un poco á uno y á otro lado, se llega en este mismo orden de ideas á resultados verdaderamente sublimes. ¿Quién

durante su vida no ha conocido á alguno de esos personajes, célebres porque poseen una solución política para todos los enigmas de la historia?

Mad. de Audemer había sido todo aquel día de la opinión de su hija; la fiesta había alcanzado de antemano el concepto de una maravilla que los tiempos futuros no podrían igualar.

Á propósito de la fiesta, la vizcondesa había deslizado diestramente algunas palabras acerca de las seductoras y amables cualidades del caballero Reinhold.

Tan alegre era el humor de Dionisia, que no había hallado objeciones que oponer al panegírico del rico banquero.

Tal, por lo menos, lo creyó la vizcondesa; acaso porque, encantada, había visto á través de la fiesta de Geldberg otra fiesta más modesta, en que debía representar ella un papel principal: soñó con el matrimonio de su hija, con perfumes y deliciosos objetos.

Por la tarde salió Dionisia guardada por Mariana.

Cuando acabó de hacer sus visitas, en vez de volver á su casa, dió orden al cochero para que la condujese á la plaza de la Rotonda.

Mariana opuso esta objeción:

—Señorita, recordad que en este mismo instante debe de estar aguardándoos en vuestra casa M. de Reinhold.

Dionisia replicó:

—Amiga mía, es necesario pensar en todo;

bien sabéis que la fiesta se aproxima. Si no doy prisa á Gertrudis, sólo podré llevar cosas antiguas al palacio de Geldberg.

Dionisia había encontrado, al menos por algunos días, un argumento que oponer á todas las objeciones, una almohada, digámoslo así, en que descansar en paz: la famosa fiesta respondía por todo. Mariana, convencida, guardó silencio.

Dionisia bajó diligentemente del carruaje tan pronto como llegó á la puerta de la casa de Hans Dorn.

La joven dijo entonces á su guardiana:

—Esperadme aquí, si gustáis; tengo que decirle dos palabras, y bajaré al instante.

Mariana era vieja. Poco más ó menos, era aquélla la hora en que acostumbraba acostarse; el carruaje tenía muelles cojines y blandos muelles. Dionisia sabía que á su vuelta la encontraría durmiendo.

Entró en el portal de la casa de Hans Dorn.

De antemano se había concertado aquella visita entre ella y la linda bordadora.

Gertrudis no se lo había dicho todo á Dionisia; primeramente, porque urgía el tiempo, y después, porque ignoraba toda la historia de Franz. Había prometido volver á ver al joven, informarse y, sobre todo, saber de él si el desafío había tenido malas consecuencias, y si estaba á cubierto de todo peligro.

Semejante pensamiento era un pretexto que acallaba la conciencia de Dionisia, así como el bordado lo era respecto de la vieja

Mariana. Realmente, Dionisia sabía cuanto podía saber; pero quería hablar de Franz y oír pronunciar su nombre. ¡Había sufrido tanto la noche anterior! ¡Había sentido temores tan crueles!

Al entrar, presentó la mano á Gertrudis, la cual correspondió haciendo una graciosa reverencia. Aunque una y otra joven habían disfrutado juntas de unos mismos juegos durante su infancia, Gertrudis, que tenía excelente tacto, no pretendía establecer una igualdad imposible y ponía el límite del respeto á su afectuosa amistad.

Por el contrario, Dionisia salvaba voluntariamente y del mejor grado la distancia que la posición social establecía entre ellas.

Aunque hacía mucho tiempo que Gertrudis había dejado de tutearla, Dionisia empleaba siempre con la linda bordadora aquella fórmula de amistad.

Cada una ocupaba el puesto que le correspondía. Amábanse: la lealtad de sus razones, unida á la delicadeza de sus caracteres, resolvía el difícil problema de una alianza sincera entre la señorita rica y la hija de un hombre obscuro.

Alianza sin envidia por una parte, y sin orgullo por la otra; alianza que no lastimaba las estrechas conveniencias del mundo, porque cada una de ambas amigas permanecía estrictamente en su lugar; si se daba algún paso fuera de la rígida regla, jamás era arriesgado por la hija de Hans Dorn.

—Aún no te he dado bastantes gracias, Gertrudis—dijo Dionisia al entrar,—por la alegría que me has hecho sentir esta mañana. ¡Si tú supieras todo lo que me dijo anoche...! ¡Apenas podía conservar ninguna esperanza!

Había una especie de confusión en la fisonomía de Gertrudis; faltaba alguna cosa á la espontaneidad de su acogida, tan franca y cordial por lo común.

Hubiérase dicho que en su conciencia se ocultaba algún remordimiento, ó que su fantasía estaba preocupada por una idea de temor.

Ofreció una silla á Dionisia.

Ésta se sentó.

Franz, que permanecía siempre detrás de la puerta, había reconocido inmediatamente á la señorita de Audemer.

Fué de sorpresa su primer movimiento; luego, de alegría, y después, de impaciencia. Apenas hacía tres segundos que había entrado Dionisia, cuando Franz sintió crecer el irresistible deseo de abrir la puerta única que le separaba de la joven á quien amaba tanto.

Pero había dejado de verla. Al pasar el umbral, Dionisia había salido de la línea recta que mediaba entre las dos puertas, único sitio que podía verse por el agujero estrecho de la cerradura de la puerta de la estancia ocupada por Franz.

Quedábale como único recurso la facultad de poner la oreja en vez del ojo, y escuchar.

Pero era muy gruesa la puerta del apo-

sento de Hans Dorn, y las jóvenes hablaban sin duda en voz baja.

Por lo menos, nada oía el pobre Franz.

Mientras que refunfuñaba apostofrando su desgracia, se había colocado Gertrudis cerca de su compañera, y hablaba con ella.

—¿Le has visto?—preguntó Dionisia.

—Sí—respondió Gertrudis.

—¿Y qué me dices de...?

Interrumpióse Dionisia ruborizada.

Gertrudis, en vez de contestar, dirigió una mirada furtiva hacia la puerta de la habitación de su padre. Acababan de surgir nuevas ideas en su cerebro, y su osadía se había desvanecido.

Aquella entrevista, preparada tan gozosamente, le causaba temor.

¿De qué modo acogería Dionisia su audacia? ¿Cómo haría para anunciarle la presencia de Franz?

Gertrudis no esperaba poder obligar al adolescente á que permaneciese oculto: adivinaba la situación del pobre joven lo mismo que si estuviese á su lado en aquel momento, veía claramente su rostro, cuya amenazadora impaciencia crecía por grados.

Franz permanecía silencioso; no se sentía ningún movimiento que por él fuese producido.

Era indudable que iba á hablar muy pronto, ó cuando menos, á agitarse de algún modo para llamar la atención de Dionisia.

¡Oh...; si Dionisia se enfadase!

La pobre Gertrudis se acusaba y se arrepentía amargamente de aquel paso atrevido.

Hasta que se había verificado la llegada de la señorita de Audemer, sólo había pensado en el placer de contemplar á ambos amantes, sorprendidos y dichosos, ruborizarse, temblar y sonreír.

Mas en aquel instante, su corazón estaba lleno de dudas; ignoraba si sería una ofensa su celo.

Permanecía la pobre Gertrudis al lado de su compañera, con la vista distraída, y enardecida la frente.

—¿Qué dices de...?—repitió Dionisia.

—¡Dios mío...! ¡Oh mi querida señorita...!

—exclamó Gertrudis llena de terror.

—¿Qué...?

—¡Yo os aseguro que lo he hecho con la mejor intención!

Su voz vibraba ligeramente.

Dionisia alzó hasta ella sus ojos; su mirada tomó una expresión de inquietud.

—¿Le habrá sucedido alguna desgracia?—murmuró.

—¡Oh; no...!—gritó Gertrudis con viveza.—He visto al caballero Franz, y nada tiene qué temer. Al contrario; me parece que le asisten motivos para estar muy contento.

—¿Me engañas, Gertrudis?

—Señorita...

Tenía esta palabra un no sé qué de reproche; empero los ojos de Gertrudis permanecían entornados.

Contemplóla Dionisia en silencio durante un instante, y echó de ver que la mirada de la linda bordadora se deslizaba muchas veces por entre sus párpados medio cerrados, dirigiéndose á la puerta de la habitación de Hans Dorn.

—¿Qué tenéis, Gertrudis? ¡Jamás os he visto de esa manera!

Era aquélla la primera vez que Dionisia dejaba de tutearla; con todo, Gertrudis no tuvo tiempo para entristecerse.

Sonó un leve rumor en la habitación de su padre.

Era producido por Franz.

La escasa paciencia del joven estaba á punto de agotarse.

Gertrudis movió su asiento, y comenzó á toser; era cada vez más visible su embarazosa posición.

—Gertrudis—volvió á decir Dionisia,—bien sabéis que mi alma es fuerte...; ¡os suplico, pues, que no me ocultéis nada!

—Yo nada os oculto, mi querida señorita—replicó Gertrudis.

Iba á continuar.

Empeño el recuerdo de Franz, oculto en la habitación inmediata, cortó las palabras en su garganta.

Cuando menos, no quería mentir.

Dionisia tomó una de sus manos; aquella reticencia la había alarmado más que todo lo anterior.

—Mi querida Gertrudis—dijo suspirando,

—bien sé que me amas; bien sé que tu amistad es la que te conduce á ocultarme en este momento la verdad. ¡Habla; yo te lo suplico!... ¡Oh!... ¡Si tú supieras toda la extensión de lo que me haces temer!...

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—murmuró la pobre Gertrudis.

Á pesar de la angustia de la joven, había en su boca una sonrisa de gozo.

Si en aquel punto se hubiera introducido hasta allí imprevistamente un tercer personaje sin estar iniciado en el secreto de la situación, nada hubiera comprendido de lo que pasaba entre las dos encantadoras jóvenes. Permanecían secos los ojos de Dionisia; pero un velo de palidez cubría su rostro, cuya expresión se iba haciendo más dolorosa por instantes.

Por el contrario, Gertrudis ostentaba en sus mejillas, en su frente, y hasta en su garganta, un vivo color sonrosado: sus inclinados ojos parecían dispuestos á llorar; mas á través de la ancha franja de sus pestañas, lanzaba furtivas miradas hacia la puerta de la habitación de su padre, y detrás de una lágrima que asomaba á sus párpados podía verse una maligna sonrisa.

Dudó todavía por espacio de algunos segundos; pero habiendo hecho Franz un movimiento más ruidoso en su escondite, alzó de pronto la cabeza con aire de mal humor.

—¡Por qué he de temer!...—prorrumpió.— ¡Voy á declarároslo todo!... ¡Tanto peor para

mí!... ¡Mejor quiero que lo sepáis, que veros en esa inquietud y perplejidad! Si os enfadáis, tendré un verdadero sentimiento; pero vale más...

Volvió otra vez la vista hacia la puerta de la habitación de Hans Dorn, pero sosteniendo erguida la cabeza y muy abiertos los ojos.

Entonces, reuniendo todo su valor, dijo:

—¡Allí está!

Un fugitivo color de rosa coloreó las mejillas de la señorita de Audemer.

Esperaba Gertrudis que le dirigiesen algunos cargos.

Levantóse Dionisia, y dijo con dulzura:

—¡Quiero verle!

Hubiérala abrazado Gertrudis en premio de aquella palabra, con la cual derramaba un bálsamo en su corazón.

Breve y ligera, se lanzó hacia el cuarto de Hans Dorn, cuya puerta abrió precipitadamente.

Penetró en ella.

Dionisia la seguía desde muy cerca.

Franz estaba de pie.

Sorprendido, permaneció como extático.

—¡Señorita!... — dijo balbuciente. — ¡Dionisia!...

Franz tomó la mano que la joven le tendía.

No se atrevió á conducirla hasta sus labios.

Hallábase en uno de sus accesos de timidez.

De pronto, y en lo más violento de su im-

paciencia, surgió en su espíritu un pensamiento de ésos que extienden un rubor intenso sobre la frente de los niños orgullosos; el temor de parecer ridículo ante los ojos de la persona amada.

Recordad vuestros primeros años. No es un disgusto leve, no; es una angustia profunda la que os echa por tierra más pronto, con más rudeza que una desgracia verdadera.

Hágase memoria de una palabra de mal efecto, de un gesto poco hábil, de una torpeza, en fin: el corazón late, cae el sudor gota á gota por las sienes; el sufrimiento es infinito... ¡No es tan amargo el remordimiento como lo que entonces se siente!

Abrióse la puerta en el mismo instante en que Franz se hacía fuerte contra el aguijón sutil de aquella vergüenza que conmueve con tanta facilidad el corazón de un joven.

Franz se acordaba de todo, y tenía fiebre.

La entrevista de la víspera, que tan tierna y religiosamente conservaba en la memoria, le parecía odiosa en aquel instante.

¡Qué papel tan ridículo había hecho!... ¡Oh; qué miserable papel!... En los vaudevilles más insípidos hay siempre un joven que, amenazado de muerte, arranca una confesión, y sin embargo no muere.

Entonces la acción ha caído bajo el dominio común: sábese que el joven no muere nunca..., y todo el mundo se ríe.

Franz hubiera querido morir.

Cuando Dionisia apareció en el umbral, tuvo intenciones de ocultarse, en lugar de acercarse á ella.

Si en aquellos instantes terribles se hubieran hallado sus ojos con la burlona sonrisa de la linda hija de Hans Dorn, ignoramos hasta qué extremo hubiera podido conducirle su desesperación.

Empero Gertrudis estaba vuelta de espaldas, entreteniéndose en arreglar la mesa de su padre.

Lejos estaba la señorita de Audemer de participar de la terrible turbación de Franz: ni siquiera notaba que el joven se hallaba afectado hasta tal extremo. Guardaba silencio; lo guardaba, porque su corazón latía con violencia.

Veíale salvado del gran peligro que le amenazaba la víspera; veíale salvado también de aquel otro peligro que le hizo temer la fluctuación y el poco aplomo de Gertrudis.

Hacía mucho tiempo que la amaba; habíanse encontrado ambos jóvenes en aquella época en que Dionisia salía del colegio para presentarse en el dorado gran mundo. Nosotros estamos muy lejos de tener motivos ni deseos de hablar mal acerca de los jóvenes herederos de los jugadores de Bolsa: ellos son actualmente nuestros amos; pero diremos que Franz no se les parecía en nada.

Entre todos aquellos hermosos jóvenes de quienes el que menos valor mercantil tenía, podemos asegurar que representaba de qui-

nientos á seiscientos mil francos, muy pobre lugar debía ocupar nuestro niño. No poseía caballos ni lacayos, ni aun ese objeto común que hasta entre los mulatos abunda: un nombre, un título, un mísero cuartel de escudo.

Hallábase exactamente en aquella precaria posición que tenían las antiguas pastoras, las cuales, sin más ni más, ascendían hasta ocupar el tálamo nupcial de los monarcas. Franz sólo tenía un excelente corazón y una bellísima figura.

Poseía además otras cosas, que nos es imposible describir y demarcar con exactitud. Un encanto, una distinción innata, una dulzura, un orgullo, un don, un *no sé qué* que imponía y que agradaba al mismo tiempo.

Si habláramos de caballos, y fuéramos *gentleman*, llamaríamos á esto la sangre ó la raza.

La naturaleza de Dionisia consistía en amar todo aquello que era noble. Un aire distinguido llamaba su atención: era el tipo encantador de aquellas gracias sencillas, cuyo secreto guarda únicamente la verdadera aristocracia.

Ni un átomo de coquetería había en ella, hablando en el sentido vulgar de esta palabra. Una frase escuchada por casualidad, no ponía en sus mejillas ese color de púrpura que quiere ser la enseña del rubor, y que en realidad sólo es la muestra de mucha ciencia.

En su fisonomía, así como en su corazón, todo era natural y puro.

Le era imposible representar ese viejo papel cargado de necedades y mentiras que la rutina impone á las jóvenes. Dionisia era la misma siempre: queremos decir, graciosa, amable y digna.

En el mundo á que había sido conducida por su madre, existían ciertamente muchas encantadoras niñas, y muchos jóvenes llenos de seducción; pero Dionisia, bien porque fuese difícil de enamorar ó bien porque su gusto fuese rematadamente malo, sólo había encontrado dos seres que simpatizasen con su corazón.

Estos dos seres fueron Lía de Geldberg, y Franz.

En todos los demás que la rodeaban, sólo había visto ojos hermosos, colores brillantes, trajes preciosos, bigotes con mucha gracia, y lindísimos chalecos.

Todavía le faltaba la necesaria experiencia para distinguir lo verdadero de lo postizo.

El pobre Franz había sido distinguido por ella en medio de aquella rica multitud.

Sea que la educación y las circunstancias hubiesen empañado en ella esa delicada flor de raza de que hemos hablado hace poco, lo cierto es que su mente le había separado del conjunto de aquellos cumplidos caballeros que se enfadan con toda formalidad cuando los llaman por el apellido de su padre.

En medio de su aturdimiento loco, sintió los instintos de un caballeresco honor.

Ambos jóvenes se habían amado á un mis-

mo tiempo, aunque sin decírselo. La tarde anterior habían cruzado sus declaraciones; mas, á pesar de eso, su alianza era muy antigua: muchos meses hacía que había tenido lugar el cambio de sus corazones.

Dejamos dicho que existía entre sus rostros una semejanza singular, sumamente notable cuando la casualidad hacía que sus fisonomías expresasen un mismo sentimiento.

En cuanto á la parte moral, no había entre ellos otras relaciones que la exactitud é igualdad de la franqueza de sus corazones.

Sus caracteres, sin ser opuestos, no se parecían en nada. Franz era vivo, osado y petulante; Dionisia era pacífica y tímida más bien: Franz era alegre; Dionisia, seria.

Bien evidente es que Dios no ha criado los humanos caracteres según las reglas del arte poética. El hombre sufre incesantes cambios y metamorfosis, que son producto de las circunstancias. Las cualidades que hemos notado en Franz y Dionisia, podrían variar, como todas las cosas, hasta el punto de sufrir una transformación completa.

Por ejemplo; en aquel momento en que Dionisia traspasaba los límites de las consideraciones mundanas, la joven estaba lejos de experimentar síntoma alguno de encogimiento y de cortedad: hallábase entregada completamente á su alegría. Franz, el atrevido joven, perdía la cabeza; consecuencia terrible y penosa de hallarse desconcertado.

Y á medida que continuaba el silencio, su

angustia pueril le estrechaba el corazón más y más.

Al fin, dijo balbuciendo y con los ojos bajos:

—Señorita, nada de lo que podáis decirme igualará á los cargos que me está haciendo la conciencia. ¡Soy un insensato! ¡Por piedad, no me miréis como un cobarde!...

Escuchaba Gertrudis, y procuraba no soltar la risa. Ayudábala á esto el semblante profundamente desconsolado del pobre Franz.

Por lo que respecta á Dionisia de Aude-mer, hubiera podido creerse que nada había oído.

Conservaba entre las suyas la mano del adolescente, y con una dulcísima mirada medía poco á poco, como recreándose, la gallarda figura del mancebo.

Después, en voz baja y con un acento armonioso, permitiendo expresar á sus ojos todo lo profundo de su emoción, dijo:

—¡Franz, qué dichosa soy volviendo á veros!

Había tanto amor en estas palabras sencillas, que se desvaneció como por encanto la loca vergüenza de Franz.

No pensó ya en su imaginario crimen; rehabilitóse á sí propio en el fondo de su alma.

Al fin osó alzar los ojos hasta Dionisia, y tocar con sus enardecidos labios la dulce mano de la joven.

Sonreíase ella; hallábase cerca del que amaba tanto; hablábanse, y se correspondían las miradas de pasión del uno y de la otra.

Gertrudis sintió que se ruborizaba, sin saber por qué.

Dominada por un movimiento de irreflexión, atravesó la estancia con furtivo paso, con propósito de retirarse á la inmediata.

Franz, quizá sin saber por qué, la seguía con la vista, gozoso de su alejamiento.

Mas en el instante en que la bordadora traspasaba el umbral, volvióse Dionisia hacia ella, y con voz dulce y tranquila le dijo:

—Quédate, mi buena Gertrudis; no estás demás junto á nosotros.



CAPÍTULO XI

LA CONFERENCIA

Gertrudis fué á tomar su bordado, y volvió á ocupar una silla junto á la mesa en que su padre solía trabajar.

Franz y Dionisia se sentaron uno junto al otro.

Las últimas palabras de la señorita de Audemer, pronunciadas sin afectación alguna, y que hubieran podido interpretarse como una prueba de confianza dada á Gertrudis, daban cierto carácter grave á la entrevista.

Desde aquel momento, podía ser una conversación íntima; pero de ningún modo una conferencia.

Había bastado á Dionisia una sola palabra para quitar á la situación toda la apariencia dudosa y ambigua que había tomado.

La sencillez, ese encanto dulce y atractivo, servía de talismán poderoso en manos de la joven.

Su grave fisonomía ni expresaba inquietud,

ni traducía turbación; su mirada se fijaba en el adolescente con ingenua bondad: si en sus labios se detenía alguna palabra, era la plegaria secreta dirigida á Dios que la hacía tan feliz.

Tal vez hubiera deseado Franz otra entrevista más novelesca: experimentaba una sensación en que se mezclaba gran sorpresa, y el despecho de ver que huía de él sin cesar el misterio que apetecía tanto. Todo lo aclaraba Dionisia: bastaba que pusiese el pie en un camino, cualquiera que fuese, para que de uno ó de otro modo se convirtiese en camino recto. Nada podía compararse á sus dignas y francas palabras; con ellas, toda aventura perdía la apariencia de atrevida.

Cerca de Franz había una joven hermosa, cuyos labios se agitaban con sonrisas impregnadas de ternura y abandono; y, sin embargo, sentía el adolescente que desaparecía su osadía.

La soledad de aquella pobre habitación le inspiraba un temeroso respeto, que tal vez no hubiera experimentado bajo el imperio de la mundana etiqueta.

Dionisia fué también la primera que rompió el silencio.

—No hubiera creído encontraros aquí, Franz—dijo:—á habérmelo figurado, hubiera venido también. Deseaba veros; tenía necesidad de hablaros.

—¡Cuán buena sois!...—balbuceó el enamorado joven.

Era tan baja la voz del adolescente, que no podía llegar á ser oída por Gertrudis, la cual permanecía presenciando la entrevista.

Por el contrario, la voz de Dionisia se elevaba tranquila y sonora.

Dionisia repuso:

—Deseaba veros, porque ayer me obligasteis á leer hasta el fondo de mi corazón. Mucho tiempo ha que sé vuestro amor, Franz, y mucho tiempo ha también que sospechaba el mío. Sin embargo, me esforzaba en dudarle todavía.

—¿Tan gran desgracia es amarme?—preguntó Franz en tono de reproche.

Los grandes ojos azules de Dionisia de Audemer adquirieron una expresión seria y reflexiva.

La sonrisa se apagó en sus labios.

Después, bajando involuntariamente la voz, contestó:

—Lo ignoro; soy muy joven, y no conozco el mundo. Y aun vos, Franz, ¿no sois un niño todavía?

La palabra niño suena siempre muy mal en oídos de dieciocho años.

Franz dirigió con disimulo una ojeada hacia Gertrudis, para ver si la había oído.

La bordadorcita, bajo el aspecto más serio, disimulaba una maligna sonrisa. Manejaba la aguja con presteza; sus largas pestañas negras ocultaban á medias el vivo destello de sus ojos.

El inexplicable ruido que había percibido

Juan Regnaul en la escalera, y del cual hemos hablado ya muchas veces, había cesado desde la entrada de Dionisia en la habitación del ropavejero Hans Dorn.

En aquel instante comenzó nuevamente; pero de una manera tan tímida, reservada y débil, que no pudo excitar la atención de los dos amantes.

Sólo lo oyó Gertrudis.

Levantó vivamente la cabeza, y se puso á escuchar.

El ruido partía del ángulo de la habitación próximo al tabique de la primera pieza, en que estaba colocado el lecho de Hans Dorn.

Era un chirrido sordo, que salía, al parecer, del pequeño espacio que separaba el lecho de la pared.

Hubiera podido decirse que un trabajador invisible minaba el muro exterior.

Gertrudis escuchó inquieta durante un momento: después, como la conversación de los dos amantes llamaba nuevamente su atención, dijo para sus adentros:

—Esto nada tiene de extraño; ¡hay en el Temple tan diversos oficios...! Este ruido provendrá, sin duda, de algún taller que últimamente se haya establecido en la casa vecina.

Dionisia, meneando lentamente la lindísima cabeza, proseguía:

—No sé si será una desgracia amaros; y si yo quería hablaros, Franz, era con el objeto de saberlo. Lo que ayer os he dicho, es la

pura verdad: os amo; pero ¿qué es lo que podemos esperar de nuestro amor?

Brilló en aquel momento la fisonomía del adolescente.

Después replicó, radiante de alegría:

—Ayer, á pesar del gozo que ahogaba mi garganta y agitaba los latidos de mi corazón; ayer, digo, me habría hecho muy desgraciado esa pregunta, porque nada hubiera podido responderos. Pero hoy... ¡Oh!; hoy es diferente, señora. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde ayer! ¡Cuánto parece prometernos el porvenir! Mas ésta es una larga historia.

—Y yo no tengo el tiempo necesario para escucharla—interrumpió Dionisia.

—Todo lo sabe nuestra buena Gertrudis—repuso Franz;—le he contado mi secreto, y ella os lo podrá transmitir.

La hija de la vizcondesa de Audemer, dirigiendo á la hija de Hans Dorn una cariñosa mirada, preguntó:

—¿Gertrudis y vos sois, según eso, antiguos conocidos?

—¡Oh; sí...!—principió á decir Franz con atolondramiento.

Detúvose desconcertado en el mismo punto, porque la graciosa bordadora prorrumpió en una franca y estrepitosa carcajada.

—¡Oh; sí...!—repitió Gertrudis.—Nuestro conocimiento no es de días, ni de semanas, ni de meses. ¡Es de años!

—¡Y yo lo ignoraba!—interrumpió Dionisia.

—¡Y yo!—exclamó Gertrudis;—y el caballero Franz también; yo os lo aseguro. Ayer fué la primera vez que nos vimos.

Franz se puso colorado como una cereza; él no había creído que mentía: había considerado á Gertrudis como á una antigua y fiel amiga.

—¡Ayer, y ya median confianzas entre los dos!—murmuró Dionisia con admiración.

—¡Oh!—dijo Gertrudis;—¡han pasado tantas cosas desde ayer! El caballero Franz ha estado en peligro de morir. Esto puede contarse por diez años, señorita.

Al pronunciar sus últimas palabras, tornóse conmovido y serio el acento de la joven.

Después inclinó de nuevo los ojos sobre su labor.

Dionisia hubiera querido estrecharla contra su seno.

Franz permanecía turbado por haber proferido aquella mentira involuntaria.

—Por mi honor—dijo,—no he querido mentir, Dionisia. Yo no he conocido jamás otros amigos que á Gertrudis y á su padre. Creo que me han amado siempre como me aman; si os he engañado, ha sido muy á mi pesar.

—¡Gracias, mi buena Gertrudis!—murmuró Dionisia;—yo ignoraba que te era deudora de tanto.

—Ahora tengo amigos—repuso Franz de súbito.—Quiero decíroslo todo en dos palabras, Dionisia: ¡soy rico y noble!

—¿De veras?—balbuceó la joven admirada.

—Sí; y el más estimado de todos los bienes que poseo, es el de haber obtenido vuestro amor en el tiempo en que, careciendo de nombre, era un miserable.

El joven hablaba con una convicción profunda. Era el sentimiento que expresaba tan propio de un hombre libre de repente de la desgracia, que Dionisia no sintió el menor asomo de duda.

Por el contrario, Gertrudis, á pesar de su ignorancia, sentía vagamente todos los obstáculos y toda la incertidumbre que existía entre la posición real de Franz y lo que él esperaba. Su corazón se angustiaba al verle tan confiado. Una voz se alzaba en su interior que respondía á sus transportes de alegría, y el eco de aquella voz era funesto.

Gertrudis, tan vivaracha de ordinario, ignoraba la razón de que aquellas palabras alegres sonasen en sus oídos con un acento tan falso.

Dionisia de Audemer dijo.

—Tenéis razón, Franz; os amé pobre, y pobre os hubiera amado siempre. Mas doy gracias al Cielo. Yo no hubiera sido capaz nunca de desobedecer á mi madre, y hubiéramos sido muy desgraciados.

Franz se frotó las manos, como si el recuerdo del peligro evitado hubiese redoblado su contento en aquel instante.

—¡Oh!—exclamó con profunda melanco-

lía.—En mi situación de ayer, no sé, en verdad, cómo me atrevía á tener la ilusión de esperar. ¡Ah! Vos erais, Dionisia, quien sostenía mi valor. Conocía vuestro corazón; sabía que no existía en vos más que nobleza y bondad. Yo, ¡loco de mí!, no pensaba en la miseria; no se me ocurría la idea de vuestra madre; ¡sólo pensaba en vos! Pero ahora—añadió gravemente,—es preciso que consideremos las cosas con seriedad. Desde que de vos trata mi alma, Dionisia, su ligereza se convierte en crimen.... ¡Escuchad! He menester de algunos días todavía para conocer el nombre de mi padre; hasta tanto, permaneceré prudentemente retirado, y esperaré á tener una certidumbre completa de mi posición para presentarme como pretendiente á la mano de la señorita de Audemer.

Franz hablaba con acierto, raciocinaba con prudencia.

Dionisia hizo un signo de aprobación.

Franz repuso:

—¿Y creéis que presentándome con mis títulos y mi fortuna estaré expuesto á sufrir un desaire?

Dionisia respondió:

—Mi madre es buena; le diré que os amo.

Franz oprimió con sus manos las de la joven.

—¡Cada vez que oigo esa palabra pronunciada por vuestra boca—dijo,—tengo miedo de soñar una felicidad demasiado grande! Sin embargo, es cierto que estáis aquí á mi

lado. ¡Todo cuanto he visto en la locura de mis desvaríos, Dios ha querido realizarlo! ¡Oh; cuán bella sois, Dionisia, y cuánto amo la vida por vos! Somos jóvenes; nuestro porvenir es dilatado y límpido: ¡dilatado como un siglo, límpido como una luna veneciana! ¡Ni una nube llegará á empañarlo! ¡Veo por doquiera vuestra sonrisa, y la felicidad se extiende en rededor nuestro!

Detúvose Franz: estaba henchido su corazón; faltaban palabras á su entusiasmo.

Permaneció silencioso y abstraído durante leves momentos; contemplaba con adoración á Dionisia.

La joven le miraba también, arrebatada y convencida.

Ninguna duda asaltaba á su encantada mente. La contagiosa ilusión se había comunicado á la suya desde el alma de Franz: su imaginación enajenada estaba mecida por encantadores fantasmas.

No pensaba en preguntar, á fin de robustecer sus ideas; todo lo creía.

¡Era tan feliz creyendo!

Las sillas de ambos jóvenes se habían aproximado insensiblemente, ignoramos de qué modo. Hallábanse juntos; casi se tocaban sus rostros, tan semejantes; los rizos de sus rubios cabellos mezclaban sus ondas amigas. Era aquél un cuadro apacible, parecido á la sonriente esperanza de la adolescencia.

Á primera vista se los hubiera creído hermanos.

Pero la fría mirada de Franz ocultaba ardientes reflejos, y había mucha pasión en aquella dulce fatiga que hacía lánguida la mirada de Dionisia. Mostrábase allí el amor; el joven, hermoso y encantador amor que lo adorna todo, y que consigue hacer más bello todavía á todo lo que de suyo es bello.

¡Bello! ¡Semejante á la flor que, abierta á la sombra y encarecidamente admirada, ostenta nuevos y desconocidos matices cuando penetra repentinamente el sol por entre el follaje, y tiñe con fulgurantes rayos su virgen y perfumada corola!

Gertrudis no se atrevía á mirarlos: su frente estaba encendida; le palpitaba el corazón.

Entretanto, el rumor extraño continuaba lento y uniforme en el hueco inmediato al lecho de Hans Dorn.

Franz habló con lentitud.

—¿Os acordáis, Dionisia, de aquel baile en que os vi por vez primera? Creía que desfallecía todo mi ser: cuando oí el metal de vuestra voz, me pareció que iba á morir. Entonces era yo un niño, y jamás me había atrevido á mirar á una mujer. ¿Sabéis por qué os amaba?

—¿Y sé yo por qué escuchaba temblando vuestras primeras palabras?—balbuceó Dionisia.

—Aquí existe un no sé qué de extraordinario—prosiguió Franz meciendo la cabeza con melancolía;—sin haber mediado lo que

entre nosotros ha mediado, os hubiera amado también. Un amor como el mío, no puede nacer sin que proceda de la voluntad de Dios; ¡os asemejáis tanto á mi madre!...

—¿Á vuestra madre?—exclamó Dionisia.

—Yo no la he conocido—prosiguió Franz con su acento de tristeza creciente:—no la he conocido; pero tengo su retrato colgado á la cabecera de mi lecho, ocupando el lugar de una imagen sagrada. ¡Ella fué durante mucho tiempo mi único amor! Cuando os vi, Dionisia, me pareció ver á mi madre. Hasta entonces no la había comparado sino á los ángeles; pero después la vi representada en vos. Vos tenéis su misma belleza tranquila y serena, la misma franqueza dulce, la misma mirada, que descubre un corazón también igual. Dionisia, el amor era nuestro destino; desde aquel día está grabada vuestra imagen en el fondo de mi alma: cuando llegaba la noche sin haberos visto, os contemplaba en el retrato de mi madre.

Detúvose el adolescente para sonreír. Dionisia tenía húmedos los ojos.

—Ciertamente—repuso Franz lleno de gozo,—yo no pensaba durante aquel tiempo en los obstáculos que nos separaban: no pensaba más que en hallaros hermosa, y en adoraros desde lejos. Yo no veía la desgracia sino en el momento en que mi buena estrella me proporcionaba una victoria fácil. He oído decir muchas veces que el caballero M. de Reinhold había obtenido de vuestra

madre la promesa de vuestra mano; pero yo evocaba entonces el recuerdo de vuestra frente pura, de vuestros grandes ojos azules, y de la aureola divina de que os veía rodeada en mis sueños. También recordaba, Dionisia, vuestros hermosos cabellos, que forman un dulce marco á vuestras mejillas, y todo en conjunto lo comparaba con el grotesco rostro de M. de Reinhold, y decía para mí: «¡Esa unión es imposible!»

Interrumpióse Franz otra vez; bajó los ojos, y palideció.

—¡Dios mío!...—murmuró con estremecimiento;—¡yo creo que esto es imposible; mas, no sé por qué, me entristece!

Después, sacudiendo la melancolía que de él se apoderaba, prosiguió:

—¡Dionisia!... ¡Oh Dionisia!; ¡nada tenemos que temer! Vos no lo sabéis todo: no sabéis que es mi amigo íntimo vuestro hermano. Dentro de algunos días, cuando haya averiguado el nombre de mi padre, me presentaré á la señora vizcondesa de Audemer, vuestra madre, bajo la protección y auspicios de Julián.

No respondió Dionisia; mas habló por su lengua la alegría que se dibujó en su rostro.

En el fondo de su alma dirigía al Cielo una plegaria de gratitud.

Se sentía con la misma confianza que robustecía el corazón de Franz. Cada palabra de éste le arrancaba una duda: al entrar en casa de Hans Dorn, apenas percibía una esperanza vaga de obtener la felicidad que an-

helaba; pero entonces le parecía una necesidad temer.

Transcurría el tiempo.

Dionisia se olvidaba de la vieja Mariana, que esperaba en el carruaje; lo olvidaba todo, y se adormecía en la tranquilidad de su dicha.

Franz había pasado uno de sus brazos en derredor de la cintura de la joven; la cabeza de Dionisia, inclinada y pensativa, se apoyaba con dulzura en el hombro de Franz.

Así hubieran permanecido muchas horas: un instinto secreto apartaba de ellos la idea de la separación.

Gertrudis los sacó de su éxtasis.

La linda bordadora acababa de concluir el cuello que había dado pretexto á la visita de Dionisia de Audemer.

Al dar fin á la última flor, creyó que se hacía más fuerte y cercano el ruido que había escuchado hacia el lecho de su padre.

Acercóse silenciosamente, é introdujo la cabeza por entre las cortinas.

El lecho, contra el cual apoyaba su cadera, rodó bruscamente, y chocó contra la pared.

El ruido cesó.





CAPÍTULO XII

CELOS

Gertrudis permaneció escuchando por un instante cerca del lecho de Hans Dorn.

En seguida volvió hacia los amantes, los cuales no hacían alto en ella.

Entonces, echando la esclavina con ademán festivo sobre los hombros de Dionisia, le dijo:

—He aquí un pretexto para que disculpéis vuestra larga visita; podréis decir que habéis tenido que esperar á que concluyese vuestro bordado para llevároslo.

Dionisia volvió en sí temblando.

—¿Hace mucho tiempo que estoy aquí?— dijo.

—Un cuarto de hora—respondió Franz.

—¡Una hora larga!—repuso Gertrudis.— Pero ¿qué os parece de este bordado, caballero?

Franz examinó y tocó aquel delicado trabajo.

—¡Magnífico!—respondió.

—¡Tienes unas manos divinas!—exclamó Dionisia de Audemer admirando el bordado; —pero ¡detesto este cuello!—añadió lanzando un profundo suspiro.

—¿Por qué?

—¡Porque este cuello me hace pensar en esa fiesta de Alemania y en ese viaje tan largo!

—¡Pobre caballero Franz!—dijo Gertrudis. —¡Quince días de ausencia!

Franz no comprendía una palabra.

Arreglaba Gertrudis los pliegues del cuello con la coquetería propia de un autor que lee su propia obra.

Dionisia prosiguió:

—Acabo de saber que van á tirarse las esquelas de convite; la partida tendrá lugar inmediatamente que se repartan las invitaciones.

—¿Y os es absolutamente indispensable concurrir á esa fiesta?—preguntó Franz.

—Mi madre cuenta desde hace un mes los días que faltan para la partida: hemos aceptado de antemano el convite, y tenemos hechos todos los preparativos.

—¡Dícese que será magnífica esa fiesta!—murmuró Gertrudis con un acento que revelaba algo de envidia.

Dionisia replicó:

—Yo te cedería de buen grado mi puesto; me serán muy penosos esos días. ¡No puedo pensar en ellos sin horror! Franz, tal

vez no tendréis tiempo para recibir las buenas noticias que esperáis, y que deben haceros apreciar de mi madre. Ella va á marchar con todo el deseo de verme casada con M. de Reinhold, en medio de esa familia de Geldberg.

Franz estaba agobiado y permanecía con la cabeza inclinada.

Alzóla de pronto.

—¿Tendrá lugar esa fiesta en el castillo de Geldberg?

—Sí—respondió Dionisia;—bien podréis adivinar cuán fastidiada y atormentada estaré. Si aquello, al menos, estuviera dispuesto como París, podría veros alguna vez: eso me daría aliento, y me prestaría confianza; ¡pero estaré sola!

—¡No!—interrumpió Franz con tono decidido;—allí me veréis con más frecuencia que en París. Me veréis cuantas veces queráis. Yo espero seguiros al castillo de Geldberg.

Miróle Gertrudis sorprendida.

—¡Qué locura!—exclamó Dionisia;—no podéis esperar ser convidado, considerando vuestra posición con la casa de Geldberg.

Ruborizóse Franz.

Pensaba en Sara.

—Sin embargo, seré convidado—replicó;—os doy palabra de que me veréis en la fiesta.

—¡Lo hará como lo dice, señorita!—exclamó Gertrudis con un tono en que la sencilla admiración se mezclaba con la burla.—Desde

que el caballero Franz es rico é hijo de un príncipe, os prometerá, si queréis, saltar el Sena á pies juntos. ¡Y quién sabe si cumplirá su promesa!—añadió de pronto bajando la voz, dominada por la impresión de un recuerdo supersticioso.—¡Está rodeado de cosas tan extrañas! Cuando se reflexiona en lo que le ha pasado desde ayer, no se sabe ya qué pensar.

Juan Regnault llamó en aquel momento á la puerta de la escalera.

Gertrudis no oyó.

Juan se vió precisado á repetir los golpes dos ó tres veces.

Cuando Gertrudis se dió cuenta de ello, se dirigió hacia la habitación de la entrada, cerrando la puerta de la en que estaban los dos amantes.

Pensó la joven que su padre sería quien llamaba.

Gertrudis no se turbó: su conciencia no le hacía ningún cargo.

Abrió la puerta sin vacilar, y presentó su frente á los labios del que creía su padre.

No pensó el pobre Juan en aprovecharse de aquella ocasión propicia.

—Os pido mil perdones por venir á incomodaros con mi presencia en semejante hora—dijo, permaneciendo humilde en el umbral de la puerta;—pero tengo que pedir un gran favor.

El aire de Juan Regnault era más tímido aun que de costumbre; el involuntario movi-

miento hecho por Gertrudis al reconocerle redoblaba su confusión.

Había dejado á Hipólito en la plaza de la Rotonda. Soñaba en jugar, en ganar y en salvar á su abuela, á quien amaba tanto: hábale electrizado la elocuencia del favorito de Mad. Batailleur.

—¿Se halla en casa vuestro padre?—preguntó el joven.

Ruborizóse Gertrudis, y vaciló.

Parecíale que el susurro de la conversación de los amantes llegaría hasta los oídos de Juan.

Para explicar aquel susurro, bastábale decir que estaba en casa su padre; pero no sabía mentir, y respondió negativamente.

Serenóse la fisonomía de Juan.

—¡Entonces, tengo esperanza!—exclamó; —todo lo espero de vos, mi querida y buena Gertrudis. ¿Queréis prestarme hasta mañana un traje completo de caballero?

—¿Para qué?—preguntó Gertrudis sorprendida.

Juan no respondió.

Recordó Gertrudis que aquel día era lunes de Carnaval.

—¿Queréis ir al baile?—preguntó la joven con sorpresa creciente.

Juan elevó hasta ella sus tristes y húmedos ojos.

—¡Al baile!—repitió.

Como ya hacía cuatro ó cinco minutos que no oía las palabras de Hipólito, se iba en-

friando su ardor, y tomaba incremento su timidez.

Por punto general, la benigna y cordial acogida de Gertrudis ponía fin inmediatamente á la cortedad del organillero. Pero Gertrudis se hallaba entonces casi tan turbada como él.

Juan sufrió el choque de su turbación. Había comenzado á expresarse con el rubor en la frente, aunque libre la voz; después de haber pronunciado algunas palabras, se embrollaron sus frases, púsose balbuciente, y no dijo más.

—Decidme pronto lo que queráis, Juan—murmuró Gertrudis;—estoy de prisa.

El organillero sintió grandes deseos de marcharse; y para retenerle, fué necesario que le hubiese ocurrido el pensamiento de su anciana madre.

—¿Ha venido M. Hans Dorn?—preguntó por segunda vez, aunque en voz muy baja, fijando los ojos en el suelo.

Había tantos y tan dolorosos reproches en estas solas palabras, que Gertrudis sintió una especie de remordimiento.

—¡Juan!... ¡Mi pobre Juan!—dijo tomándole las manos.—¿Qué queréis hacer con un traje de caballero á semejante hora de la noche?

Juan movió la cabeza, y tornaron á bajarse sus párpados.

—Mejor hubiera querido que no me preguntaseis nada, mi señorita Gertrudis—re-

plicó:—quizá me diréis que hago mal; pero bien sabéis que nada sé ocultaros. Si queréis escucharme, os lo diré todo.

Gran curiosidad expresaban los ojos de Gertrudis.

En aquel momento se promovió en la habitación de Hans Dorn el movimiento de varias sillas; al cabo de dos ó tres segundos, Gertrudis había olvidado á Franz y Dionisia. Cambióse su fisonomía.

—¡Os creo, os creo, mi buen Juan!—dijo precipitadamente.—¿Qué necesidad tengo de saber...? Esperadme aquí un momento, pues voy á traer os lo que me pedís.

—Sin embargo—repuso el tocador de organillo,—si deseáis...

—¡No..., no..., no!...—dijo por tres veces la joven.—Esperadme: ahora vuelvo.

Llegó con viveza á la puerta de la habitación de su padre; pero antes de abrirla, se detuvo con indecisión.

Seguía sus pasos la mirada de Juan, impregnada de gratitud y de amor; aquella mirada la detenía: en el cuarto de Hans Dorn había luz, y Juan iba á ver á los dos amantes si ella abría la puerta.

Pero era menester no perder tiempo.

Ocurriósele á Gertrudis un medio cándido como su alma, é infalible, tratándose de la naturaleza obediente del pobre Regnault.

—Escuchad, Juan—dijo con acento solemne:—voy á buscar el traje que me pedís; pero es indispensable que volváis la espalda á esa

puerta. En esta habitación hay una cosa que no debéis ver... Es el secreto de mi padre.

Volvióse Juan al instante hacia la escalera, quedando á obscuras, pues Gertrudis se había llevado la luz.

La hija de Hans Dorn se apresuró á pasar á la habitación de su padre, cuya puerta creyó haber cerrado en pos de sí, á pesar de que la dejó entreabierta.

Franz y Dionisia hablaban asidos de la mano, cuando vieron á la joven atravesar la pieza para dirigirse al gabinete de donde Hans Dorn había tomado por la mañana la ropa de Franz.

Gertrudis colocó la luz sobre un cofre, y comenzó á buscar un traje proporcionado al cuerpo de Juan.

Permanecía éste en su puesto, vuelto el rostro hacia la sombría escalera, sin que le moviese la curiosidad de saber el secreto de Hans Dorn.

El misterioso ruido que había percibido Gertrudis cerca del lecho de su padre, y Juan Regnault en la escalera, había dejado de oirse, Juan creía, sin embargo, que alguien pretendía abrir por dentro la leñera de Hans Dorn.

Iba á salir para examinar nuevamente, y tratar de descubrir la causa y la naturaleza de aquel ruido, cuando otro incidente llamó su atención de una manera irresistible.

Lanzábase por la escalera hasta el interior de la casa un viento frío y sutil. La puerta

que Gertrudis había creído dejar cerrada, se meneaba, se abría y se cerraba á cada instante, y por ella llegaban hasta el pobre Juan ciertos vagos cuchicheos.

Lo primero que Juan oyó fué un confuso murmullo, y luego creyó distinguir la voz de un joven.

Un movimiento de celos hirió su corazón; ardían sus ojos, y sintió correr el frío por sus venas. Juan tuvo necesidad de todas sus fuerzas para no volverse, y para no lanzar una mirada en pos de sí.

Resistióse, no obstante, y permaneció inmóvil.

Gertrudis buscaba en vano entre los numerosos despojos hacinados en el gabinete un vestido conveniente y completo: hallábase impaciente, y su impaciencia, lejos de adelantarse, retardaba lo que anhelaba.

Juan Regnault percibía siempre tras sí aquellos cuchicheos acusadores: subíale la sangre al cerebro; visiones celosas atravesaban por delante de sus ojos.

En un momento en que desfallecía su voluntad, y en el cual sólo estaba contenido por un vago instinto de sumisión, creyó escuchar el ruido de un beso.

Saltó como si un vivo agujón le hubiese penetrado en las carnes.

Volvióse entonces: sus ávidos ojos penetraron en la habitación de Hans Dorn.

Vió una cabeza de joven que se inclinaba sobre una blanca mano.

Oyó un segundo beso.

Llamó su atención el rostro del joven: conocíale, aunque sin poder decir en aquel momento en qué lugar le había visto.

El semblante de la mujer estaba oculto detrás del tabique; Juan no tenía necesidad de verla: para él, no podía ser otra mujer que Gertrudis.

Una corriente de aire en sentido inverso tornó á cerrar la puerta. Juan se volvió maquinalmente, y tomó la posición que se le había mandado.

Ya no pensaba en nada.

Estaba como un hombre que experimenta de pronto una desgracia inesperada y grande.

Gertrudis salió al fin, sacando el traje completo de caballero.

—Tomad, Juan—dijo.—Mi padre va á volver: marchaos al instante, y devolvedme mañana temprano todo esto.

Juan no respiraba, y guardó el mayor silencio; fijáronse sus ojos sobre los de la joven, tristes y como asombrados.

—¿Qué hacéis?—dijo Gertrudis dándole la ropa.

Juan Regnault se volvió lentamente, y fijó los ojos en la puerta de la habitación de Hans Dorn; que permanecía cerrada á la sazón.

Gertrudis, llena de impaciencia, hirió el pavimento con su lindo pie.

—¡Oh Gertrudis!... ¡Gertrudis!—murmuró Juan uniendo las manos con ademán suplicante.—¡Oh; tened piedad de mí!

No comprendía Gertrudis el motivo de aquella angustia repentina. Dionisia le había dicho al pasar que quería retirarse.

Puso el lío de ropa en las manos de Juan, y le empujó con cariño hacia la escalera.

En seguida cerró la puerta detrás de él.

Juan bajó los escalones uno á uno, según el impulso que había recibido, con el movimiento peculiar á un autómatas.

Cuando llegó al patio, cubrió con ambas manos su encendido rostro; acababa de brillar un pensamiento en la obscuridad tenebrosa de su cerebro: tuvo un recuerdo.

Era que en aquel mismo sitio en que estaba, había visto por vez primera á aquel hermoso joven, hallándose Gertrudis cerca de él.

Alzó la cabeza, dirigiéndola hacia la ventana iluminada de la casa de Hans Dorn, y en seguida se fué, sintiendo oprimido el corazón, que se hallaba á punto de desfallecer.

Franz y Dionisia salieron un instante después de la casa del honrado traficante de ropas.

Dionisia de Audemer, al llegar al umbral de la puerta de la calle, dijo:

—Quiera el Cielo que vuestras esperanzas se realicen, Franz; pero, feliz ó desgraciado, yo seré siempre vuestra prometida esposa... Si no llego á perteneceros, juro que ningún hombre podrá llamarme su mujer.

En el momento en que la joven subía á su carruaje, sentándose en los muelles cojines, despertó la vieja Mariana llena de sobresalto.

—¡Qué viva es la juventud!...—murmuró la vieja.—¡Jamás hubiera creído que se pudiera subir y bajar en tan corto tiempo!...

.....

.....

Gertrudis había quedado sola en su habitación, y se ocupaba en preparar su lecho; Hans Dorn no había vuelto, y nadie se veía en la escalera ni en el patio.

Al cabo de algunos minutos se abrió lentamente la puerta de la leñera sin hacer ruido.

Deslizóse una masa negra é informe en las tinieblas, descendiendo por la escalera.

Atravesó el patio; después, el portal, y pretendió atravesar también la plaza de la Ronda.

La lejana claridad de los reverberos de gas iluminó el rostro macilento del idiota Geignolet.

Llevaba en la mano un enorme clavo, casi todo cubierto de yeso.

Sentóse en el suelo con la espalda contra la pared. Sacó del bolsillo el guñapo que le servía de pañuelo, y se enjugó la frente. Después midió con la vista la parte del hierro blanqueada por el yeso.

—¡Qué duro está!—murmuró.—¡Me he hecho daño en las manos! ¡El agujero es ya muy profundo!

Entonces se puso á aguzar el clavo en las piedras.

Pronto unió á los chirridos del metal su ronco y monótono canto.

Las primeras palabras de su copla se perdieron en un murmullo sordo y confuso; después alzó la voz, y pudo escuchársele lo siguiente, á que él, según costumbre, daba el título de versos:

Abrió su armario Hans Dorn,
Puso la caja en lo más alto.
Mañana estará hecho el agujero;
Yo sé dónde está el oro.
¡Qué aventura tan preciosa!





CAPÍTULO XIII

LA CASA DE JUEGO

La casa de juego de la señora baronesa de Saint-Roch, situada en la calle de Prouvaires, era un garito de mediana clase, hasta el cual llegaba frecuentemente el ruido de los mercados y de la calle de San Dionisio.

Para llenar sus salones, se veía precisada la baronesa á recibir gentes de escasa valía; gran desgracia, en verdad, para una mujer de su clase.

Abría su casa á disipados cajeros, á perversos cómicos, á comerciantes en pequeño, á ruines y tímidos personajes que no escatimaban el vicio, y á quienes volvían locos las pasiones.

Por fortuna, la vecindad del Palacio Real le proporcionaba un núcleo de parroquianos bien acomodados: forasteros de provincia, caballeros aventureros, y extranjeros, en fin; presa digna de envidia y disputada en todos los garitos.

Seguramente es cosa dolorosa para un caballero que se titula conde sentarse mano á mano junto á un tenedor de libros de un comercio de la calle Lombard; pero, como son muy raras las casas de juego montadas bajo cierto pie, y la policía tiene el diablo metido en el cuerpo, no hay medios de escoger.

Pasaron ya los venturosos tiempos de la ruleta: ahora el jugador, filósofico por naturaleza, vislumbra con su estoico corazón el momento en que el rey de oros perseguido irá á ocultar su proscrita corona al apartado barrio de San Marcial.

Si es necesario seguirle, aunque sea hasta la Bièvre le seguiremos todos. No haríamos otro tanto con un monarca destronado de un país: en nuestros días no existe más dignidad real que la del rey de oros, que, aun en el desierto, puede contar con un ejército de fieles.

El garito de la calle Prouvaires estaba lejos de aquellas extremidades: en atención á la penuria de los tiempos, podía pasar por un establecimiento bastante regular, en el cual se jugaba fuerte. Si en él se encontraban carniceros, tampoco faltaban marqueses ni mujeres hermosas.

Además, había allí una circunstancia que ofrecía especial seguridad: era ésta que la señora baronesa de Saint-Roch no había tenido que ver jamás con la policía.

Ya puede adivinarse que la baronesa era viuda, y viuda de un hombre de cuenta. Había experimentado grandes desgracias: una

serie de desastres lamentables redujo á la baronesa á la posición en que se hallaba entonces, que ciertamente no constituía su verdadero centro.

¡Ay; si los muertos pudiesen alzar la cabeza, incorporarse en sus sepulcros, abrir los ojos y ver lo que pasa en la Tierra, es evidente que hubiera sido muy desgraciado en su tumba el barón de Saint-Roch! Pero, al menos, se hubiera consolado, porque su noble viuda, en medio de la aflicción en que la injusta suerte la había colocado, guardaba toda la dignidad posible.

Los ayudantes de que se servía merecían gran consideración: el banquero del treinta y cuarenta, su brazo derecho, era nada menos que M. de Navarin, antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos, condecorado sobre los campos de batalla por la propia mano de uno de los más ilustres jefes; ¡el gran Kolokopoulo!

Todavía no se nos ha presentado una ocasión de hablar de M. de Navarin. Por lo que toca á la señora baronesa de Saint-Roch, es nuestra antigua conocida bajo el nombre de Josefina Batailleur, mercadera de frivolidades en el Temple.

Además de M. de Navarin, Mad. Batailleur contaba con los consejos y con el apoyo de una persona eminentemente á propósito para aquella clase de negocios. Mad. de Laurens se había mezclado en todo; en todo se revelaba la experiencia de su mano.

Nada en el exterior anunciaba la industria ejercida en el interior. La apariencia de la casa era sabiamente modesta; apenas tenían lugar los vecinos para sospechar lo que pasaba tan próximo á ellos.

La entrada de la casa era por la calle de Prouvaires; pero había una salida que daba al mercado de la volatería. La escalera, ceremoniosamente iluminada, no prodigaba ese gas acusador, que es una especie de muestra de los lugares públicos.

Para introducirse en aquel edificio, era necesario pronunciar á los oídos del discreto portero el nombre de la señora baronesa.

En la puerta recibía un anciano sirviente, de rostro venerable, de calva cabeza, de librea gris y de benigna y patriarcal sonrisa.

Era aquel buen hombre el fiscal del establecimiento; recibía á los que le parecía bien, y despedía á los que consideraba sospechosos: éstos quedaban entonces persuadidos de que habían dado un paso en vago.

¿Podía ser cancerbero de un garito un anciano tan respetable?

Es necesario que estén bien servidas las habitaciones decentes. Consecuente con esta idea, la favorita era quien había escogido aquel criado.

Desde el umbral no se percibía ruido alguno, sino de cuando en cuando un murmullo confuso al alzarse la voz de los jugadores por encima del ordinario diapason.

Pero esto era muy raro; regía una severa

consigna: la ley más imprescriptible del garito, mandaba arruinarse á los jugadores lo más callandito posible. De todos modos, las voces, débiles ó recias, perdían su estrépito al atravesar las macizas puertas, llegando hasta los oídos del profano como el eco dulce y suave de conversaciones cortesananas y finas.

Tampoco se percibía el resonar del oro, ni aun la charla monótona del banquero acompañando el juego con esas palabras sacramentales que, por punto general, hieren el oído desde que se llega á las inmediaciones de un garito.

El que era admitido, entraba en una antecámara rodeada de perchas; después, en un salón pequeño, donde estaban reunidas algunas jóvenes, lindas en su mayor parte, dispuestas allí, como en la tertulia, á hacer á los concurrentes agradable y breve la noche.

Tal vez era un engaño para despistar á la policía en caso de necesidad; tal vez era otra cosa.

En la tercera pieza había una mesa de sa-canete, presidida por un empleado de la casa.

En la cuarta, que era la última, se veía otra vasta mesa cubierta con un gran tapete verde, de forma cuadrilonga, rodeado de una duádruple hilera de aficionados; en aquella mesa se jugaba al treinta y cuarenta.

Allí estaba la señora baronesa de Saint-Roch, en compañía de su ministro responsable, M. de Navarin, antiguo jefe superior.

Veíanse amuebladas con bastante sencillez aquellas tres primeras habitaciones; la última estaba casi desmantelada. Si no se viera más que las paredes de aquella sala y la mesa del anchuroso tapete, podría creerse que era un juego de billar. Allí no había cuadros ni grabados: sólo se veían dos marcos con su pizarra, semejantes á los que hay en todos los cafés, y una especie de armario en que figuraban un par de docenas de tacos. Servía uno de aquellos marcos para apuntar los tantos; el otro contenía el código del juego del billar.

Sólo faltaba la mesa para este juego.

Además de aquellos cuadros, cuyo destino no podía adivinarse desde luego, había otras dos particularidades que impedían que la habitación se pareciese exactamente á las salas del treinta y cuarenta, con arreglo á los ritos de los antiguos juegos públicos.

Era la primera un enorme bastidor, sobre el cual se extendía un paño verde colocado en la pared, á espaldas del banquero; á derecha é izquierda de este bastidor estaban de pie, inmóviles dos lacayos de vigorosa apariencia.

La otra era una especie de palco enverjado, que turbaba bruscamente la simetría de la pieza: figuraba una especie de habitación, que podría contener en su interior dos ó tres personas. Estaba cerrado completamente por cortinas de seda.

Á un lado tenía la pared, en la cual había

practicada sin duda una puerta que le diese salida por la parte exterior; figuraba delante de la mesa del treinta y cuarenta, de la cual en verdad, no ocupaba el centro.

La señora baronesa de Saint-Roch se sentaba siempre entre el misterioso palco y el banquero M. de Navarin, que ocupaba la cabecera central de la mesa.

Estaban acostumbrados los jugadores á ver que la señora baronesa metía de cuando en cuando las orejas entre las cortinas, á fin de recoger allí palabras que nadie más que ella podía escuchar.

En aquel palco enverjado sólo se veía una abertura, especie de boquete en forma de ventana, colocado encima de la misma mesa, y que daba paso á unas blancas manos, las cuales esparcían en las diversas suertes oro y billetes de Banco.

Algunas veces habían también asomado manos de hombre por aquel ventanillo.

Nadie entre los parroquianos de la casa pudo jamás penetrar el misterio del chiribitil de que vamos hablando. Llamábasele *el confesonario de la princesa*. Todos se ocupaban curiosamente de aquella rara vivienda, y Dios solo sabe las suposiciones diversas é infinitas que se hacían en su derredor.

Los jugadores mimados por la fortuna lo miraban sonriendo, como si ocultase alguna divinidad favorable; los desgraciados le arrojaban miradas irritadas, acusándole de la perversidad de su suerte. Aquéllos que no

creían en las supersticiones del juego, estaban de acuerdo en pensar que detrás de las cortinas corridas había ocultos uno ó muchos grandes personajes.

Aquel enigma, que permanecía eternamente insoluble, en nada perjudicaba el tráfico de la casa; era, por el contrario, un atractivo más. La blanca mano que manejaba tantos billetes de Banco, fascinaba á los más fríos; gente había que sólo concurría á aquel garito por la ilusión que despertaba la diminuta estancia; sus palabras y pensamientos eran relativas á ella.

Aquella gente soñaba ver á través de las cortinas de seda un rostro encantador, ó tal vez la vetusta fisonomía de una duquesa millonaria.

Todos se deshacían por ver realizado aquel sueño.

Serían como las diez de la noche; el personal de la casa estaba completo. M. de Navarin, antiguo oficial superior, ocupaba su puesto á la derecha de la pequeña habitación.

M. de Navarin era un personaje de dulce y marcial fisonomía. Eran graves, dignas y corteses sus maneras; su modo de echar el anzuelo para la pesca de los luises de oro sobre el tapete, daba testimonio de su excelente condición.

Su empleo era múltiple. Además de desempeñar el importante oficio de banquero, que llenaba con general satisfacción, su bigote

cano estaba especialmente encargado de imponer respeto á los jugadores turbulentos ó mal avenidos que pretendían discutir sobre la suerte. En caso de alarma, tenía también la misión de salvar la patria, en compañía de los dos lacayos de librea gris que detrás de él permanecían de pie.

La favorita podía decir muy bien, hablando á Ester de su casa de juego, que estaban tomadas todas las precauciones.

M. de Navarin tenía á mano un botón de cobre fijo en la misma mesa, y que podremos considerar como el resorte de seguridad.

La maniobra que se realizaba al tacto sobre aquel botón de cobre, era muy fácil y sencilla. Al primer ruido sospechoso, tenían orden de levantarse todos los jugadores; el antiguo oficial superior oprimía el botón, y salían de repente las cuatro bandas de una mesa de billar. Los dos lacayos levantaban el bastidor, tapizado de paño verde, que se adaptaba exactamente á aquellas bandas, cubriendo al mismo tiempo las puestas, las cartas, y todos los objetos, en fin, que pudieran servir de acusadores del treinta y cuarenta.

En el mismo instante, el palco de que hemos hablado comenzaba á rodar sin ruido, y entraba en una habitación inmediata, presentando únicamente su parte anterior, que figuraba una puerta.

Entonces, en lugar de aquel garito en que

el treinta y cuarenta hacía rodar tanto oro, sólo quedaba la inofensiva sala de un billar.

Numerosos ensayos habían adiestrado la mano de los maquinistas: éstos, para realizar la transformación, no necesitaban más que la cuarta parte de un minuto.

Pero dejamos dicho que aquellas sabias precauciones habían sido inútiles hasta entonces.

La casa de la baronesa de Saint-Roch estaba virgen de toda ingerencia de la policía.

En aquel momento se estrechaban las filas alrededor de la mesa; el juego marchaba viento en popa: deslizábase el oro sobre el tapete, y los ajados billetes de Banco desplegaban por todas partes su papel suave y transparente.

Hallábase cerrado aún el ventanillo del confesonario: no había llegado todavía la princesa.

La señora baronesa de Saint-Roch, ataviada con un traje soberbio, ocupaba su puesto, semejante á un trono, con verdadera majestad. El hombre que manejaba las cartas, excompañero de Traslati, hacía su papel á las mil maravillas, y en un abrir y cerrar de ojos trastornaba todo el juego.

No faltaban en derredor de la mesa fisonomías caprichosas. El *demonio* del juego las animaba á todas con su soplo terrible y grotesco á la vez. Algunos prodigaban sobre la suerte puñados de luses con osada locura; otros arrojaban tímidamente en el tapete el

modesto escudo de cinco francos; otros, en fin, más prudentes todavía, se contentaban con seguir la suerte desde lejos, y apuntar con talento sobre los naipes el éxito de sus cálculos imaginarios.

Estos últimos son muy conocidos de cualquiera que haya puesto el pie en una casa de juego una vez siquiera en su vida. Son locos, graves y melancólicos; verdaderos filósofos empeñados en soñar lo imposible, en especular con su fantasía, y en querer fijar la inestabilidad misma.

Durante los hermosos tiempos del Palacio Real eran éstos muy numerosos, y solían ganar cada noche unos diez francos: ahora vegetan miserables y decaídos, esperando al Mesías que probablemente restaurará la ruleta.

A excepción de la señora baronesa de Saint-Roch, no conocemos más que dos personajes entre aquella multitud ávida y atenta.

El primero es el autor de *vaudevilles*, Amable Ficelle, creador de la *Botella de Champagne*, y el señor conde de Mirelune, su Pí-lades: uno y otro habían penetrado allí, como acostumbraban hacerlo en todas partes, para matar el tiempo.

Ni uno ni otro eran jugadores; pero el tiempo estaba frío, y era preciso meterse en alguna parte.

Hallábanse en la última fila agarrados del brazo, como siempre, y con el lente en el ojo.

Ficelle decía á su amigo:

—¿Conque también habéis recibido un mensaje del palacio de Geldberg?

—Un mensaje expreso.

—¿Y qué contiene?

—¡Oh; es un mensaje honrosísimo! Trata de esa gran fiesta de que se habla tanto... Ya sabéis; del castillo de Alemania.

—¿Pues no he de saberlo?

—¡Cómo!; ¿os han convidado también?

—¡Ya lo creo! No les ha ocurrido la idea de pasarse sin mí. Ignoraba que hubiesen contado con vos, y ya me había decidido á presentaros.

—También yo había pensado lo mismo—respondió Mirelune un poco picado.—Os doy gracias, de todos modos, por vuestra buena intención.

—Yo me alegro de que se hayan portado así los de Geldberg, porque nos han tratado como verdaderos amigos. Adivino lo que dirá el mensaje que os han dirigido. Se contará con vos para dar más alegría á la fiesta; ¿no es verdad?

—¡Oh; sí, sí!—respondió Mirelune:—se cuenta conmigo para que tenga más atractivos la función.

—Para animarla.

—Para hacer y decir locuras.

—Para distraer, en fin, y hacer reir á toda esa gente de dinero.

Miráronse los dos amigos, y cambiaron un bostezo.

He aquí cómo se adquieren en París las reputaciones. Nadie bosteza con más frecuencia que uno de esos necios reputados de graciosos por excelencia. El árbol citado y celebrado por su florescencia prematura, el famoso injerto de las Tullerías del 25 de Marzo, apenas abre sus botones cuando ya sus oscuros vecinos aparecen floridos completamente.

—¿Y qué tal?—replicó Mirelune;—¿tenéis alguna idea?

—¡Una idea!; ¿y qué es una idea? Tengo sesenta.

—¡Diantre!; ¡prodigiosa fecundidad! Escuchad: será preciso que nos pongamos de acuerdo, porque á mí no se me ha ocurrido ninguna todavía.

—Corriente: os haré partícipe de todas las mías—dijo Ficelle con magnanimidad.—Primeramente, necesitamos un teatro.

—¡Oh; eso es claro! Necesitamos un teatro y una compañía.

Encogióse de hombros Ficelle con el aire de superioridad más profundo.

—Se trata de divertir á esa gente, y es indudable que los baroncitos y banqueros en miniatura querrán más bien representar ellos mismos que escuchar á consumados artistas de París. Supongamos que entre todos los concurrentes á la fiesta escogemos diez actrices y diez actores: he aquí divertidas ya veinte personas.

Mirelune no parecía estar satisfecho.

—¡Figuraos—replicó Ficelle;—figuraos si quedarán perfectamente divertidas esas veinte personas!

—¿Y por qué?

—¡Toma! Aquélla es una ocasión propicia para lucir plumas, flores y diamantes.

—¡Es verdad!

—Además, los cómicos llevarán calzón corto, zapatos con hebillas y polainas.

—¡No me parece mal!—murmuró Mirelune;—pero lo que digo es que sólo conseguiréis divertir á esos veinte. ¿Qué pensáis que haga el resto de la concurrencia?

—Supongamos que el resto sean seiscientos. Por una parte, no habrá más que veinte elegidos, tan dichosos como reyes, quienes ofrecerán el espectáculo de sus personas á la admiración general. Pues bien; los seiscientos espectadores estarán tan contentos como dioses, pues se ocuparán en morder á los elegidos, declarándolos monigotes burlescos.

—¡Oh amable Ficelle!—exclamó Mirelune:—¡qué sarcástico es vuestro espíritu cuando no escribís! Pero veamos: ¿qué habrá de representarse?

—En primer lugar, la *Botella de Champagne*.

—Eso es ya muy viejo.

—Todo se compondrá: variaré los nombres de los personajes y el título de la pieza.

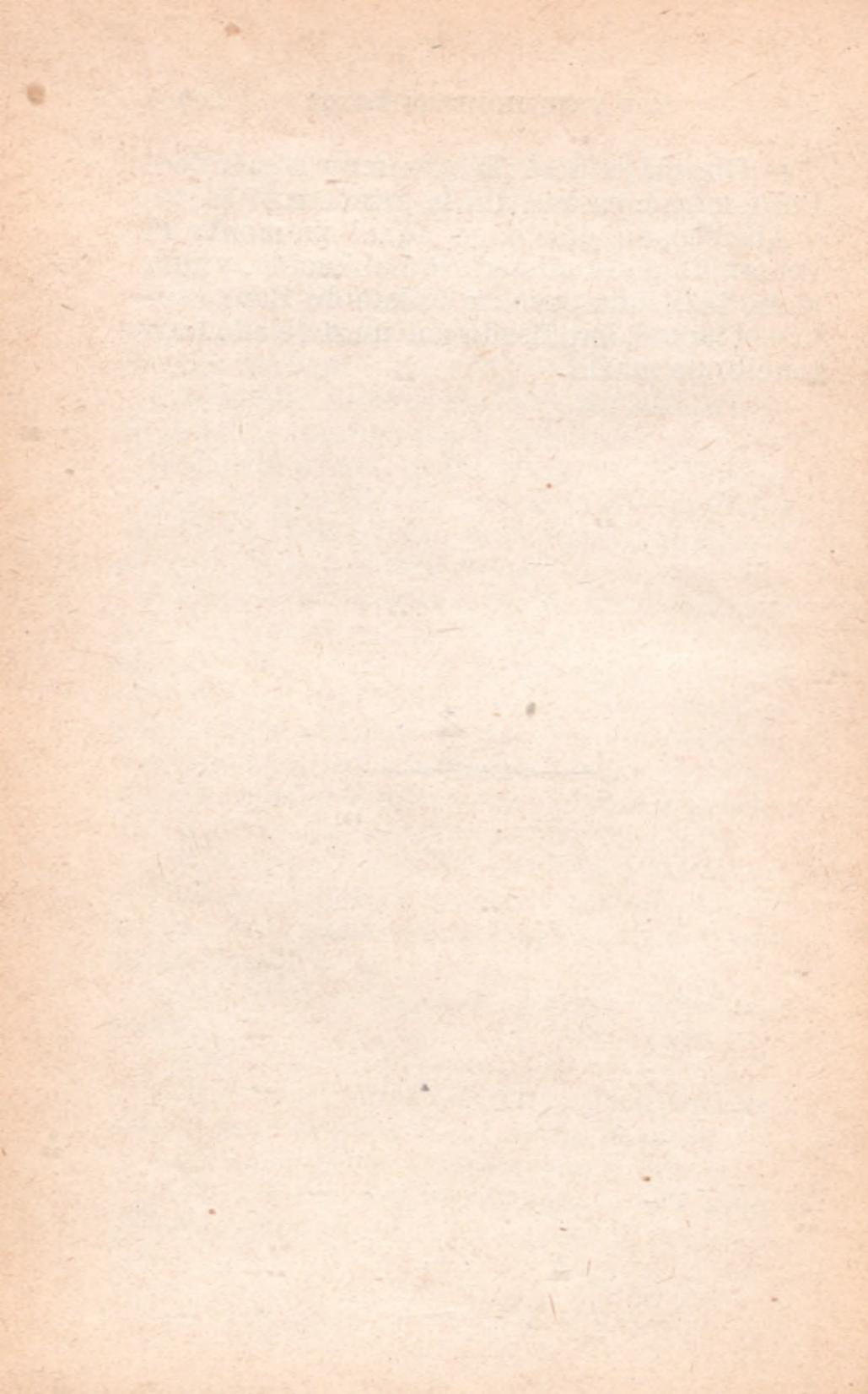
—¿Y cómo será el nuevo título?

—*El triunfo del champagne y del amor*. ¿Qué os parece?

—¡Oh; magnífico! ¡Eso es muy romántico!
Pero, mirad: ya está ahí la princesa.

Abrióse, en efecto, en aquel momento el
ventanillo de la misteriosa habitación, y una
mano bellísima puso un billete de Banco so-
bre el tapete, impulsado por un delicado bas-
toncito de marfil.







CAPÍTULO XIV

EL DESCONOCIDO

La palabra *princesa* pronunciada por el señor conde de Mirelune en el momento en que se abría el ventanillo, corrió en derredor de la mesa. Cada cual levantó los ojos, y el confesionario vino á ser el objeto de las miradas de todos.

Sin embargo, aquello no tenía nada de extraordinario; la mayor parte de los días se abría el mismo ventanillo para mostrar la misma mano. Pero como después de tantos meses el enigma permanecía insoluble, y los misterios ganan en importancia á medida que van haciéndose más viejos, no era mucho que una cosa tan común en aquel lugar excitase la imaginación de los concurrentes.

Poco á poco se iban amontonando hipótesis, se agotaba lo verosímil, y se elevaban hasta lo novelesco los espíritus más positivos.

Centenares de versiones corrían acerca de la jugadora del *confesionario*. Su llegada cau-

saba siempre en la asamblea una especie de emoción.

La señora baronesa de Saint-Roch tenía no poco que hacer con resistir á los innumerables ataques dirigidos contra su discreción. Veíase rodeada, sitiada y acosada; los antiguos parroquianos, que habían pasado á la categoría de amigos de la casa, combatían su reserva apelando al sentimiento. Los demás apelaban á su bolsa para hallar más irresistibles argumentos; pero ni los unos ni los otros producían el menor efecto. La fidelidad de la baronesa resistía todos los asaltos; los curiosos sufrían la más terrible decepción.

Cuando la estrechaban muy de cerca, la astuta baronesa empleaba una maniobra análoga á la que usan los ciervos viejos para hacer perder la pista: lanzaba una nueva hipótesis á la circulación, y enredaba tan perfectamente aquel caos, que hasta los más diestros quedaban completamente derrotados.

Por espacio de un minuto, y esto es mucho en semejante lugar, circuló un tenue murmullo en derredor de la mesa.

Sufrió el juego un momento de detención.

La parte más modesta de la asamblea, es decir, los mercaderes en pequeño, los cómicos en vacaciones, y otros muchos personajes de esta calaña, abrían enormemente los ojos, pareciendo querer devorar aquella mano que salía del confesonario. Las mujeres diseminadas en derredor de la mesa, se mordían los

labios al ver cuán fácilmente palidecía su estrella; ellas afirmaban en voz baja que la princesa era algún viejo monstruo que tenía muy poderosas razones para permanecer oculto. Hay vejestorios horripilantes que conservan manos encantadoras.

Los extranjeros asestaban el lente; los ingleses, que se hallan en todas partes donde se juega, acariciaban sus carteras, y se preguntaban gravemente qué extravagancias serían capaces de hacer sus señorías en aquella ocasión por conseguir su intento. Pero nada podía adelantarse: la baronesa permanecía muda aun en vista de las carteras británicas; los infortunados lentes no podían absolutamente penetrar nada por entre las cortinas de seda.

—¡Vamos!—dijo el antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos:—tened á bien jugar, si os place.

Mediano fué el éxito que produjo esta invitación: todos los ojos estaban ocupados en desentrañar el arcano del confesonario.

—¡Que me lleve el Diablo si no conozco esa mano!—dijo Mirelune á Ficelle.

—¡Oh; esto es sorprendente!—murmuró el último.—Ahí dentro se esconde un *vaudeville* de gran éxito.

—Pues esa mano es la de la marquesita de Vieux-Lieu.

—Puede constar de tres actos ese *vaudeville*—continuó Ficelle:—Primero: un marido que busca á su mujer, y que la encuentra me-

tida en ese cajón. Segundo: Arnal hecho fósil, ocupado en pegar los naipes. Tercero: un honrado cajero, aunque tan débil, que no puede resistir á la tentación de venir aquí á perder su honor.

Mirelune interrumpió:

—La mano de la marquesa es más gordita: estoy por decir que esos dedos pertenecen á la vizcondesa de Longpré.

—El *vaudeville* tendrá versos magníficos —replicó Ficelle:—muchas palabras y algo de corazón. ¡Pardiez; tendrá soberbia acogida! Garantizo al empresario ochenta representaciones cuando menos.

El escritor de *vaudevilles* lanzó un prolongado suspiro; irradiaba su rostro: no todos los días tenía la suerte de que le ocurriese una idea.

Mientras que Ficelle se felicitaba con todo su corazón, y el ingenioso Mirelune buscaba un tercer nombre á quien asignar la propiedad de aquella mano blanca y preciosa, se había restablecido la calma alrededor de la mesa, consiguiendo el juego atraer por fin el interés de todos.

M. de Navarin pronunció la palabra sacramental que daba principio á su obra: la palabra *¡juego!*

De pronto se abrió la puerta, en medio del profundo silencio que precede á la decisión de la fortuna.

Por lo general, en tales momentos solemnes un monarca puede atravesar muy bien el

umbral sin perturbar la atención de la asamblea. Mas aquella noche corría por la sala un viento de conmoción; hallábanse agitados los nervios, y por eso se volvieron todas las cabezas involuntariamente.

Vióse penetrar en la estancia á un personaje de elevada estatura, que llevaba con nobleza un traje elegante y severo á la vez. Era joven todavía, y su fisonomía, notablemente hermosa.

Nadie había en el salón que le conociese: al verle, la misma señora baronesa de Saint-Roch dejó escapar un movimiento de sorpresa.

El desconocido atravesó con la cabeza erguida y con tranquilo paso el espacio que le separaba de los jugadores. En seguida dió vuelta alrededor de la mesa, y fué á colocarse á la izquierda del palco, cuya derecha ocupaba la señora baronesa de Saint-Roch.

El desconocido se hizo lugar hasta la primera fila.

La mano de la persona misteriosa que ocupaba el *confesonario*, descansaba entonces sobre el tapete: inclinóse el extranjero hacia adelante, y tocó aquella mano, que se retiró como asustada.

Llegó á su colmo la sorpresa general; detúvose el juego por segunda vez. Miraban ingleses y cómicos con la boca abierta aquel raro suceso; olvidó Ficelle su embrión de *vaudeville*, y abandonó Mirelune la investi-

gación de un cuarto nombre de marquesa propietaria de aquella hermosa mano.

Entretanto, llegó á percibirse un ligero movimiento en el interior del confesonario. La baronesa de Saint-Roch, prevenida, sin duda, por medio de una señal convenida, metió una oreja por entre las cortinas del ventanillo.

Después de dos ó tres segundos se puso en pie, y fué colocarse junto al extranjero.

—¡Diablo!—exclamó Ficelle;—¡la cosa va complicándose!

—¿Qué diantre significa todo esto?—murmuró Mirelune.

La señora baronesa de Saint-Roch pronunció algunas palabras al oído del extranjero, el cual se inclinó en señal de asentimiento.

Entonces se dirigió la dama hacia una puerta lateral.

El desconocido la acompañó, y ambos salieron de la estancia sin desplegar los labios.

.....

Los parroquianos de la casa de juego de la calle de Prouvaires habían hallado un nombre que imponer á la habitación misteriosa; aquel nombre era toda una descripción. El confesonario se parecía, en efecto, á aquella parte del santo mueble en que se sienta el sacerdote, ocultándose á las miradas de todos.

En su parte interior, era un microscópico retrete, una caja, lindísima tapizada de seda y adornada con toda la posible coquetería.

En el instante en que el desconocido que había tenido la audacia inaudita de tocar sin cumplimiento la blanca mano que tenía empuñado el bastoncito de marfil; en el momento, decimos, en que dejaba la sala de juego siguiendo los pasos de la señora baronesa de Saint-Roch, estaba sola la *favorita* en el departamento de que se trata. Hallábase en pie, con la mano apoyada en el brazo de un sillón, en actitud de esperar inquieta.

El interior de aquel cuartucho era mucho más sombrío que la misma sala; la luz escasa de ésta era la única que penetraba allí á través de las cortinillas de seda.

Merced á aquella tinta sombría, la favorita podía ver sin ser vista. El ojo avizor y curioso de los jugadores no penetraba los tapices de la obscura habitación, mientras que la mirada de Mad. de Laurens, hallando cómodas salidas, investigaba á su placer el círculo de la mesa.

Cuando constaba la asamblea de cierta clase de gente, y la fantasía de la favorita estaba dispuesta á mezclarse con los jugadores, se daba en la puerta una consigna más severa, y Sara, preventivamente adornada con un tocado teatral, iba osadamente á ponerse de codos sobre el tapete verde. La señora baronesa de Saint-Roch tenía, en verdad, un talento indisputable para adornar su cabellera y transformar su rostro. Mad. de Laurens, al salir de entre sus manos, hubiera podido, rigurosamente hablando, afrontar las miradas

de sus propios amigos; pero siendo una mujer prudente en medio de sus locuras, á nada se aventuraba sino después de pensarlo con madurez.

Mad. de Saint-Roch no había tenido necesidad en el día de que hablamos de ocuparse en el tocado de Sara; la presencia del escritor de *vaudevilles* y del señor conde de Mirélune, que frecuentaban la casa de Geldberg, impedía á la *Chiquitina* presentarse en la sala. Hacía sólo algunos instantes que había llegado cuando el extranjero, que sin duda conocía la contraseña, entró en la casa.

No le había visto entrar Mad. de Laurens, que se hallaba muy preocupada en aquel instante agitando en su mente los sucesos de todo el día. Su mano acababa de abrir maquinalmente un cofrecito de trabajo exquisito que estaba junto á ella sirviéndole de caja, y del cual había sacado un billete de Banco, poniéndolo sobre la mesa por pura costumbre.

Arriesgar la favorita una puesta en una mesa que era suya, y cuyo banquero usaba de fondos suministrados por ella, era una niñería propia de una jugadora de mérito. El combate formal estaba entre la multitud y M. de Navarin.

Jugando Sara contra él, jugaba contra sí propia; pero el antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos presumía que aquella maniobra no era absolutamente inútil; según su lógica, los billetes de Banco

llamaban otros billetes de Banco, lo cual hacía abrir las carteras y prosperar la partida.

Mad. de Laurens solía jugar por su propia cuenta en la mesa de sacanete; entonces su presencia no dejaba nunca de hacer que allí se amontonase el oro.

Pero aquella noche tenía ocupada la cabeza con otra cosa muy distinta del juego: hallábase fatigada su memoria; su espíritu trabajaba, á su pesar.

¡Qué de cosas habían acontecido en veinticuatro horas, sin contar las aventuras del baile Favart! La enfermedad de su esposo, que parecía llegar al supremo período; el duelo de Franz, de que éste había salido vencedor, y que permanecía para ella como una amenaza viviente; su hija, en fin, aquella pobre y miserable niña, pálida y descarnada como la muerte, á quien había visto á través de las mal unidas tablas del tenducho de Araby.

Judit, la hija única de la gran señora, la heredera de todos aquellos millones, laboriosamente robados; Nono, la esclava del usurero; Noemi, la mártir del idiota, la sportillera, la miserable criatura que se consumía, rodeada de la piedad desdeñosa de las soeces é infortunadas gentes del Temple.

Judit, que tal vez iba á cambiar el pobre jergón tendido sobre las desnudas piedras por un suntuoso lecho; su indiana, húmeda y deteriorada, por los encajes y los terciopelos; sus lágrimas, por sonrisas, y su rostro

pálido y demacrado, por la belleza de la juventud feliz.

Porque Judit era hermosa y bella, á pesar de sus padecimientos.

¡Cuán innumerables rayos de una desconocida alegría iban á animar sus grandes ojos lánguidos! ¡Cómo iban á brillar, y con qué dulzura, sus enmarañados cabellos! ¡Qué de gracias estaban próximas á aparecer en su talle, debilitado por la necesidad, y afeado por innobles harapos!

Sonreíase mad. de Laurens. Jamás había visto tan á sus anchas á su pobre Judit; jamás había penetrado tan profundamente en la espantosa miseria en que se moría la hija de sus entrañas. ¡Ay!; y todo aquello acontecía la víspera de sacarla de aquel horrible estado, ¡la víspera del día de su alegría y de su triunfo!

¡Oh! Judit apenas tenía quince años: res-tábale toda una vida de felicidad en premio de algunos meses de penas. ¿Cuántos días le serían necesarios para olvidar sus antiguos padecimientos? La juventud reflorece muy pronto; la desgracia que no amenaza ya, se torna en encanto.

Soñaba la favorita, ordenaba el porvenir de su hija, y le hacía bello, dulce y radiante. Tenía todas aquellas prevenciones exquisitas, todas aquellas tiernas delicadezas que constituyen el corazón maternal, semejante á un nido blando, donde reposa el pensamiento de un hijo.

Después la asaltaban otras ideas; ensombrecía una nube su sonrisa, arrugábase su frente, y mostrábase amenazadora. ¿Era también por Judit?

No: pensaba en M. de Laurens, obstáculo interpuesto entre Judit y la vida; pensaba en Franz, que podía obscurecer y enlutar el porvenir de la hija, hiriendo de muerte la reputación de la madre.

Su frente se erguía terrible; las inclinadas pestañas de sus párpados velaban su mirada fría é inexorable.

¡Era necesario matar para salvarse!

Entre todos estos pensamientos se deslizaban también por su mente otros frívolos y perversos: era un caos el alma de aquella mujer.

Mezclábanse en ella todas las degradaciones del mal, impotentes para extinguir una sola chispa de fuego divino.

Mad. de Laurens pensaba en Lía, su hermana menor. Mientras que Lía era feliz, Judit estaba sufriendo.

Lía era hermosa como un ángel; su corazón se reflejaba en su rostro.

¡Pobre Judit! ¡También por ella detestaba á Lía mad. de Laurens!

¡Por ella, que sufría con tanta resignación, y á quien la fortuna no había hecho conocer el odio!

Sara pensaba en Ester después de Lía. Ester era condesa, viuda, y sólo tenía veinticinco años. Sara la envidiaba por aquellas

tres cosas, y sentía, además, el instinto de propagación del mal, que entra en el corazón al propio tiempo que penetra el vicio.

Había dado principio á la educación de Ester, y no quería abandonar á su hermana en mitad de la carrera.

Ester formaba parte de los delirios de Sara; el doctor, también; y todo el mundo, y todas las cosas.

En el momento en que colocaba su primera puesta sobre el tapete con ayuda del bastoncito de marfil, pensaba en el barón Albert de Rodach, á quien había encontrado de tan extraña manera en el palacio de Geldberg.

Desde la víspera, le había encontrado tres veces ante su camino. La primera, en el Temple; la segunda, en el baile de la Ópera Cómica, y la tercera, en el palacio de su padre.

Rodach conocía á Ester, y Sara se preguntaba quién le habría mostrado el camino del palacio de Geldberg.

En el mismo instante, su mano, que reposaba con descuido sobre el tapete, pasando por el ventanillo, sintió el contacto de otra mano.

Volvió en sí con sobresalto, y miró en su rededor.

Á la izquierda del confesonario había un hombre de pie, con el brazo extendido todavía.

Sara le examinó á través de las cortinas, y reconoció al barón de Rodach.

La favorita experimentó un verdadero movimiento de terror.

—¡El otra vez!—murmuró.



CAPÍTULO XV

EL CONFESONARIO

El caballero Rodach permanecía inmóvil cerca del departamento llamado el confesonario.

Tenía fijos los ojos sobre el enverjado; la casualidad dirigía su mirada precisamente al punto en que se hallaba Sara.

Parecía que aquella mirada fija tenía el poder de atravesar el lienzo.

La favorita se inclinó con precipitación hacia el otro extremo de su escondite, y llamó en voz baja á mad. Batailleur.

La obediente oreja de la baronesa de Saint-Roch fué á apoyarse instantáneamente en el confesonario.

Pronunció la favorita algunas palabras en voz baja, y mad. de Saint-Roch se levantó para ejecutar sus órdenes.

Tratábase de hacer entrar al barón en el aposento de Sara.

La salida de Rodach conmovió á los juga-

dores, así como había acontecido con su aparición. Durante algunos segundos esperaron con los ojos fijos en la puerta, por ver si volvía á entrar.

—¡Vamos, vamos, señores! — exclamó el antiguo oficial superior, á quien impacientaban estas distracciones. — Ocupémonos de nuestro negocio. ¡Está hecho el juego!

Alineáronse entonces en torno de los naipes, vueltos sobre el tapete, las narices de los jugadores.

En aquel momento, mad. de Saint-Roch y el barón de Rodach atravesaban un corredor que conducía á la sala que por la espalda confinaba con la de juego.

Por aquella pieza tenía entrada el confesonario.

La favorita había abierto de antemano la puerta, y esperaba al barón en el umbral; su rostro revelaba una singular agitación. Cuando mad. de Saint-Roch apareció precediendo al barón, detúvola la de Laurens con un gesto imperioso.

—Dejadnos solos, mad. de Batailleur — dijo.

La tendera disfrazada de baronesa se detuvo, y volvió la espalda. Rodach, que en aquel momento pasaba junto á ella, se volvió con viveza al oír el nombre de Batailleur. La tendera se hallaba ya en el extremo del pasillo, y el barón permanecía inmóvil, fijos los ojos sobre la puerta por donde había desaparecido.

No escapó aquella circunstancia á la perspicacia de la favorita: sin saber por qué, se acrecentó su turbación.

Mad. de Saint-Roch, por el contrario, ignorando el efecto que había producido su nombre, entró muy tranquilamente en la sala de juego, y colocó entre los brazos de su sillón su redondo talle, hermoseedo con la seda.

—¿Adónde diablos le ha conducido?—preguntó Mirelune al autor de *vaudevilles*.

Ficelle señaló con el dedo el confesonario.

—¡Diablo!—murmuró Mirelune.—¡Magnífica idea! ¡Oh; si yo supiera á quién pertenece la mano blanca que atraviesa de cuando en cuando ese ventanillo, daría cualquier cosa! ¿Será de la marquesa?... ¿Será de la condesa?... ¿Será...?

—¡Qué escena tan brillante se representará ahí dentro!—prorrumpió Ficelle.—¡Es una desgracia que no podamos conducir al teatro ese confesonario!

Nada más se dijo.

Volvió á reinar el silencio alrededor de la masa. Marchaba el juego: la distracción había dado fin.

El barón de Rodach, cansado de contemplar la puerta por donde había desaparecido mad. Batailleur, volvióse hacia mad. de Laurens, y le besó la mano con grave cortesanía. Lejos estaba de haberse calmado la agitación de la favorita: frunciéronse sus cejas; un encendido rubor se extendió por su frente.

Aquella turbación, imposible de disimular,

contrastaba notablemente con la serenidad tranquila que brillaba en el hermoso rostro de M. de Rodach.

—Creo que no me esperabais, hermosa amiga mía—dijo el barón incorporándose.

Los ojos de Sara se inclinaron, y permaneció sin responder por espacio de dos segundos.

—¡Albert!... ¡Albert!—murmuró al fin con voz que denunciaba su turbación;—¡sois el hombre más extraño que he conocido! ¿Quién os ha conducido aquí? ¿Cómo habéis podido entrar? ¿Es á mí á quien deseabais ver?

El barón se sonrió fríamente.

—Muchas preguntas me hacéis á un tiempo, señora —replicó:— os contestaré ordenando mis respuestas. Lo que aquí me ha conducido, ha sido un poco de casualidad, y un mucho de deseo. He entrado titulándome amigo de M. de Navarin, y pronunciando el respetable nombre de la baronesa de Saint-Roch.

Sara palidecía al escucharle.

El barón prosiguió.

—En cuanto á la tercera pregunta, ¿podéis dudar que he venido por vos?

El barón se detuvo; mas casi al mismo tiempo prosiguió, mezclando á su gravedad un tinte imperceptible de ironía.

—Tal vez he venido también con un doble objeto.

—¿Y cuál es ese segundo objeto?—preguntó la judía procurando sonreirse.

—Eso es un secreto—respondió el barón. Alzó su mirada mad. de Laurens, como si hubiera querido leer el pensamiento del barón en sus ojos.

Pero los ojos del barón de Rodach, brillantes y expresivos, aparecían entonces semejantes á un espejo sin azogue.

Generalmente, era Sara una gran actriz; pero ¿qué papel debería representar en aquella ocasión? No comprendía el pensamiento íntimo de Rodach; ignoraba también si era su amigo ó su enemigo.

No había temido jamás ningún peligro en aquella parte: por eso no había previsto el remedio. Había amado á Albert; habíase encendido, quizás sólo por algunos días, el débil fuego de su extinguido capricho, con tanto más motivo, cuanto que aquel capricho se le presentaba bajo un aspecto nuevo.

Había conocido á Rodach vivo, aturdido y fogoso en palabras y acciones; ahora le hablaba grave y frío.

Aquello era una máscara, sin duda; mas para un hombre de semejante carácter, es muy pesada de llevar una máscara.

Albert, sin embargo, llevaba la suya con la mayor naturalidad.

La víspera, en medio de la confusión del baile, le encontró la favorita semejante á sí mismo; mas sólo le había entrevisto bajo su precioso traje de majó, que tan perfectamente se plegaba á los ademanes atrevidos y graciosos de su antiguo amante.



Todo lo veía cambiado en el corto espacio de algunas horas. Albert se presentó en el palacio de Geldberg resguardado bajo un severo aspecto de frialdad. En aquella ocasión parecía que la frialdad se había aumentado. Sara creía advertir cierta amargura en la austera sonrisa que vagaba sobre los labios del barón.

Por un instante tuvo deseos de recurrir, para sojuzgarle, al arma, tan probada y victoriosa, de su coquetería; pero le ocurrió la idea de oponer frialdad á frialdad, y de escudarse con su orgullo.

Era muy experta antagonista en toda clase de luchas, y sabía los medios más eficaces para hacer prosternarse á los hombres.

Mas entonces, un instinto secreto la despojaba de valor: á nada se atrevía.

Rodach era muy temible enemigo para dominarle de cualquier modo.

De pronto, esforzándose por sonreír, y mirándole fijamente, dijo:

—¡Cuán loca soy en quebrarme la cabeza! En efecto; es doble el objeto de vuestra venida: ¡creísteis encontraros con mi hermana, que os conoce casi tanto como yo! De antemano tengo por medio de ella la solución del enigma: ¡vos sois jugador!

Rodach guardó silencio.

Sara añadió con alegría:

—¡Magnífico!... ¡He aquí otro lazo simpático que nos liga! Mas ¿por qué me habéis disimulado vuestra inclinación?

—Señora—respondió Rodach,—¡me habéis ocultado vos tantas cosas!

Las cejas de Sara se frunció de pronto.

—Decididamente, caballero, queréis hacerme la guerra—murmuró.—Después de una larga ausencia, sólo se os ocurren palabras duras que dirigirme. ¡Venís á enlutar mi corazón, cuando á tan poca costa podríais hacerme la más afortunada de las mujeres!

Pronunciando estas palabras, se hizo dulce por grados la voz de la *favorita*: el final estaba impregnado de una tierna súplica. Su mirada se deslizó penetrante y sutil por entre sus párpados á medio cerrar.

El barón no parecía hallarse conmovido.

Sara hizo un gesto colérico.

Después exclamó:

—Por otra parte, si no me amáis ya, ¿por qué me perseguís tan encarnizadamente? Desde ayer os encuentro por todas partes; y será necesario recordaros, caballero, que sólo el amor puede servir de excusa al hombre que procura penetrar secretos de cierta clase.

Tampoco contestó Rodach.

Brilló en los ojos de Sara un luminoso rayo de rencor. Después replicó:

—¡Caballero, tened en cuenta que hasta hoy se han arrepentido todos aquéllos que han osado molestarme!

—Bien lo sé—murmuró el barón mirándola con fijeza;—pero han sufrido más los que os han amado.

Sara se estremeció: abrióse su boca temblando; pero nada dijo.

Continuaban sus ojos clavados en el suelo.

El barón permaneció mirándola todavía durante algunos momentos con aire frío y desdeñoso.

Después hizo un esfuerzo sobre sí mismo, como si repugnara violentamente á su orgullo el papel que estaba representando.

Tomó la mano de Sara, y la llevó á sus labios.

—¡Oh; sí!—prosiguió, comunicando á su acento una repentina modulación de dulzura: —los que os aman padecen, señora; conozco un hombre que pagaría muy caro el no haberos visto nunca.

Rodach conocía á más de uno que se hablaba en este caso. Á su pesar, se teñían de amargura sus palabras: pensaba en la conversación que tuvo con José Mira.

¡Habíale dicho tantas cosas el doctor!

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó la judía, sin osar levantar los ojos.

—Bien lo sabéis, señora—replicó el barón: —bien sabéis que he venido de Alemania sólo por encontraros.

La favorita tuvo necesidad de echar mano de toda su sangre fría para no dejar manifestarse un sentimiento de gozo. Saltaba su corazón: ¡su amargura se cambiaba en victoria! ¡Tenía un esclavo!

La *Chiquitina* no dudaba ya: ¡estaba tan acostumbrada á que la adorasen!

—Escuchadme, Sara—repuso el barón de Rodach con lentitud.—¡Va acercándose el día en que sabréis todo lo que hay en el fondo de mi alma: entonces conoceréis lo que me ha inducido á penetrar vuestro secreto.

—¿Y por qué no me lo decís esta noche?—preguntó mad. de Laurens.

—Porque esta noche quiero hablaros de mí; de vos y de mí solamente. Todos vuestros secretos son míos, señora, á excepción de uno, que única y exclusivamente me concierne, y que es el que quiero saber.

—¡Mis secretos!—repitió Sara volviendo á sentarse, dominada por el temor.

Sus ojos interrogaron entonces á hurtadillas las facciones del barón, que nada expresaban.

Contemplóle Sara por un instante, haciendo, por decirlo así, una comparación rápida entre sus propias fuerzas y el poder de aquel hombre, que osaba decirle que conocía todos sus secretos.

¿Mentía Rodach?

medida que Sara reflexionaba, iba haciéndose más firme su mirada, y los pliegues de su frente desaparecían.

¡Todos sus secretos!; ¡qué locura! Además, la judía se hallaba en la inteligencia de que el barón la amaba aún. ¿Estaba ó no segura de su imperio? La vida de la favorita se había invertido toda ella en seducir, en fascinar y en vencer.

¿Conocía acaso débiles y fuertes? ¿No se

habían encorvado bajo su yugo las almas más orgullosas?

Ahora bien; Sara esperaba, dispuesta á vencer, y segura de la victoria.

M. de Rodach repuso después de algunos momentos de silencio:

—Sara, todo lo puede reparar una franca confesión: el alma se extravía alguna vez, y todo el que ama perdona. Decidme, pues: ¿qué ibais á hacer esta noche en casa de aquel joven que habita en la calle Dauphine?

La judía estaba decidida á no sorprenderse de nada, y, por lo mismo, no se sorprendió.

—¡Cómo!—dijo balbuciente;—¿sabéis también...?

—Lo que ignoro, y lo que quiero que me expliquéis—repuso el barón,—es el motivo de esa visita: el amor...

Sara respiró con fuerza.

—¿Estáis celoso?—dijo con viveza.

—¿Y no tengo motivos?—preguntó el barón.

Á fe que si el papel que hacía Rodach le era pesado, no le costaba gran trabajo su representación. Sara coadyuvaba maravillosamente á su buen éxito; pues aquella criatura tan hábil, animada por la costumbre de triunfar, cerraba los ojos, y se entregaba ciegamente.

Reflexionó un momento.

Habíasele olvidado una circunstancia que de repente acudió á su memoria.

Dando entonces palmadas de gozo, exclamó:

—¡Oh; que no haya pensado antes!... Me habéis asustado, Albert, como si fuera una chiquilla. Vuestra frialdad y vuestra seriedad grave de tutor castellano, confieso que me habían sacado de mi centro. Pero ahora recuerdo vuestra aparición en la puerta del gabinete del café inglés. Sin duda, desde entonces habéis perdido vuestro aire alegre para tomar ese aspecto fúnebre. ¿Lo he adivinado?

Hizo Rodach un gesto equívoco. Su apariencia era exactamente como la de un hombre que quiere mostrar que se halla al corriente de todo, pero que no sabe nada.

La *favorita* interpretó su confusión por despecho, figurándose que Rodach sentía que hubiese alcanzado á penetrar su misterio. Acariciábala demasiado aquella idea, que creía tan oportuna, para que se decidiese á abandonarla, ni perderla un instante de vista.

Mad. de Laurens replicó:

—He aquí el motivo de vuestra llegada teatral al palacio de mi padre. ¡Estáis celoso, mi pobre Albert! ¡Celoso como un vejete ó como un colegial! ¡Parece mentira! ¡Os aseguro que no lo hubiera creído nunca! ¡Un hombre tan hermoso como vos, don Juan, acabar por donde comienzan los reclutas! ¡Oh! ¿Y habéis estado como alma en pena desde vuestra salida de palacio? Me habréis esperado en algún escondite de la calle, me habréis seguido á mi casa, á la de mad. Batailleur, y á la de Franz.

—¡Ah!—interrumpió el barón aparentando ignorancia.—¡Se llama Franz!

—¡Me habéis seguido hasta aquí! Yo ignoro los medios que empleasteis para saber los nombres del banquero y de la baronesa; pero creo que para conseguirlo no se necesita ser hechicero.

Dejóla hablar el barón sin interrumpirla, pues no tenía, al parecer, deseos de despertar de nuevo su inquietud.

Después, con duda fingida, preguntó:

—Pero ¿amáis á ese Franz?

—¡Quién sabe!—respondió Sara con algo de misterio.

Contrajéronse las negras cejas del barón de Rodach.

La *Chiquitina*, comunicando á su sonrisa provocadoras gracias, prosiguió:

—Y si le amase, ¿qué diríais, Albert?

Bajó Rodach los ojos, y respondió con tono sombrío:

—¡Le mataría!

Contemplóle la *favorita* á hurtadillas por espacio de uno ó dos segundos: su faz estaba radiante de placer.

Tomóle después la mano, y le condujo dulcemente hasta el fondo del confesonario.

Sentóse en seguida muy cerca de él, puso sus manos entre las del barón, y apoyó la cabeza en el hombro de éste.

Sus hermosos cabellos negros y sedosos ondulaban sobre el pecho de Rodach; brillaban sus ojos de una manera extraña á la dé-

bil luz que penetraba en el reducido aposento. Sara estaba hermosa como una pasión tentadora que embriaga, y con voz baja y penetrante murmuró:

—¡Si hubiese un hombre que hiciera lo que acabáis de decir, sería mi dueño por toda la vida!





CAPÍTULO XVI

SALDO DE CUENTAS

Hubo un silencio bastante prolongado en el confesonario misterioso después de las últimas frases de mad. de Laurens. La favorita había pronunciado aquellas palabras que imploraban un asesinato, con el acento más melifluo, con la sonrisa más encantadora, y con los más fascinadores ojos.

Empero á través de aquella voz suave, detrás de aquella sonrisa y en pos de aquella mirada de delicias, aparecía clara y distintamente una voluntad tan inexorable, que Rodach no pudo menos de estremecerse.

El barón no conocía á mad. de Laurens tan íntimamente como ella pudiera creerlo; pero la había comprendido á la primera ojeada, adivinando la varonil energía que se ocultaba bajo sus encantadoras gracias.

Aquella mujer le espantaba más aun que Reinhold y Mira; aquella mujer era el enemigo más temible de todos los que apetecían la sangre de Franz.

Sara no se engañó del todo al pensar que Rodach la había seguido; pero tomaba las cosas desde muy lejos, y remontaba el origen de la aventura hasta el desayuno en el café Inglés.

El barón hacía solamente una hora que iba tras ella; y esto, por haberla encontrado en la calle Dauphine, á la puerta de la habitación de Franz.

En efecto, siguiendo los pasos de la judía, era como había llegado á la casa de juego.

Probablemente, hubiera encontrado aquel camino en semejante circunstancia, pues había adquirido muchas noticias durante su conversación confidencial con el doctor José Mira, en la cual se habían pronunciado los nombres de M. de Navarin y de la baronesa de Saint-Roch.

Cuando, á cosa de las cinco y media, hubo salido del palacio de Geldberg, M. de Rodach ocupó una hora en compañía del mercader de ropas Hans Dorn. Ambos habían ido juntos á la casa de Franz. Durante la ausencia de éste, alquilaron para su nueva vivienda un departamento del piso principal, con gran admiración de la portera.

Ellos, al parecer, no querían encontrarse con el joven, pues la expedición se hizo con la mayor premura, y sin que Hans Dorn tuviese tiempo apenas para examinar detalladamente el aposento.

Cuando concluyeron, partió el carruaje al galope.

Durante el camino, el barón y Hans Dorn conversaron en alemán de cosas que habían pasado en otro tiempo: estos recuerdos hicieron asomar las lágrimas á los ojos del buen antiguo paje de Bluthaupt.

—¡El niño será dichoso!—decía con la más profunda emoción.—Dios lo quiere así, puesto que le ha conservado vuestro amor. Aseguran que los judíos han hecho una revolución en el castillo, tornando hacia la pared los retratos de los nobles y antiguos condes; mas, por el sacro nombre de la Virgen, nosotros volveremos sus rostros á la luz, para que puedan ver al hijo de su sangre sentado en el trono señorial.

Hablaba Hans de este modo, y su leal corazón latía con fuerza á la idea de la patria reconquistada. Rodach le escuchaba algo distraído.

Separáronse en el momento en que el barón entraba en su casa por vez primera desde su llegada á París. Antes de despedirse, dijo Rodach al mercader:

—Sobre todo, mi querido amigo, velad mucho la cajita que os he confiado; quizás contiene el porvenir del niño.

Además de aquel cuidado, tenía Hans otros que debían ocuparle toda la noche: el antiguo paje estaba gozoso, porque iba á trabajar para el hijo de sus amos.

Tres noches hacía que Rodach no pegaba los ojos, y hallábase rendido de fatiga: sólo era dueño de dos horas para descansar.

Pasadas aquellas dos horas, el despertador colocado cerca de la cama le lanzó lleno de sobresalto fuera del lecho, donde dormía completamente vestido.

Salió de nuevo. Condújole su carruaje á la calle de Pedro-Lescott, una de esas calles estrechas y asquerosas que abren de par en par las puertas de sus casuchas para recibir á los desterrados vergonzantes del Palacio Real.

Introdujose Rodach con su carruaje en el fango que separa dos largas hileras de tabernas envenenadas y de madrigueras obscenas. Iba á casa de Verdier, el valiente campeón de los Geldberg.

Verdier estaba solo en su quinto piso. Si esperaba alguna visita, no era ciertamente la del barón de Rodach.

En sus gastos y en sus ingresos, Verdier marchaba al día, como todos sus semejantes: siendo bebedor y jugador, su estado normal era el de no tener jamás ni dinero ni bolsillo. La herida que le tenía enclavado en su miserable lecho, le había sorprendido en una de aquellas horas de miseria absoluta, tan comunes en el curso de su vida.

La víspera había gastado alegremente su último escudo: para comer al día siguiente, había contado con el precio de su sangre.

Su herida no era de gravedad; pero le causaba atroces padecimientos la falta del cuidado conveniente.

Sobre una silla de paja muy deteriorada

que se hallaba al lado de su lecho, se veía una taza: aquella taza había contenido algún brebaje; pero su última gota se secaba completamente á la sazón.

Estaba devorado por la calentura, y veía llena de fantasmas la obscuridad que reinaba en la desmantelada estancia.

Llamaba con voz apagada á sus amigos por sus propios nombres.

Nadie le respondía.

Temblaba: creía hallarse al borde de la tumba.

Cuando el barón atravesó la puerta, que nadie guardaba, no supo de pronto hacia qué lado dirigirse en medio de tan tenebroso caos.

La debilidad del enfermo sofocaba sus quejas en aquel instante: sólo se percibía su fatigada y oprimida respiración.

—¡Verdier!—murmuró el barón.

—¿Quién me llama?—respondió una voz ronca.—¿Sois vos, M. de Reinhold?

Rodach se dirigió á tientas hacia el lecho.

—¡Oh; cuánto padezco, y cuán débil estoy!—repuso Verdier.—¡Maldito si es prudente dejarme morir aquí como si fuera un perro! ¡Yo os aseguro que os habría dejado un recuerdo mío antes de morir si no hubieseis venido á verme! ¡Dadme de beber; estoy sofocado!

—¿Dónde hay luz?—preguntó Rodach.

—Ahí encontraréis un cabo de vela sobre mi maleta, detrás de la puerta. Los fósforos

están sobre esta silla que se halla á mi lado; no dejéis caer mi pipa. ¡Oh; qué bien habéis hecho en venir!

Rodach frotó un fósforo contra el suelo.

Iluminada de repente la habitación, aparecieron sus desnudas y empolvadas paredes.

Verdier había intentado sentarse en su lecho.

Á la vista de Rodach mostró, dilatadas hasta el extremo, sus espantadas pupilas.

—¡Estoy delirando!—murmuró dejándose caer desplomado.—¡En otro caso, éste es el Diablo!

El barón, entretanto, investigaba por todas partes, buscando algún líquido con que satisfacer la sed devoradora del enfermo. En seguida se acercó al lecho, llevando llena la taza.

—¡Bebed!—dijo.

Volvióse Verdier, más pálido por el espanto que por el sufrimiento.

Bebió, y devolvió la taza á Rodach, sin atreverse á alzar los ojos hasta él.

—Gracias, caballero Goetz—murmuró;—confío en que, después de haberme causado tanto mal, no vendréis ahora á rematarme.

El barón dijo, en vez de responder:

—¿No ha venido el caballero M. de Reinhold?

—¡Tuno miserable!—prorrumpió Verdier, hallando algún vigor en su cólera;—¡miserable usurero! ¡Si supieseis, caballero Goetz!...

—Todo lo sé—interrumpió el barón.

—¡Cómo!...; ¿le conocéis?

—Vengo de su casa.

—¿Sabéis si ha recibido una carta que le he escrito?

—Sí.

—¿Venís tal vez de su parte?

—No.

Verdier parecía que esperaba las explicaciones de Rodach. Abandonóle el vigor con el esfuerzo que acababa de hacer; la reacción le acometía después del descanso de la fiebre: sintióse caer, más debilitado que nunca.

—Yo estaba con M. de Reinhold cuando recibí vuestra carta—repuso Rodach.

—¿Y qué dijo?

—No dijo mucho: que erais un bribón, y que no sabíais ganar un pedazo de pan.

—¿Nada más?

—Poco más ó menos, á eso está reducido todo. Arrojó al fuego vuestra carta, y añadió que ni un solo céntimo os daría.

Verdier apretó los puños bajo la mísera manta de su lecho.

—¡Oh!...—dijo rechinando los dientes;—¡si yo le tuviera aquí!...

—Si no podéis tenerle aquí—replicó el barón,—podéis perderle, si queréis.

Incorporóse Verdier sobre su lecho, y brillaron por un momento sus apagadas pupilas.

—Escuchadme — repuso Rodach con su calma habitual:—bien sabéis que os conozco

de pies á cabeza, y que en mis manos tengo algunas de vuestras firmas, que, si llegasen á ser presentadas, os conducirían á presidio, sin apelar á más esfuerzos. Os tengo, pues, en mi poder: por tanto, evitemos cumplimientos; os lo aconsejo. Aceptad sin regateos mis ofertas.

—No las conozco—dijo balbuciente Verdier, cuyo abatido rostro tomó cierta expresión de inquietud.

Rodach sacó una cartera de su bolsillo.

—¿Cuánto os había prometido el caballero de Reinhold por la expedición de esta mañana?—preguntó.

—Dos mil francos—respondió Verdier.

Rompió el barón una hoja de la cartera, y trazó vivamente algunas palabras con lápiz.

—Voy á daros algo á cuenta de su parte, si no tenéis inconveniente en firmarme este recibo.

Rodach dió á Verdier el papel que acababa de escribir.

El enfermo leyó:

«Recibí del caballero M. de Reinhold la suma de quinientos francos, á cuenta del precio convenido entre ambos por matar á M. Franz.

»París, 6 de Febrero de 1844.»

—¡No; yo no puedo firmar ese papel!—exclamó Verdier.

—¡Pobre mozo!—replicó el barón encogiéndose de hombros. ¿Tendría yo necesidad

alguna de todo esto si se tratase de vos?
¡Firmad, firmad!

—Pero...

El barón de Rodach sacó una bolsa, y contó veinticinco monedas de oro sobre la desven-
cijada silla.

Verdier, que se hallaba en un estado de debilidad física y moral casi completo, lanzó una mirada sobre aquel dinero con ojos de codicia.

—Os juro por mi honor—añadió el barón—que jamás haré contra vos uso de este escrito.

—Es que...—dijo Verdier vacilante.

—Concluyamos; ¡firmad!—prorrumpió Rodach. Sólo M. de Reinhold, que os ha tratado tan mal, será castigado.

—¡Oh! ¡Es un pícaro; un usurero!—murmuró Verdier.

—Tomad los veinticinco luises.

—¡Bien sabe Dios que tengo gran necesidad de ellos!

—¿Pues qué hacéis que no firmáis para recibirlos? Si dudáis todavía, me llevaré ese dinero, os dejaré pobre, no podréis vengaros, y, además, haré que os metan en la cárcel como falsario.

Apoyándose en esta última amenaza, el barón de Rodach sacó de su cartera cuatro ó cinco documentos falsificados contra la caja de Laffite, y en cuyo reverso figuraba esta firma:

«J. B. VERDIER».

El enfermo quiso reflexionar todavía; pero se desvaneció su debilitada cabeza, hizo un gesto de fatiga, y firmó aquel extraño recibo.

Inmediatamente se dejó caer en la cama cuan largo era.

Rodach puso el recibo en su cartera, la cartera, en su bolsillo, y bajó los cinco pisos de la casa Verdier.

Inmediatamente se hizo conducir á la casa de un médico, á quien mandó al lado del herido.

El recibo, guardado cuidadosamente, debía aumentar el contenido de la cajita confiada á la lealtad de Hans Dorn.

Rodach se había dirigido á la habitación de Franz desde la calle de Pedro Lescott.

En vez de encontrar en ella, como creía, á Hans Dorn, había reconocido á Sara á través de los cristales de una ventana.

La vista de mad. de Laurens hizo surgir en él otro orden de ideas: ¿podía ser aquello un nuevo peligro que arrostrar, ó un arma que recoger?

Era necesario esperar.

El cochero de Rodach recibió orden para seguir el cupé de la judía.

.....
Habían pasado tres ó cuatro segundos de silencio en el confesonario. Las últimas palabras de Sara resonaban todavía en los oídos del barón; aquellas palabras le habían herido como una amenaza terrible.

Tenía inclinada la cabeza: meditaba.

Sara continuaba apoyándose en él. La débil luz que penetraba en el confesonario á través de las cortinas, borraba del rostro de la favorita las imperceptibles huellas que la edad había podido grabar en él: hubiérasela creído una joven en toda la flor de su primera belleza.

Abandonábase con languidez y confianza; era indecible la gracia que tenía su apostura; hablaba tiernamente su mirada; encantaba su sonrisa.

Pasaba sus blancos y afilados dedos por entre los rubios bucles de la cabellera de Rodach, como antes dejamos dicho.

Necesario era oír para creer.

Viendo aquella frente de ángel donde tanta dulzura sonreía, casi se podía dudar después de haber oído.

Aquella mujer que acababa de hablar de un asesinato con la alegría en los labios, parecía una santa.

—¡Qué hermoso sois, Albert mío!...—añadió después de algunos segundos, y comunicando á su voz una expresión más cariñosa. —¡Cuán loca estoy al querer poner á precio el sentimiento que me arrastra hacia vos!... De cualquier modo que obréis, ¿podré dejar de amaros?

Rodach, que tenía inclinados los ojos hacia el suelo, tardó en responder.

Sara añadió:

—Sin embargo, ¡cuánta confianza tendría yo en vuestro brazo, Albert! ¡Sois tan valien-

te!... En Baden redujisteis al silencio á los espadachines más célebres.

Interrumpióse para tomar la mano del barón y estrecharla entre las suyas.

Luego prosiguió, lanzando un suspiro tentador:

—¡Cuánto os amaré después de esto!

—¿Tanto le aborrecéis...?—murmuró Rodach.

Incorporóse la judía, y apoyó sus blanquísimos hombros sobre el respaldo de su sillón.

Cambió su voz y su fisonomía.

—¡Oh!...—dijo con presteza y desenfado.—

En eso os equivocáis: yo no aborrezco á nadie.

Después añadió en tono más bajo:

—Hay gentes que me estorban...

—¿Y es de ese número el joven de que se trata?

—Sí, barón.

—¿Le habéis amado?

—¡Celoso! —dijo la favorita con coquetería.— Hablando seriamente, no sé qué responderos, Albert: yo no he amado á nadie como os amo; pero...

—Pero ¿qué?—repitió Rodach.

La favorita exclamó con ímpetu:

—¡Pues bien; si vos amaseis tanto á una mujer, Albert mío, esa mujer me causaría horror! ¡Ya veis cuán franca soy!... ¡No puedo ocultaros nada!

Aquella era una causa defendida con todas las formas, y con toda la tortuosa elocuencia

de un abogado viejo. Abordada la cuestión de frente, se volvía á tratar por los costados.

Rodach medía con temor involuntario la fría perversidad de aquella mujer, que como cosa de juego le ponía un puñal en la mano, y que, por decirlo así, procuraba embriagarle como á esos malvados vulgares á quienes se harta de vino en la hora del asesinato.

Gran trabajo costaba á Rodach continuar en su papel; la indignación hacía hervir su sangre: le era necesaria toda su voluntad para permanecer aparentemente tranquilo.

—¡Sois francesa, señora!—respondió con cierta amargura de que no podía sorprenderse la favorita.—Ante todo, necesito saber una cosa.

—Hablad.

—¿Qué ibais á hacer esta noche en la casa de ese joven?

Bajó los ojos mad. de Laurens, y se esforzó por ruborizarse.

—Mucho sentís—murmuró—que tenga algo que reservarme. ¡Ese joven podría hablar y perderme! ¡Oh!... ¡Si supieseis, Albert mío, cuántas y cuán diversas son las nuevas ideas que en mí hacéis germinar! Antes de vuestra venida, no pensaba apenas en estas cosas; pero desde ayer, he reflexionado mucho. Para que yo sea feliz, necesito ser enteramente vuestra. ¡Ese joven me causa miedo!

Al decir estas palabras, se abrió con un ruido inusitado la puerta de la sala de juego.

Dos nuevos personajes penetraron allí.

No eran prudentes ni reservados los ademanes del uno ni del otro, que no se asemejaban en esto á la mayor parte de los parroquianos. Atravesaron el salón agarrados del brazo, y dieron vuelta á la mesa, procurando acercarse á la señora baronesa de Saint-Roch.

La judía estrechó con fuerza el brazo de Rodach, y suspiró: su mirada estaba fija en los recién llegados.

Tomaron los ojos de Rodach la misma dirección.

—¿Es alguno de éstos?—preguntó.

—Sí—respondió Sara con pena.

—¿Cuál?

—El más joven.

—¡Es un niño!

Tembló Sara ante los escrúpulos de Rodach, y replicó:

—¡Un niño! ¡Un niño que vale por un hombre! ¡Un niño que esta mañana ha muerto en desafío á uno de los mejores espadachines de París!

—¡Malo!—murmuró Rodach, que no pudo menos de sonreirse pensando en el pobre Verdier.—¡Ya veremos, ya veremos! Pero, ahora que recuerdo, ese famoso duelista, cuyo destino desgraciado deploro, ¿no era el campeón de vuestros amigos?

La judía vaciló un instante.

Al fin respondió en voz baja:

—Os equivocáis; pero, si queréis que sea completamente franca con vos, Albert, os

confesaré que ese duelo me había hecho concebir ideas... Yo contaba...

—¿Con qué contabais?

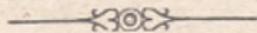
—Todo era por vos, Albert: mi pensamiento se encaminaba á ser toda vuestra sin participación de nadie. Mi padre va á dar una gran fiesta en Alemania, en su castillo de Geldberg. Yo contaba...

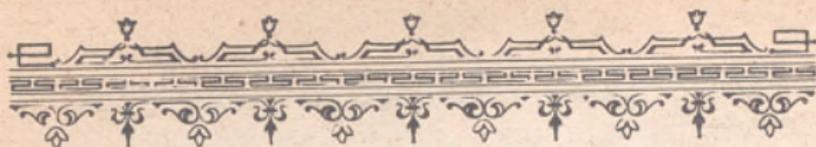
Tembló Rodach, porque comprendió las reticencias de Sara.

—¿Contabais con otro campeón además de mi persona?—preguntó procurando conservar su aire indiferente.

—¡Soy rica! — dijo Sara con frialdad.— Ahora voy á decíroslo todo. Si fuí esta noche á la casa de ese joven, fué con el objeto de invitarle á la fiesta de Geldberg.

Sara no echó de ver la palidez que cubría el rostro del barón de Rodach.





CAPÍTULO XVII

JUGADA DE SACANETE

Era indudable que el barón conocía el castillo de Geldberg.

Estremecióse al pensar en el peligro que ninguna prudencia humana hubiera podido evitar ni prever.

Hizo sobre sí mismo un poderoso esfuerzo, y tomando la mano de Sara, la llevó á sus labios.

—¡Os doy gracias, señora!—murmuró:—¡os doy gracias mil veces! Ya me tenéis libre del peso con que me agobiaba esa duda. ¡Era muy desgraciado! Pero ¿estáis segura de que aceptará el convite?

Sonrióse con orgullo mad. de Laurens.

—Me ama como un niño y como un loco—replicó.

—Ahora bien, señora—dijo el barón;—si os decidís á ser mía siempre, yo participaré también de esa fiesta en el castillo de Geldberg.

Sara presentó á Rodach su frente, llena de alegría.

Rodach estampó en ella un beso.

Concluído este pacto, quedó reemplazado Verdier.

Entretanto, Franz daba puñadas y codazos á derecha é izquierda, y obraba como hombre que se considera de la casa. Saludó familiarmente al antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos, y presentó á su compañero, que era el joven vizconde Julián de Audemer, á la señora baronesa de Saint-Roch.

—Yo creo—dijo Mirelune á Ficelle—que conozco estas dos caras.

—El más alto es el pretendiente de la condesa Lampion—contestó el escritor de *vau-devilles*;—el otro...

—¡Pardiez!—exclamó Mirelune;—el otro es aquel muchacho á quien hemos visto anoche recibir una lección de esgrima en la sala de armas de Grisier. ¡Caracoles! ¡Parece que no se ha dejado matar esta mañana!

—Como es lunes de Carnaval, se habrá desayunado...

—¡Como un hombre, á fe mía! Ya veo que no hay niños.

Franz preguntó en aquel momento á madame de Saint-Roch.

—¿No está aquí Luisa?

Sabemos ya que Luisa era el nombre de guerra de mad. de Laurens.

—No, chiquito—dijo la mujer del cabello

rojo, que tuvo tentaciones de reír pensando en el señorón que había introducido en el confesonario de la princesa.

—¿No hay nadie ahí dentro?

—¡Nadie, prenda mía!

Hizo Franz una pirueta.

—¿Te gusta el treinta y cuarenta, Julián?

—¡Pst!

—¡Yo le encuentro soberanamente narcótico y soporífero! Echemos una partida al sacanete.

—¡Vaya por el sacanete!—murmuró el alférez de marina.

Franz tenía aquella noche un aire más osado que nunca; pero le sentaba muy bien su triunfadora apariencia. Su rostro vivo y graciosísimo respiraba alegría; todo su ser se hallaba animado por el gozo satisfecho.

No podía comunicar á Julián su secreto; tenía que ocultar cuidadosamente los sucesos que le habían ocurrido aquella noche, á pesar de que hubiera experimentado mucho placer en referirlos: en cambio, necesitaba movimiento, charla, vida.

Cuando uno es casi niño, puede traducirse nuestro estado moral por un torrente de provocaciones y de locuras ruidosas.

Apoyóse Franz en el brazo de Julián de Audemer, y se dirigió á la sala inmediata bamboleándose como un estudiante que se finge el tuno. Imposible era mirarle sin sonreírse; pero la sonrisa no podía ser de compasión, ni de burla, ni de desprecio.

¡Era un niño tan encantador! Sus grandes ojos azules, dulces y traviosos á la vez, ¡tenían miradas tan francas, tan graciosas! ¡Respiraba tanta juventud y tanta belleza su persona!

Atraía y agradaba su aspecto: era contagioso su buen humor. Las mujeres le acariciaban con sus miradas; los hombres no le tenían envidia, porque le consideraban muy niño; los viejos se rejuvenecían viéndole, y, en su fatuidad, se figuran que ellos se le parecían en todo á la edad de dieciocho años.

—¡Caballeros!—prorrumpió al penetrar en el salón de sacanete;—os advierto con franqueza que hoy estoy de suerte; esta noche he ganado ya lo suficiente para ser feliz durante mi vida.

—¡Me alegro!—dijo el empleado que representaba oficialmente en aquel sitio á la baronesa de Saint-Roch.—Sentaos allí; yo os protesto que perderéis, á pesar de las ínfulas con que venís á jugar.

Sentóse Franz, é hizo sitio para que también se sentara Julián de Audemer.

Conocíanle cuantos jugadores había en derredor de la mesa, y todos le dieron cordialmente las buenas noches.

Hubo una excepción.

Dejó de saludarle un joven vestido de negro que estaba sentado frente á él.

Aquel joven tenía un rostro muy raro, y revelaba su poco conocimiento de mundo.

Hallábase incómodo con un traje que no parecía haber sido hecho precisamente para

su cuerpo; colocado en el extremo de la silla, mudo é inmóvil, parecía un santo de palo; resbalaban por sus anchas sienes gotas de sudor; su rostro estaba pálido y descompuesto.

Enfrente de él, sobre el tapete, había un montón de oro bastante considerable: tal vez una suma de mil francos.

Ganaba con una suerte tan constante, que no le había abandonado.

Ya hacía cerca de media hora que estaba allí. Nadie le conocía. Habíanle visto entrar con timidez, acompañado de un mozo de su edad, de rostro equívoco, y de gusto muy vulgar.

Este mozo se hallaba detrás del primero.

El joven, al llegar, se había sentado en el sitio que encontró vacante, y sacando de su bolsillo seis monedas de oro, las extendió sobre el tapete.

En primer lugar, jugó con arreglo á los consejos de su camarada; después lo hizo según sus propias inspiraciones.

Ni un solo golpe había perdido.

Fuese por timidez ó por avaricia, desde su entrada estaba su mirada fija con obstinación sobre su corto tesoro, que iba creciendo sin cesar. No se habían alzado sus párpados: nadie hubiera podido decir el color de sus ojos.

Ni la ruidosa entrada del mismo Franz había sido bastante para distraerle.

La linda Gertrudis, penetrando de impro-

viso en casa de la señora baronesa de Saint-Roch, no hubiera podido quizás reconocer al pobre organillero Juan Regnault en aquel taciturno jugador.

Estaba muy cambiado: la emoción, más todavía que la diferencia de traje, hacía que no se asemejase á sí mismo.

Teniale absorto el juego; su fisonomía denotaba la extremada atención de su espíritu, lleno de debilidad. Sufría; no vivía: jugaba.

Ante tan desconocida pasión, se había desvanecido ya el pensamiento que le condujo á aquella casa. El oro que tenía enfrente de sí, no le presentaba ya el encanto de la salvación de su abuela: sólo veía el oro, nada más que el oro; habíale hablado el Demonio; había hecho su efecto la atmósfera del garitó. Juan estaba devorado por la fiebre, y jugaba por jugar.

Hipólito, que se hallaba detrás de él, contenía trabajosamente su gozo; pero hacía todo lo posible por parecer indiferente.

Miraba de reojo el tesoro en camino de progresión, y no tenía trazas de decir á Juan que dejase de jugar.

Juan había ganado ya lo suficiente para salvar á la pobre anciana Regnault, y aun para comer en grande en casa de Deffieux, más arriba del mercado. Hipólito contaba con el axioma que promete una ganancia segura al hombre que juega por primera vez, y esperaba parte de aquella fabulosa ganancia.

Sentábase Hipólito; pasaba sus rojos dedos por entre los crespos cabellos, y sentía la ausencia de su caña con puño dorado por el sistema Raoiz, que los reglamentos de la casa le habían obligado á depositar en el guardarropa.

Miraba á las damas de dudosa virtud que figuraban sentadas alrededor de la mesa, y les hacía el amor; pero tenía la desgracia de que les pareciese detestable su galantería.

De cuando en cuando atravesaba de puntillas la pieza de sacanete, y entreabría la puerta del treinta y cuarenta para deslizar por ella una temerosa mirada.

La Batailleur, su señora feudal, estaba allí. La Batailleur le había prohibido terminantemente poner los pies en la casa de juego.

Hipólito, en atención á su debilidad de espíritu y á su posición, no podía infringir las órdenes sagradas de su reina.

Hallábase de contrabando en aquel sitio. Mad. Batailleur, en una noche de amor, á imitación de Júpiter, que seducía á las hijas de los mortales mostrándoles su gloria, había querido sorprender á Hipólito. Por eso le hizo subir á su coche, en el cual le condujo á la calle Prouvaires, donde reinaba bajo el ilustre nombre de Saint-Roch.

Pero después de causado el efecto, había manifestado al favorito su voluntad de que no traspasara en adelante los límites del Temple.

Sin embargo, Hipólito el aventurero había

aprendido el camino, y sabía el modo de franquearse las puertas de aquel santuario.

La decidida suerte de Juan Regnault no cambiaba en nada, á pesar de la llegada de Franz. Éste no se había equivocado al entrar: estaba también de suerte aquella noche, y bien pronto su montón de monedas de oro llegó á ser tan grande como el de Juan.

Perdían casi todos los que se hallaban alrededor de la mesa, menos Franz y el organillero.

Pero si era igual la fortuna de ambos, no lo eran sus fisonomías, que contrastaban de un modo extraordinario.

Franz tenía una alegría loca: charlaba, reía y bromeaba; los mismos que perdían no podían menos de soltar la carcajada al escuchar sus gracias.

Por el contrario, Juan Regnault no despegaba los labios. Desde la entrada de aquél, sólo se había movido una vez para coger un Luis de oro que se cayó al suelo.

Hipólito se le había anticipado, guardándolo en su bolsillo.

Juan respiraba con dificultad; tenía fruncidas las cejas; sus cabellos, atormentados por su mano, se erizaban alrededor de su frente; á medida que crecía su tesoro, era más ardiente la fiebre que calcinaba su cerebro. Puede decirse más: no era ya suyo aquel cerebro.

Habíanse juntado con sus monedas de oro dos billetes: tendría enfrente de sí unos cuatro mil francos.

Hipólito se inclinó por detrás hasta tocar con los labios uno de sus oídos.

—Has trabajado maravillosamente, querido amigo—murmuró;—pero ya es necesario que nos marchemos. Están dando las doce, y ha pasado ya el primer día de juego.

—¿Y qué?

—Que puede suceder que se cambie la suerte.

Juan Regnault se encogió de hombros con impaciencia.

—Perdona—concluyó Hipólito:—ya veo que haces tu voluntad; y puesto que no tienes necesidad de mí, desfilo.

Abandonó su puesto, y fué á echar una ojeada á la sala del treinta y cuarenta. Cada vez que su mirada se fijaba en mad. Batailleur, tan fresca, rolliza y colorada, se sentía feliz y orgulloso del rango que ocupaba en el mundo.

Franz jugaba con felicidad extraordinaria; sus puestas, bastante fuertes desde el principio, y dobladas de partida en partida, llegaron á formar delante de él una cantidad muy respetable.

Para hacerle frente, tenían necesidad los jugadores de echar un escote en rededor de la mesa: en aquel escote podía tomar parte todo el mundo; los últimos puntos eran admitidos á perder su plata lo mismo que los primeros.

Á pesar de una suerte tan decidida, no se nublabá todavía la fortuna de Juan. No ga-

naba ya; pero perdía muy poco, puesto que arriesgaba tan sólo algunos luises.

—¡Van mil francos!—dijo Franz.

Estaban algo desanimados los que perdían, y costó trabajo completar la suma.

Franz ganó.

—¡Juego dos mil francos!—dijo alegremente el joven, tomando nuevas cartas de la baraja.

Después de algunas dudas, se hallaron los dos mil francos.

Franz ganó también.

—¡Cuatro mil francos!—exclamó.

—Yo tengo ciento—dijo uno que estaba á su lado.

—¡Yo, otros ciento!—exclamó otro jugador.

—¡Yo, cincuenta!

Otros varios añadieron á estas cantidades puestas de menor cuantía.

Cuando acabó de hablar el último punto, faltaba todavía cerca de la cuarta parte de la suma.

Hacía ya dos ó tres minutos que no ganaba Juan Regnault. Iba concentrándose la cólera en su interior; pateaba bajo la mesa, y sus crispados dedos buscaban alguna cosa que arañar.

La dificultad de hacer aquella jugada según la proposición de Franz, prolongó entonces el intervalo de una á otra partida.

Juan ardía de impaciencia.

—¡Esto no acaba de arreglarse!—prorrumpió Franz.—¿Doscientos luises os ponen en derrota?... ¡Da lástima!

La mirada de Juan, que aún no había osado pasar de la mitad de la mesa, se adelantó un poco, y fué á fijarse sobre el montón de oro que estaba enfrente de Franz.

Detúvose allí.

Sonidos confusos resonaron en los oídos del pobre organillero; en medio de su horrible padecer, volvió la cabeza como para buscar á Hipólito.

Hipólito estaba en el otro extremo de la sala.

La mirada de Juan se volvió, como si fuera conducida por un resorte, hacia el montón de luses que tenía delante; un resuello ruidoso salió de su pecho.

Había ido engrosando sus puestas hasta aquel momento con timidez y sin hablar palabra. Entonces alzó su voz en medio del silencio, haciendo levantar la cabeza á todos los jugadores.

Hipólito interrumpió su paseo, y en tres saltos recobró su puesto.

Juan Regnault había dicho con voz ronca y breve:

—¡Juego todo esto!

—¡Enhorabuena! — contestó Franz; — ¡celebro encontrar un valiente!

Todos los jugadores retiraron sus puestas, y miraron á los dos antagonistas. Era aquél un desafío interesante.

La partida dió principio.

Juan se sintió como embriagado desde que se volvió la primera carta; subióle la sangre

violentamente á las mejillas, turbáronse sus ojos. No separaba la vista del juego: pretendía ver; pero nada veía.

Un especie de velo estaba extendido entre sus ojos y los naipes.

Hipólito, inmóvil y conteniendo la respiración, veía por sí y por su amigo.

Hubo dos ó tres minutos de silencio, que parecieron tres siglos.

Después se alzó un rumor alrededor de la mesa.

Algunas voces pronunciaron:

—¡Ganó!

—¿Quién?—preguntó Juan con voz débil.

Echáronse á reir los jugadores; una blasfemia de Hipólito hizo conocer á Juan la verdad.

Había perdido.

Púsose lívida su faz, y vaciló en su asiento.

Hipólito le dijo:

—Cuenta lo que tienes; quizás haya en tu montón más de cuatro mil francos.

Juan Regnault se puso á contar; estaban débiles y temblorosas sus manos.

Tenía menos de cuatro mil francos.

—¡Se acabó!—murmuró Hipólito con acento desconsolado.—¡Ya no te queda nada! ¡Vámonos!

Juan parecía no comprender; no respondió palabra.

Cuando el rasero del empleado se apoderó de su montón de oro para llevarlo hacia Franz, le siguió Juan con ojos tristes.

Continuaban las risas alrededor de la mesa. La cándida desesperación de aquel pobre diablo tenía un no sé qué de gracioso.

—¡Vámonos!—repitió Hipólito.

Juan comprendió al fin.

Veía limpio el tapete delante de sí.

Pasó la mano por su frente, anegada de sudor, y levantó los ojos por la vez primera desde que había entrado en aquella casa.

Su mirada quería reconocer la fisonomía del hombre que le había ganado.

—¡Van ocho mil francos!—prorrumpió Franz con intrépida alegría.

Julián de Audemer dijo á su oído:

—¡Ved cómo os mira ese joven!

Julián hablaba de Juan Regnault, que con ojos espantados fijaba en Franz una mirada impregnada de terrible expresión de odio.

Las mejillas del organillero estaban pálidas; sus dientes, apretados y á punto de romperse, no permitían paso á la respiración.

El rostro risueño y gracioso de Franz le pareció el semblante de un demonio. Aquel semblante era el mismo que, adornado con rubios cabellos, había visto en la casa de Hans Dorn. El beso cuyo rumor hirió su corazón como una puñalada, había salido de aquella rosada boca.

¡Cuán feliz parecía el joven hermoso cara á cara con la profunda miseria y con la horrible desesperación de Juan Regnault!

Cruzáronse en aquel momento las miradas de uno y otro.

La fisonomía de Franz tomó una expresión de pena y de piedad. No conocía al tocador de organillo; pero veía su amargura, y de todo corazón le hubiera devuelto el dinero que acababa de ganarle.

Juan le comprendió.

Una rabia sorda y envenenada oprimía su corazón; sus crispadas manos se apoyaron en el tapete, y lo desgarraron.

Por un instante se contrajeron los músculos de su cuerpo como si quisieran impulsarle á saltar hacia adelante. La demencia se había posesionado de su cerebro; estremecíanse sus dedos de placer con la idea de hacer pedazos á su enemigo.

Acababa de pensar en Gertrudis, que tal vez le engañaba, y en su pobre abuela, tendida en su miserable lecho, y á quien aquel oro hubiera podido salvar.

Tembló por sí mismo; sintió que el delirio iba á precipitarle sobre aquel hombre que de una vez le arrancaba sus últimas esperanzas de felicidad.

Levantóse, y se lanzó huyendo fuera de la sala.

FIN DE LOS TRES HOMBRES ROJOS (1)

(1) La continuación de esta novela se titula *El misterio de la Trinidad*, y forma el tomo siguiente de esta BIBLIOTECA.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Larifa.....	7
— II.—Los Cuatro Hijos Aymon. ...	27
— III.—El Amor.....	41
— IV.—Gorro-verde y Blaireau.....	55
— V.—Hipólito.....	69
— VI.—Ciento veinte francos.....	83
— VII.—La casa de Hans Dorn.....	99
— VIII.—Magia.....	117
— IX.—La hermanita..	131
— X.—La señorita de Audemer.....	147
— XI.—La conferencia.....	167
— XII.—Celos.....	181
— XIII.—La casa de juego ...	195
— XIV.—El desconocido.....	211
— XV.—El confesonario.....	223
— XVI.—Saldo de cuentas.....	237
— XVII.—Jugada de sacanete.....	253

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS PUBLICADAS

- 1 **Jaccoliot.**—El crimen del molino de Usor.
- 1 bis. **Souvestre.**—Memorial de familia.
- 2 **Bouvier.**—Colette, ó la Cayenita.
- 2 bis. **Balzac.**—La heredera de Birague.
- 3 bis. **Maël.**—Lo que canta el amor.
- 4 **Salgari.**—Los pescadores de ballenas. X
- 4 bis. **Salgari.**—Invierno en el Polo Norte. X
- 5 **Féval.**—El juramento de Lagardère. X
- 6 **Féval.**—Aurora de Nevers. X
- 7 **Feuillet.**—La novela de un joven pobre. X
- 8 **Toudouze.**—Las pesadillas.
- 9 **Salgari.**—La soberana del campo de oro. X
- 10 **Salgari.**—El rey de los cangrejos. X
- 11 **Belot.**—El parricida.
- 12 **Belot.**—Lubin y Dacolard.
- 13 bis. **Maël.**—La Gaviota.
- 14 **Canivet.**—Hijo del mar. X
- 15 **Salgari.**—Los naufragos del Liguria. X
- 16 **Salgari.**—Devastaciones de los piratas. X
- 17 bis. **Maël.**—La mujer del Capitán.
- 18 **Pont-Jest.**—De princesa á modelo. X
- 19 **Ricouard.**—Conflicto entre dos amores.
- 20 **Salgari.**—Sandokan. X
- 21 **Salgari.**—La mujer del pirata. X

- 22 **Enne et Delisle.**—Aventureros del crimen. X
- 23 **Bernard.**—La piel del león.
- 24 **About.**—El hombre de la oreja rota. X
- 25 **Tony Revillon.**—El proscrito.
- 26 **Busnach.**—Yerros policíacos.
- 27 **Pothey.**—Malambó.
- 28 **Ponson du Terrail.**—Diana de Lancy. X
- 29 **Vialon.**—El hombre del perro mudo.
- 30 **Salgari.**—Los estranguladores. X
- 31 **Salgari.**—Los dos rivales. X
- 32 y 33 **Walter Scott.**—Quintín Durward. XX
- 34 **Ponson du Terrail.**—El capitán Coquelicot. X
- 35 **Maël.**—El torpedero 29. X
- 36 **Salgari.**—Los tigres de la Malasia. X
- 37 **Salgari.**—El Rey del mar. X
- 38 **Gautier.**—La novela de la momia.
- 39 **Barbey d'Aurevilly.**—La virgen viuda.
- 40 **Salgari.**—El Capitán Tormenta. X
- 41 **Salgari.**—El León de Damasco. X
- 42 **Collins.**—La muerta viva.
- 43 **Champol.**—La hermana Alejandrina. X
- 44 **Champol.**—Las que vuelven. X
- 45 **Assollant.**—Dos amigos en 1792.
- 46 **Cherbuliez.**—Miss Rovel. X
- 47 **Salgari.**—Las hijas de los Faraones. X
- 48 **Salgari.**—El Sacerdote de Phtah. X
- 49 **Dickens.**—El hilo de oro.
- 50 **Dickens.**—El eco de la tormenta.
- 51 **Davidson.**—El misterio de la calle Harley. X
- 52 **Gaboriau.**—El legajo núm. 113.
- 53 **Gaboriau.**—El hijo falso.
- 54 **Monteil.**—Juan de las Cadenas.
- 55 **Balzac.**—El cura de aldea.
- 56 **Pradels.**—Agencia matrimonial.
- 57 **About.**—Treinta y cuarenta.

- 58 **Salgari.**—Los solitarios del Océano. X
59 **Salgari.**—El estrecho de Torres. X
60 **Féval.**—El castillo maldito. X
61 **Féval.**—Los vampiros. X
62 **Opale.**—La princesa Helga. X
63 **P. Lebrun.**—Un tío á pedir de boca.
64 **P. Lebrun.**—El simpático Cascarrabias.
65 **Féval.**—Los mercaderes de plata. X
66 **Féval.**—La casa de Geldberg. X
67 **Féval.**—Los tres hombres rojos. X

Para más detalles pídase el Catálogo especial de esta Biblioteca.





P. Féval.

LOS TRES
HOMBRES ROJOS



G 67103